

La Hermandad de los Siete Reyes



Siguiendo la pista.

EL aspecto de las cosas había ya variado por completo. Madame Koluchy estaba seriamente comprometida y la justicia tenía sobrados motivos para decretar su detención. Así lo hizo en seguida, y entonces nosotros confiamos en que no se tardaría mucho en poner término á sus malvadas acciones. Verdad era que tenía muchas horas de ventaja sobre sus enemigos, pero era de esperar que un telegrama urgente dirigido á Scotland Yard entorpeciera sus movimientos y hasta llegara á hacerlos inútiles. Se vigilarían todas las grandes estaciones de Inglaterra, así como también todos los puertos, pues se creía probable que procuraría regresar á Italia, donde, según las leyes internacionales, aunque se llegara á detenerla por crímenes cometidos en Inglaterra, las autoridades no tendrían obligación de entregarla á ningún tribunal inglés.

Sí, nos sentíamos seguros de que por fin habíamos triunfado y de que la detención de una de las criminales más crueles y perversas de la época era ya poco menos que cosa hecha. Esto no obstante, yo no podía olvidar que, dados los numerosos

recursos y artimañas de Madame, llegaría á rodearse de todo género de defensas imprevistas, pues tenía muchos amigos en el país, algunos de los cuales pertenecían á los más altos círculos y de mayor influencia.

Dufrayer, los dos *detectives* y yo regresamos á Londres en el primer tren. En cuanto á Madame, era de suponer que se alejaría de los ferrocarriles y viajaría probablemente de alguna otra manera, siguiendo un plan trazado de antemano con sus aliados.

Después de un rato de silencio, durante el cual estuvo Tyler meditabundo, exclamó de repente, dirigiéndose á sus compañeros:

—Estoy pensando, Ford, que convendría llamar á miss Beringer para que nos ayude en este asunto. Tengo más confianza en ella, tratándose de detener á una mujer, que en todos mis agentes y en los de usted.

—Como usted quiera, contestó Ford sonriéndose. Estoy muy al tanto de la habilidad de miss Beringer, y sé que no hay en todo Londres una *lady detective* más lista que ella; pero que se utilicen ó no sus servicios, tengo la completa seguridad de que Madame no tardará en caer en nuestras manos. Lo probable es que esté ya de vuelta en Londres, y una vez allí juro que no volverá á salir. Lo primero que debemos hacer en cuanto lleguemos es ir á Bow Street en busca de la orden para su detención.

—Amigo Head, observó Dufrayer, tienes muy mal semblante y creo que debes ir á descansar en seguida.

—Todavía no estoy restablecido por completo de la sacudida de ayer, contesté; pero el brazo no me duele tanto y ahora estoy muy excitado para pensar en descansar. Lo que sí haré en cuanto lleguemos es ir á consultar á Monkhouse para ver lo que me dice. Aunque, francamente, creo que el brazo se me curará pronto y estoy dispuesto á luchar hasta morir.

Dufrayer me lanzó una de sus firmes y penetrantes miradas, pero no trató de oponerse, porque sabía muy bien que mi resolución era inquebrantable.

Al llegar á Londres me despedí de mis compañeros, quienes prometieron venir á mi casa á la una de la tarde, y fui direc-

tamente á ver á Monkhouse. Me curó el brazo con sumo cuidado y me dijo que, aunque era un milagro que hubiese escapado de la muerte, no creía que el mal duraría mucho tiempo.



MISS BERINGER

Hecho esto marché á mi casa para esperar con impaciencia la llegada de Dufrayer y los *detectives*, los cuales se presentaron poco después de la hora convenida trayendo la orden para detener á Mme. Koluchy. Con sorpresa vi que les acompañaba una persona desconocida completamente para mí: una muchacha alta y bien formada, que representaba unos veinticinco años de edad. Tyler me la presentó como miss Ana Beringer, y añadió en voz baja que, una vez obtenidos sus servicios, el éxito era seguro.

La miré con curiosidad. Era bien parecida, de ojos grises, mirada inteligente y facciones menudas y

bonitas. Sin embargo, á primera vista me impresionó la rigidez de sus labios, única cosa que revelaba su verdadero carácter, pues aparte aquella rigidez nada se notaba en su semblante que llamara la atención, y no fijándose detenidamente en sus facciones, cualquiera hubiese visto en miss Beringer una joven de carácter alegre, aunque de maneras

bruscas. Su mirada era franca y abierta y la voz muy agradable.

—Mister Tyler me ha explicado ya el caso de que se trata, dijo, volviéndose hacia mí. Y á propósito, Mr. Head, supongo que se encontrará usted mejor. Sólo á Mme. Koluchy podía ocurrírsele una manera tan infame de vengarse de usted. No necesito añadir que la conozco bien. Hace algunos años que tengo vivos deseos de tomar parte en su detención.

Mientras que así se expresaba la joven, noté que las líneas duras de su boca sobresalían más. Había desaparecido la mirada de la mujer para dar lugar á otra más firme y varonil, reveladora de extraordinaria resolución.

—¡Vaya! exclamó Ford después de un momento de silencio; tenemos ya la orden para la detención, y puede decirse que el trabajo es relativamente fácil. Lo primero que debemos hacer es ir á casa de Madame. Tal vez no haya llegado todavía, pero por lo pronto registraremos las habitaciones y pondremos un agente para que vigile constantemente. ¿Se encuentra usted bastante fuerte para acompañarnos, Mr. Head?

—Sí, por cierto, contesté.

—Pues entonces no perdamos tiempo. Tengo en la calle una berlina que nos espera, y además un coche de punto.

Un momento después, miss Beringer, Dufrayer y yo entrábamos en la berlina, mientras los *detectives* ocupaban el coche, y nos dirigimos á Welbeck Street. Al acercarnos á la casa de Madame nos pareció que se hallaba completamente abandonada. Las persianas estaban cerradas, los escalones de la entrada descuidados y sucios, y cierta desolación y tristeza advertíase en todas partes.

Dufrayer y yo subimos hasta la puerta de entrada y llamamos. Miss Beringer y los *detectives* quedaron esperando abajo.

—¿Y si no podemos entrar? dije después de unos minutos, viendo que nadie acudía á responder á nuestra llamada.

—Esta orden, respondió Ford sonriendo, me autoriza para franquear la puerta si fuese necesario. Pero escuche usted, ya viene alguien.

Sentimos ruido de pasos que se acercaban; llegaron á la puerta, y después de mucho barullo de cadenas que se aflojan

y cerrojos que se corren apareció una vieja alta y de aspecto repulsivo.

—¿Qué hay? preguntó.

—Queremos ver á Mme. Koluchy, contestó Ford. ¿Está en casa?

La mujer se estremeció visiblemente, y cuando me acerqué á ella vi que temblaba todo su cuerpo.

—Madame no está... dijo titubeando.

—Oiga usted, señora, interrumpió Ford bruscamente: tengo orden de detener á Madame, y exijo que se me deje el paso libre para registrar la casa.

Retrocedió asustada la mujer y pasamos adelante todos juntos.

—Le digo á usted que Madame no está, repitió con voz entrecortada. No ha vuelto desde el sábado.

Ford la rechazó á un lado y comenzamos el registro, entrando primeramente en los magníficos salones de recepción del piso bajo.

Era la primera vez que penetraba en casa de Madame; pero no me sorprendió el lujo ni el esplendor de los salones, porque conocía muy bien los gustos de aquella mujer singular. ¿No había visto su palacio en Nápoles? ¿No fueron sus salones harto familiares para mí en aquellos días de triste recordación, cuando Madame me tenía como fascinado y destruyó mi porvenir y amargó mi vida para siempre?

El estilo de la casa inglesa contrastaba con el de las decoraciones extranjeras. Inapreciables tesoros de diversas partes del mundo veíanse esparcidos aquí y allá. Había multitud de antigüedades de incalculable valor; estatuas preciosísimas de mármol y de bronce adornaban los ángulos, y en los techos podían admirarse magníficos tallados representando ídolos de formas rarísimas y pinturas al fresco de marcado sabor modernista. Hermosos cuadros de artistas ingleses y extranjeros, de maestros antiguos y contemporáneos cubrían las paredes.

De allí pasamos al gabinete de consulta, cuya puerta ocultaba un precioso cortinón de tapicería antigua. Allí también había el mismo lujo y esplendor que en los salones. La mesa escritorio de Madame era de estilo italiano, de nogal, con incom-

parables tallados. Junto á ella hallábase la silla donde, sin duda, se sentaba para recibir á su numerosa clientela. Era de roble antiquísimo forrado de tapicería, y el respaldo y los brazos estaban profusamente adornados con medallones esmaltados. En un ángulo veíase una papelera estilo Luis XV, incrustada con maderitas y llena de adornos dorados. El resto del mobiliario correspondía con lo que más de cerca rodeaba el despacho de Madame.

Las paredes, desde el pavimento al techo, estaban cubiertas de maderas finísimas, y en cuanto al techo, tenía la forma de cúpula, lo cual prestaba á la habitación cierto aire de magnificencia señorial.

En medio de aquel lujo notábase un aire triste de abandono que á primera vista hacía pensar en la ausencia de quien prestaba al conjunto la vida y animación de que entonces carecía.

Cuando terminó el registro del piso bajo subimos al otro, en el que el estilo del mobiliario era menos pesado y más alegre, aunque no menos lujoso, pero también estaba abandonado por completo. Ya íbamos á bajar cuando una escalera de mano colocada contra una de las ventanas llamó la atención de Ford, el cual trepó por ella. En el techo encontró una trampa de resorte, y habiéndola abierto salió por allí al tejado. Le seguí yo, pero lo único que vimos fué un palomar en desuso, situado entre dos caballetes, en un sitio bien resguardado.

—Aquí no hay nada, dije. ¿No será mejor que bajemos á las bodegas y á los laboratorios?

¡Cuán poco me figuré al decir esto que habíamos de recordar vivamente el descubrimiento al cual daba yo tan poca importancia!

Bajamos hasta la cocina y registramos todas las piezas destinadas al servicio doméstico. De pronto se acercó la vieja á nosotros, y con voz llorosa y entrecortada nos dijo que ella era la única persona que se hallaba en la casa y que no nos molestáramos en registrar más.

—Condúzcanos á los laboratorios de Madame, repuse.

Mostróse un tanto intranquila y recelosa, pero no dejó de obedecer. Nos indicó con la mano un estrecho pasillo, y atravesándolo entramos en el laboratorio, cuya puerta hallamos abierta.

Una puertecilla de comunicación conducía á otra pieza destinada también á trabajos científicos, y tanto una como otra estancia hallábanse repletas de aparatos de los modelos más modernos y de los inventos más recientes, tan magníficos todos que despertaron mi admiración y mi envidia.



AQUÍ NO HAY NADA, DIJE

Pero tampoco allí encontramos á Madame ni señal alguna que nos indicase su paradero.

—Ya sé que Madame no está en casa, observó Ford. Ahora, lo único que nos queda por hacer es situar un agente que guarde la entrada por si se atreviera á regresar.

Mientras Ford pronunció estas palabras me llamó la atención la actitud de la anciana. Hasta entonces nos había seguido con aire gruñón y desagradable, como si quisiera protestar y lo fal-

tase valor para hacerlo; pero en aquel instante entró resueltamente en la habitación y quedó apoyada en la pared, clavando la vista primero en el semblante de uno y luego en el del otro. Tenía los ojos negros y penetrantes y relucían bajo las largas y pobladas pestañas; la boca carecía por completo de dentadura y la barba era muy pronunciada.

—No la encontraréis, dijo con voz ronca; es mucho más lista que vosotros. ¿Qué vale vuestro talento si se compara con el suyo! Madame Koluchy es más bien un espíritu que una mujer, y el enemigo mismo la protege y la ayuda. Es inútil, no la encontraréis jamás.

Y acompañó sus palabras de una carcajada sarcástica.

—¿No sería bueno detener á esta vieja? pregunté á Ford.

—No creo, dijo éste moviendo la cabeza, que tenga nada que ver con las maquinaciones de Madame, y aunque tuviese, no podemos detenerla sin autorización y sólo por sospechas. Lo único que se puede hacer es vigilarla con cuidado.

—¿De modo que aquí no hay más que hacer?

—Por su parte nada, Mr. Head, respondió Tyler. Yo le aconsejaría que regresara á su casa y tratase de descansar, que bien lo necesita. Si algo de particular ocurriese, tenga usted la seguridad de que le avisaremos en seguida.

Salimos de la casa, y en la esquina de la calle nos despedimos, después de dejar á uno de los agentes de Tyler, vestido de paisano, para que vigilase la entrada. Dufrayer dijo que pasaría á verme al anochecer, y los *detectives* con miss Beringer se fueron cada uno por su lado.

Tomé un carruaje y regresé á mi casa.

Como dije antes, estaba harto excitado para pensar en descansar. Las palabras de la vieja me habían impresionado más de lo que quise dar á conocer, y paseando por mi estudio comencé á dudar del resultado final. Sabía que Dufrayer, miss Beringer y los dos *detectives* estaban muy seguros de que se lograría capturar á Madame muy pronto, pero yo lo dudaba. En circunstancias tan críticas, Madame emplearía seguramente todo su ingenio, todo su talento, para librarse de las garras de la justicia.

Pensando y meditando en todo esto, me asaltó de súbito el

recuerdo de miss Beringer. Aunque para un observador vulgar su cara no ofreciese particularidad ninguna, no sucedía lo mismo conmigo, acostumbrado á leer en el semblante de las personas. Fijándose bien, impresionaba la firmeza de su mirada y la rigidez de su boca. Examinado desde este punto de vista, el rostro de la joven no tenía nada de agradable; la severa expresión de los labios venía á ser la nota más dominante de sus facciones. Se me antojó que aquella mirada dura de sus ojos se convertiría, en caso necesario, en refinada crueldad, y lo que sobre todo recordé con satisfacción fué la tenacidad, la fuerza de voluntad inquebrantable que se adivinaba en el rostro de la muchacha. Si alguna vez Madame había de hallar su igual, su *alter ego* como si dijéramos, sería en aquella joven.

Miss Beringer trabajaría donde los *detectives* no se acordasen de trabajar, pues á ella pertenecía la delicada intuición que es don especial de la mujer. Pensando en todo esto me inspiraba mucha más confianza que los *detectives*, á pesar de la inteligencia y de la larga práctica de éstos. Anhelaba verla otra vez, y sola, para hablarle del asunto que tanto nos preocupaba y hacerle algunas indicaciones que me parecía podían serle útiles. Tyler me había dado las señas de su casa y resolví telegrafiarla pidiéndola permiso para visitarla aquella misma tarde. En menos de una hora recibí la contestación.

«No venga hoy, decía. Mañana á primera hora pasaré yo por su casa».

Dufrayer entró precisamente cuando yo estaba leyendo el telegrama.

—¿Qué lees? preguntó.

—Un telegrama de miss Beringer, contesté entregándoselo.

—¿De manera que te ha inspirado confianza la joven *detective*?

—Muchísima. Tengo más fe en ella que en todos los *detectives* juntos.

Dufrayer sonrió gravemente.

—Nunca he tenido tanta seguridad como ahora, dijo. Nos encontramos en una situación muy ventajosa, y como dice Tyler, es cuestión de unos días solamente. Donde hay tantos vigilantes es imposible que Madame consiga escapar.

—No olvides, amigo Dufrayer, que la persona á quien per-

seguimos es nada menos que Mme. Koluchy. No tengas demasiada confianza. Por mi parte, no llegaré á creer que se la pueda coger hasta que la vea en la cárcel.



CLAVÓ LA VISTA EN MI SEMBLANTE

Poco después se retiró Dufrayer, y yo pasé la noche como mejor pude.

Entre las diez y las once de la mañana siguiente llegó miss Beringer. Entró en mi gabinete con paso firme y apresurado, y acercándose á mi silla clavó la vista en mi semblante.

Me sobrecogí al notar el cambio de su rostro. Estaba pálida y desencajada, y en sus ojos grises noté un brillo particular.

—Sí, Mr. Head, dijo tomando la silla que la ofrecí. Estos casos me rinden por completo. Una vez que empiezo á trabajar no descanso de día ni de noche. Todavía no he salido mal en ninguna empresa de este género por mí emprendida, y si ahora no alcanzase el apetecido triunfo, creo que me moriría de vergüenza.

Y se estremeció, haciendo un gesto de rabia con la boca.

Desplegando sus labios finísimos enseñaba los dientes, lo que casi la daba el aspecto de un tigre que va á lanzarse sobre su presa.

—¿Trae usted buenas noticias, miss Beringer? la pregunté.

—Sí, traigo noticias, y espero que sean buenas, contestó, aunque, naturalmente, no se puede tener seguridad. Voy á decirle ahora por qué no pude venir anoche á ver á usted. ¿Se encuentra bastante fuerte para ir á Hastings ahora mismo?

—Sí, por cierto.

—Le explicaré los motivos que tengo para rogárselo. Sé que á cierta distancia de la costa hay fondeado un yate. Dicen que pertenece á un capitán llamado Marchant, aunque hace tiempo tenía yo sospechas de que su verdadero dueño era Mme. Kolu-chy. Las sospechas me llevaron anoche á Hastings.

—¿Estuvo usted anoche en Hastings? pregunté con sorpresa.

—Sí, pasé parte de la tarde y de la noche en uno de los barrios bajos de la población, cerca del mercado de pescados. Sé fijamente que algunos afiliados á la secta de Madame se ocultan en la vecindad de Hastings, con el propósito sin duda de embarcar en el yate lo más pronto posible. Por consiguiente, es preciso tomar en seguida las medidas necesarias para evitarlo.

—¿Y cómo llegó usted á tener noticias del yate?

—Siguiendo una pista insignificante, aunque ahora no hay tiempo de contarle á usted cuál fué. Precisamente en el momento en que ayer recibí su telegrama me disponía para ir á Hastings disfrazada de pescadora. Tengo siempre en casa algunos trajes, que visto según el papel que debo desempeñar. Pues bien, me dirigí á Hastings en un departamento de tercera y desde la estación marché directamente al mercado. Tengo allí una conocida que no sabe lo que soy y siempre me recibe cariñosamente.

Sé hacer perfectamente el papel, y cuando la invité á que me acompañara á una taberna aceptó gustosa. En realidad, yo iba siguiendo á dos hombres, pero ella no lo sabía. Mientras aquellos dos hombres bebían me acerqué y tuve la buena suerte de oír parte de lo que hablaban. Por cierto que lo hacían en lengua italiana, la cual conozco bastante bien. El nombre del yate se escapó por casualidad de los labios de uno de ellos. Se llama *Snowflake*. También hablaron de una mujer, aunque no pronunciaron su nombre. El *Snowflake* espera á esa mujer. Mientras tanto, los hombres aguardan ocultos en la torre.

Me enteré de todo esto muy despacio, pero fué bastante; no necesitaba saber más.

Regresé en el primer tren de la mañana, y todo lo que acabo de contarle á usted se lo he dicho ya á Tyler y á Ford, los cuales están seguros de que el yate pertenece á Madame efectivamente. Los dos van á Hastings en el tren de las doce. Lo que hay que decidir ahora es si usted puede ir con ellos y si puede acompañarle su amigo Dufrayer. Sabiendo lo que usted sabe de la Hermandad, su presencia en Hastings sería muy conveniente.

—Iré y pondré ahora mismo un despacho á Dufrayer.

—Está bien. Dentro de una hora, pues aun no han dado las once, encontrará á los *detectives* en Charing Cross.

—Pero ¿no nos acompaña usted? pregunté sorprendido.

La joven palideció.

—No, contestó; mi deber me obliga á permanecer en Londres.

—¿Quiere usted decirme lo que piensa hacer ahora?

—Prefiero callar. Hasta las paredes oyen algunas veces.

Y dirigió una mirada por la estancia, como si temiera que alguién escuchase la conversación.

—No tengo costumbre, añadió, de exponer á nadie mi plan de operaciones, pero sí declararé que creo muy difícil que Madame se escape ahora. Sin embargo, un paso mal dado, la indiscreción más insignificante, pudiera ser fatal. Adiós, míster Head; me alegro de que tenga confianza en mí.

—Absoluta confianza, respondí, estrechando la mano que me tendió.

Un momento más tarde salió de mi casa. Me entretuve un poco arreglando mis cosas, puse un telegrama á Dufrayer y llegué á la estación poco antes de las doce. Mi amigo y los dos *detectives* me esperaban ya. Tomamos asiento en el tren y partimos. Casualmente en el coche que ocupamos no había más viajeros que nosotros. Ford estaba tan excitado que apenas podía estarse quieto.

—¿No dije yo, exclamó, que miss Beringer era la única persona que podía ayudarnos? Es como un sabueso; en cogiendo una pista, no la suelta hasta alcanzar la presa. Por mi parte no abrigo duda de que tiene razón al decir que los aliados de Madame se ocultan en una de las torres de la costa.

Hizo Dufrayer algunas preguntas y Ford prosiguió:

—Según me ha dicho miss Beringer, creo que es el número 59 el que tenemos que vigilar; es la torre que se encuentra más cerca del pantano. Es evidente que los hombres sólo esperan allí la ocasión de embarcar en el yate, llevando también á Madame. Por supuesto, podíamos ir directamente á la torre y apresarlos; pero como lo que más conviene y lo que más urge es detener á Madame, me parece mejor estar al acecho y vigilar cuidadosamente para que, si llega esta noche, no pueda escurrirse sin que la veamos. Miss Beringer cree que en este momento se encuentra en Londres. Es probable que cuando llegue el instante crítico tengamos que luchar con los hombres de la torre, pero he adoptado algunas medidas que nos servirán de mucha ayuda.

En la estación de Hastings nos esperaban dos agentes de Tyler.

—¿Hay alguna novedad? preguntó Ford cuando nos apeamos.

—Absolutamente ninguna, contestó uno de ellos; pero es seguro que los hombres se ocultan en la torre número 59 y que el yate se ha acercado algo más á la costa.

—Me lo había figurado, exclamó Ford. Bueno, pues cuanto antes montemos la guardia tanto mejor. Saldremos en cuanto anochezca.

Pasamos dos ó tres horas haciendo preparativos y se convino en que habíamos de salir como si fuéramos á caza de patos silvestres, lo cual serviría de disculpa para llevar las escopetas,

que tal vez necesitaríamos para caza mayor, si acaso los hombres opusieran resistencia seria.

A las seis salimos en coche Dufrayer, Ford, Tyler, dos agentes vestidos de paisano y yo hacia el Oeste de la población, dirigiéndonos á una parte solitaria de la costa, donde nos esperaba una lancha. Nos metimos en ella y un momento después marchábamos con dirección á la bahía. A la luz de la luna, que lucía en todo su esplendor, se distinguía claramente la fila de torres de Martello, situadas en la orilla, con los negros pantanos detrás. Ford dirigía el timón, y después de una hora de viaje hizo entrar á la lancha en una especie de fondeadero que desde el mar se extendía hasta los pantanos. Avanzamos en medio del mayor silencio, y pocos minutos después los altos juncos que crecían en ambas orillas nos ocultaban completamente. Ford levantó las manos, y sin decir una palabra retiramos los remos.

—En aquella torre están, exclamó indicando una situada á unos doscientos metros del punto donde nos hallábamos. No se ve ninguna luz, pero es seguro que están allí. Bien; lo que tenemos que hacer ahora es lo siguiente: dejaremos la lancha aquí y nos acercaremos á la torre protegidos por el arrecife saliente, desde el cual podemos ver sin ser vistos. Es imposible adivinar cómo vendrá Madame, si en lancha ó de otro modo; pero sea como fuere, tiene que caer irremisiblemente en nuestras manos. Mire usted, Head, añadió, ahí está el yate.

Levantando la vista hacia donde señalaba vi una luz roja y otra verde que se movían de un lado á otro á unas cuantas millas de la costa.

Con las escopetas al hombro y llevando las provisiones que habíamos traído anduvimos con el mayor cuidado por entre los juncos, hasta que llegamos á unos veinte metros de distancia de la torre, la cual se destacaba lúgubre y silenciosa á la luz de la luna, con la que se distinguía hasta el último detalle, hasta el cañoncito viejo y estropeado que apuntaba hacia el mar y la escalera de piedra que conducía á la puerta de entrada, situada en la mitad de la altura de la pared. La torre estaba casi en ruinas, y en varios sitios quedaban al descubierto los ladrillos.

Hacia una noche apacible, cuyo silencio interrumpía únicamente el murmullo de las aguas. Yo me tendí sobre la arena y coloqué la escopeta á mi lado. Fueron pasando hora tras hora,



EN AQUELLA TORRE ESTÁN,
EXCLAMÓ

y como la guardia que hacíamos era bastante seria para quitarnos el sueño todos estábamos alerta. Hacia la media noche levantóse una brisa que gemía entre los juncos á nuestra espalda, pero dentro de la torre reinaba un silencio sepulcral.

Ni una luz vimos por entre las rendijas de las ventanas, ni el ruido más insignificante llegó á nuestros oídos. De cuando en cuando dirigía yo una mirada para observar las luces del yate, que meciéndose suavemente con el movimiento de las aguas se destacaban brillantes entre la negra oscuridad.

Por fin empezó á amanecer. Me volví hacia Ford esperando que diera la señal para regresar á la lancha, cuando de repente le vi ponerse de pie, levantó la escopeta y un fuerte estampido interrumpió el silencio. Me incorporé inmediatamente y los demás hicieron lo mismo. En aquel momento alguien abrió una de las ventanas de la torre y disparó tres tiros de revólver, mientras Ford, Dufrayer y uno de los agentes subían apresuradamente la escalera. Les seguí sin perder momento, aunque sin saber á qué podía atribuirse un cambio tan repentino de plan. Pocos minutos después rompíamos la puertecilla de madera, y entrando en la torre nos encontramos frente á frente con cuatro hombres armados de revólvers; pero el ataque fué tan brusco, que pronto conseguimos hacerlos prisioneros.

Inmediatamente se les pusieron esposas, y Ford con Tyler y los agentes les hicieron bajar á la playa. Ford estaba excitadísimo; avanzó unos pasos, y siguiéndole vi con sorpresa á sus pies una paloma muerta.

—Un recadito á Welbeck Street, Mr. Head, exclamó enseñándome algo que parecía un papel de cigarrillo.

—Una paloma mensajera, dije, comprendiendo entonces el motivo del disparo de escopeta que había hecho.

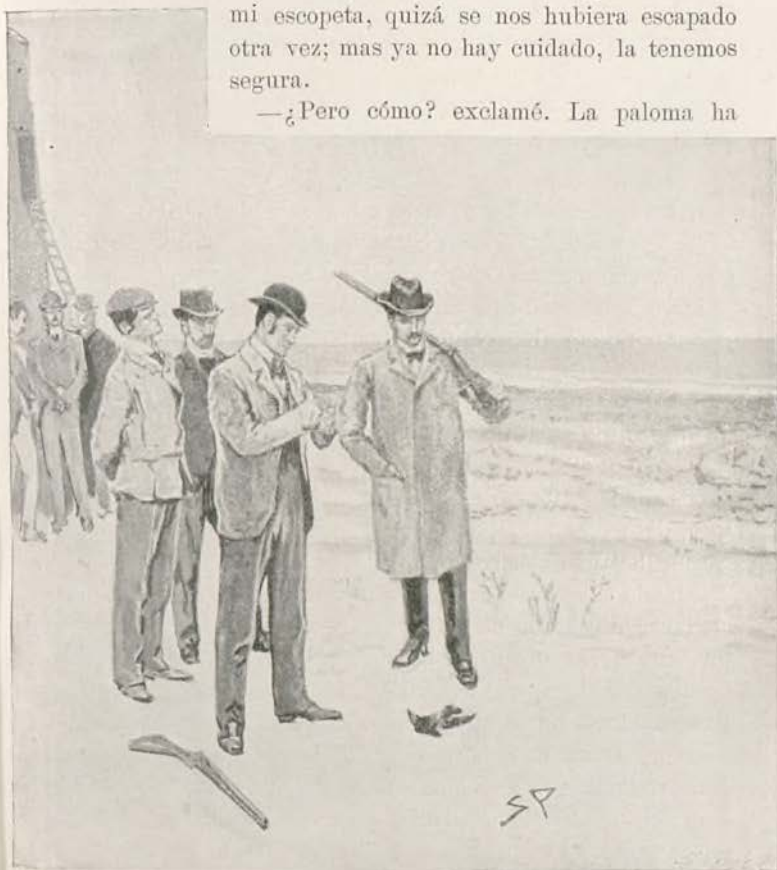
—Sí, tuve buen acierto, añadió, á pesar de la poca luz; pero si he de decir la verdad, esperaba lo que vino y estaba en acecho de la paloma. Anoche, pensando en el asunto que traemos entre manos, me acordé del palomar que usted y yo vimos en el tejado de la casa de Madame. El hecho de que estos aliados le envían un recado significa, naturalmente, que Madame ha vuelto á su casa. Ahora la cogemos de seguro, aunque lo que me choca es cómo ha podido entrar burlando la vigilancia del agente que allí dejamos. ¿Puede usted leer esto?

Me entregó el papelito, y examinándolo atentamente leí las siguientes palabras escritas con letra muy menudita:

No venga. Preferible quedarse en Londres. Hay peligro.

—Claro, continuó Ford, se conoce que nos vieron cuando empezó á amanecer, y comprendiendo que todo estaba perdido resolvieron enviar ese recado á Madame. A no ser por el tiro de mi escopeta, quizá se nos hubiera escapado otra vez; mas ya no hay cuidado, la tenemos segura.

—¿Pero cómo? exclamé. La paloma ha



Á SUS PIES VI UNA PALOMA MUERTA

muerto y no recibirá el aviso; así que puede venir á Hastings de un momento á otro.

—Haremos que se quede en Londres, contestó Ford con aire triunfante. No se apure usted, que antes de dos horas recibirá el aviso. Tráelas aquí, Tom.

Uno de los agentes bajaba la escalera de la torre y vi que

llevaba en la mano una jaula de madera, dentro de la cual había otras dos palomas.

—¡Caramba! exclamé, esto es magnífico.

—Sí, respondió Ford, me parece que es una de las mejores cosas que he hecho en mi vida. Y se lo debemos todo á miss Beringer, que fué quien nos puso en la pista.

Mientras decía esto me entregó un papelito idéntico al que llevaba escrito el aviso para Madame.

—Póngalo usted algo más fuerte, dijo.

Estuve pensando un momento y en seguida escribí:

No se mueva de Welbeck Street hasta nuevo aviso. De suma importancia. Mucho peligro si sale de ahí.

Los ojos de Ford echaban chispas cuando leyó el aviso escrito por mí. Sujetó el papelito al cuello de una de las palomas y exclamó:

—¡Anda, ve, marcha! Afortunadamente, las aves no hablan: así que no podrá decirle quién manda este aviso.

Y soltó al aire la paloma, la cual, formando círculos concéntricos cada vez mayores, fué remontándose hasta una gran altura, desde donde salió como una flecha en línea recta hacia el Norte, llevando consigo mi aviso á Mme. Koluchy.

Cuando Ford soltó la paloma oí una exclamación involuntaria lanzada por uno de los presos, y volviéndome hacia donde estaban, ví que miraba ansiosamente á uno de sus compañeros. Lo que acabábamos de hacer les había sorprendido atrozmente. El individuo á quien miraba no contestó ni hizo gesto ninguno, sino que, cruzando los brazos, quedó inmóvil, con aire de tranquila resignación. Yo había comprendido á primera vista que eran fieles aliados de Madame, y me convencí de que nada absolutamente, ni la prisión ni tal vez la muerte misma, les haría traicionar á la reina de la Hermandad á que pertenecían.

Todos estaban bien vestidos y tenían tipos de caballeros. Aceptaron su desesperada situación con frialdad y no intentaron escapar ni moverse.

Ya el sol había ido disipando con sus rayos las tristes sombras de la noche y hacía una mañana hermosísima. Colocados los presos en la lancha, nos dirigimos á una parte más baja de la costa, donde, por indicación nuestra hecha la noche anterior,

nos esperaba una gran berlina, en la cual, al poco rato, marchábamos camino de Londres.

Por fin nuestros incesantes esfuerzos habían alcanzado algún éxito. Habíamos cogido á los aliados y ya sería fácil apresar á la misma Madame.

Ford había teleografiado á miss Beringer para que saliera á la estación. Seguía estando excitadísimo, y de cuando en cuando hablaba con marcada satisfacción de la inteligencia que mostró la joven para descubrir dónde se ocultaban los hombres.

—De seguro, dijo, que no habrá estado ociosa mientras nosotros vigilábamos allá abajo. Probablemente se hallará enterada de cómo ha podido Madame estar en su casa. Vamos, por fin hemos sabido vencer á Mme. Koluchy. Para estas horas, añadió sonriendo, ya habrá recibido el aviso de la paloma, pero ¡qué poco se figurará cuál es el nuevo aviso que la espera!

El tren iba acercándose á la estación y comenzó á disminuir la velocidad.

—Ante todo, continuó Ford, tenemos que llevar los presos á Bow Street, y después iremos juntos á visitar á Madame. ¡Ah! ya llegamos. Yo saldré el primero para buscar á miss Beringer.

Pero por más vueltas que dió no encontró á la joven en ninguna parte. Al cabo de algunos momentos volvió á nuestro lado. No podía ocultar su preocupación.

—Me extraña, dijo, que no haya venido, pero se conoce que tiene más que hacer en otro sitio. Probablemente la encontraremos en los alrededores de la casa. ¡Ea! á conducir los presos.

Los llevamos en dos coches á Bow Street, y después de dejarlos bien encerrados en las celdas nos dirigimos á casa de Madame.

Aun nos faltaba lo principal para completar la obra comenzada: la detención de la reina de la Hermandad.

Según nos íbamos acercando á casa de Madame una fuerte emoción se apoderó de mi ánimo. No podía hablar ni una palabra. Dufrayer y los dos *detectives* también estaban silenciosos. Mi corazón latía con violencia. Los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas mantenían mi cerebro en una excitación tan grande que rayaba en delirio, y débil como me encontraba todavía por los efectos de la sacudida que sufrió mi sistema

nervioso, el esfuerzo que hacía para mantenerme fuerte comenzaba á producir su efecto. Más de una vez tuve que moverme para no caer en un profundo letargo.

¿Sería posible que faltasen pocos minutos para que la invencible, la astuta, la osada Mme. Koluchy, la casi omnipotente mujer, fuese prisionera nuestra?

Por fin nos detuvimos ante la puerta de su casa y hablamos unas palabras con el agente encargado de vigilarla.

—Sí, señor, dijo, todo va bien; no hay novedad ninguna. La anciana ha salido dos ó tres veces para comprar algo, pero nadie más que ella ha entrado en la casa.

—¿Y miss Beringer? pregunté. ¿Ha estado aquí?

—Estuvo anoche, pero no la he vuelto á ver desde entonces, contestó el agente.

Advirtiéndole que estuviera al cuidado por si acaso le llamábamos, pero sin enterarle de la seguridad que teníamos de que Madame estaba en casa, subimos los escalones de la entrada y tocamos con fuerza el timbre.

Transcurridos unos momentos se presentó la misma anciana del día anterior. Llevaba en la cabeza una especie de cofia blanca, con un volante ancho que le caía por encima de la frente, haciendo que sus ojos se destacaran más negros y más brillantes. No se dignó abrir la puerta más que unas cuantas pulgadas.

La casa, con la semioscuridad que reinaba, hallábase tan tristona como el día antes. Todas las persianas estaban cerradas y ni siquiera se distinguía la figura deformada de la vieja.

—Vamos á ver, exclamó Ford, sabemos positivamente que su señora está en casa; conque es inútil que lo niegue usted. ¿Quiere decirnos en qué parte está ó la buscamos nosotros?

La mujer se echó á reír, aunque reprimióse inmediatamente.

—Pueden ustedes registrar todo cuanto quieran, contestó, pero no la encontrarán, porque Madame no está en casa.

Murmuró algo entre dientes y se retiró arrastrando los pies por el pasillo.

Entramos todos.

—Corriente, añadió Ford, registraremos la casa desde los sótanos hasta las buhardillas, empezando por abajo.

Bajamos al sótano y examinamos detenidamente las bodegas y las cocinas, pasando luego al laboratorio de Madame.

Ford encendió la luz eléctrica y registramos detenidamente. Todo estaba en el orden más perfecto, pero impregnaba el ambiente un olor etéreo particular que no me era desconocido, aunque por el momento no pude precisar á qué olía. Penetramos luego en el laboratorio interior, y allí el olor, que empezaba á preocuparme, era más fuerte y pronunciado. En un extremo había una puerta baja, adornada con clavos dorados y grapas de hierro; parecía conducir á alguna bodega. De pronto recordé que no nos habíamos fijado en ella en nuestra primera visita.

La anciana había vuelto á unirse con nosotros y entró también en el laboratorio, aunque procurando no exhibirse mucho.

Ford, que se había fijado en la puerta al mismo tiempo que yo, se volvió hacia la anciana preguntando:

—¿Dónde está la llave de esta puerta?

—No sé, contestó.

—Pues vaya usted á buscarla inmediatamente.

—Mi señora conserva siempre la llave de esa puerta, y no podrán abrirla hasta que ella regrese.

—Eso ya lo veremos, replicó Ford.

Y volviéndose á uno de los agentes añadió:

—Salga usted y diga al que está de guardia que vaya inmediatamente en busca de una palanca y un hacha.

El agente salió á toda prisa.

—Me parece que detrás de esa puerta vamos á encontrar algo interesante, dijo Ford.

Antes de un cuarto de hora estaba de vuelta el agente con las herramientas necesarias.

Cogió Ford el hacha, y después de unos cuantos golpes dados en la cerradura introdujo la palanca y la puerta se abrió. Entró inmediatamente, pero apenas había dado un paso cuando retrocedió espantado diciendo:

—¡Cielos! Llegamos demasiado tarde.

Todos nos acercamos apresuradamente.

—¡Cómo! pregunté. ¿Es posible que una vez más se haya burlado de nosotros?

—Por medio de la muerte, contestó.

Volvió á entrar en el cuartito de donde había retrocedido y se arrodilló en el suelo. A pesar de la poca luz que allí entraba pude distinguir perfectamente el cadáver de una mujer. Ford encendió una cerilla y la acercó á la cara. ¡Era el cadáver de Mme. Koluchy! Sí, en aquella mezquina estancia yacía. El ad-



¡ERA EL CADÁVER DE MME. KOLUCHY!

mirable rostro de Madame, con toda su incomparable belleza, llevaba ahora impreso el terrible sello de la muerte. A su lado había una jeringuilla hipodérmica y un frasco que contenía una solución blanca. De aquel frasco procedía el olor particular que impregnaba el ambiente de los laboratorios.

Más de un minuto permanecimos contemplando el cadáver en el más profundo silencio. Aquel terrorífico descubrimiento nos había dejado mudos de sorpresa.

Cómo se había arreglado Madame para entrar en casa sin ser vista del agente que la vigilaba era un misterio para nosotros. Pero ya no tenía importancia. El fin había llegado, fin propio de una vida como la de aquella mujer singular.

Al retirarnos para volver al laboratorio interior, Dufrayer lanzó una mirada en derredor suyo, preguntando:

—¿Dónde estará la vieja?

—Hace un momento estaba con nosotros, contesté. ¿No está aquí ahora?

—No, respondió mi amigo. Quizás haya vuelto á la cocina. Creo que la debiéramos llamar, porque es imposible que Madame haya entrado sin que ella lo supiera.

—Voy á buscarla, exclamó Tyler.

Salió del laboratorio, y á los pocos minutos volvió diciendo:

—No la veo por ninguna parte. Probablemente habrá subido al piso principal. Pero no tiene importancia, ¿verdad?

—Ninguna, contesté.

Y de nuevo volvimos todos á enmudecer.

De pronto Ford, levantándose de la silla, comenzó á dar vueltas por el laboratorio con aire de desesperación.

—¡Y pensar, exclamó, que Madame nos ha chasqueado otra vez! Pero era lo que se podía esperar. Sí, no podía esperarse otra cosa.

—El aviso que trajo la paloma, dije, significaba para ella más de lo que nosotros creíamos. Comprendió que estaba cercada por todos lados y su altivo carácter no le permitió dejarse pescar viva.

—Pues bien, observó Ford después de un rato, nuestras diligencias han tenido un fin inesperado y ya no hay que insistir en esto. Lo que me extraña muchísimo es que no hayamos tenido noticias de miss Beringer. ¿Qué habrá sido de ella?

—¡Chist! interrumpió Dufrayer. ¿Qué es eso?

Todos nos pusimos á escuchar. Allá á lo lejos, á larga distancia, oímos una voz ahogada que parecía pedir auxilio. Pero era tan débil, que casi hubiéramos dicho que llegaba á nosotros desde la calle.

—¿Qué será? exclamó Tyler con impaciencia.

Comenzamos á movernos de un lado á otro del laboratorio,

buscando el punto de donde parecía provenir la voz, pero guardando el mayor silencio posible, pues casi temíamos perturbar el reposo de aquel cuerpo inmóvil que descansaba muerto á pocos pasos de nosotros.

De cuando en cuando nos deteníamos para escuchar mejor aquella angustiosa voz, hasta que por fin yo llegué á un sitio desde donde parecía oírse más claramente. Me arrojé al suelo y apliqué el oído á las baldosas.

—Es aquí, exclamé preso de terrible agitación. Suena debajo de nosotros. Escuchad.

Sí, ya no podíamos equivocarnos, la voz salía de lo más profundo de la casa.

—Debe haber una bodega aquí abajo, dije, y en ella está encerrado alguien.

Buscamos apresuradamente alguna puerta ó señal que nos indicara una entrada, pero inútilmente.

Mientras tanto volvió á repetirse la voz, pero era ya tan débil que casi parecía la de una criatura.

—Indudablemente hay alguien aquí debajo, observó Dufra-
yer; es necesario romper la baldosa en seguida.

Tyler y Ford cogieron la palanca, y en muy pocos minutos abrieron un boquete levantando una baldosa, la cual estaba provista de un resorte. Si hubiéramos tenido antes paciencia para mirar mejor, hubiéramos podido levantarla sin necesidad de palanca.

En el momento en que la levantamos llegó hasta nosotros un aire intensamente frío y penetrante, y vimos que á nuestros pies se abría un pozo profundo y negro, en el que resonó un triste y apagado gemido.

Introduje la palanca por el boquete y advertí que daba en alguna cosa blanda. Todos estábamos hondamente impresionados.

Despojándome de la americana á toda prisa entré por el boquete agarrándome con las manos á los bordes, á fin de bajar con cuidado, y pronto tocaron mis pies en el fondo.

Tan intenso era el frío que allí se sentía que apenas pude respirar. ¿En qué infernal región me había metido? Solté las manos y encendí una cerilla.

¡Cielos, qué horror! No pude menos de estremecerme. Tendida en el fondo de aquella especie de calabozo había una mujer. La levanté, y examinándola á la luz de la cerilla vi que era miss Beringer.

La sacaron entre todos inmediatamente y yo salí detrás. Tenía sujetas las muñecas con esposas de acero, y estaba tan fría que al principio llegamos á temer que hubiera muerto. La boca la tenía desgarrada y las manos hinchadas. El cambio de temperatura, unido á lo mucho que había sufrido, la hicieron perder el conocimiento, y durante unos minutos quedó inmóvil como un cadáver. Dufrayer sacó del bolsillo un frasquito, echó un poco de coñac en una copa y se la acercó á los labios. Al principio no pudo tragar, pero luego vimos con gran satisfacción que habían pasado por su garganta algunas gotas. Suspiró, abrió los ojos y nos miró á todos vagamente y como alelada, pero tardó muy poco en recobrar el sentido. Entonces apareció en su rostro un rayo de inteligencia y se incorporó, preguntando como una loca:

—¿La han cogido?

—Sí, la hemos cogido, respondí, pero no en vida. ¿Y cómo es que se encuentra usted aquí? Cuéntenos, si puede, lo que ha pasado.

—¿Y la vieja, la anciana, Mme. Koluchy, la han cogido? replicó la joven con insistencia.

—Madame Koluchy ha muerto, dije, creyendo que aun no había recobrado completamente el conocimiento.

—¡No, no! exclamó miss Beringer excitadísima. Yo digo que no ha muerto. ¡Cogedla, coged á la vieja!

Volvióse Ford á uno de los agentes, diciendo:

—Tráigala usted aquí.

—La he buscado inútilmente en todas las habitaciones de este piso, observó Tyler; no sé si estará arriba.

Habló en voz baja y creímos que no le había oído miss Beringer, la cual había caído sobre las baldosas con los ojos cerrados.

El agente á quien Ford había dado el encargo de traer á la vieja salió apresuradamente y volvió á los pocos minutos diciendo:

—He registrado todos los rincones de la casa, pero sin resultado. Sin duda salió cuando Martín y yo fuimos en busca de las herramientas. Y ahora caigo en la cuenta de que dejamos



¿LA HAN COGIDO? PREGUNTÓ

abierta la puerta. Ibamos tan de prisa que no nos acordamos de nada.

Miss Beringer, que había oído las palabras del agente, volvió á animarse, y haciendo un esfuerzo logró ponerse en pie.

—¿Me lo podía haber figurado! exclamó. ¡Qué necios han sido todos ustedes! ¿Cómo se dejaron engañar? ¿No la conocieron?

—Si Mme. Koluchy ha muerto, contesté. Si no lo cree usted así, venga conmigo y le enseñaré el cadáver. Apenas se da usted cuenta de lo que dice. ¡Habría sufrido tanto en su prisión! Pero le aseguro á usted que Madame no ha escapado; ya no volverá á hacer daño á nadie.

—No lo crea usted, Mr. Head, contestó riendo sarcásticamente; sé muy bien lo que estoy diciendo. ¡Dios mío, qué estúpidos son los hombres! Cualquiera mujer que tenga un poco de talento se burla de ellos como quiere. Bien sabía Madame lo que hacía cuando me encerró en ese calabozo. ¿Están ustedes seguros de que el cadáver es el de Mme. Koluchy? Vamos allá.

Fuimos al laboratorio interior y volvimos á fijarnos en el cadáver, pero esta vez con más detenimiento. Examiné bien la cara y las manos y... no cabía duda: miss Beringer había perdido el juicio. La mujer á quien contemplábamos era madame Koluchy; aquellas eran sus facciones.

—Veo que insiste usted, exclamó miss Beringer; pues bien, oigan ustedes lo que tengo que decirles.

De pie delante de nosotros nos refirió lo siguiente, que escuchamos con la mayor atención y en medio del mayor silencio:

—Ya le indiqué á usted, Mr. Head, comenzó diciendo la joven, que tenía mucho que hacer en Londres; era la pura verdad. Desde el momento en que ayer por la mañana me despedí de usted me puse á vigilar esta casa, no porque no tuviera confianza en el agente de Mr. Ford, sino porque estaba segura de que Madame hallaría la manera de volver aquí, y comprendí que sería necesaria mi presencia. Ella me conoce á mí tan bien como yo la conozco á ella, y si es cierto que no tenía á mi disposición hombre ninguno en todo Londres, creo que Ana Beringer la inspiraba bastante temor.

Pues bien, comenzó mi vigilancia y transcurrieron las primeras horas sin que ocurriera nada de particular; pero en cuanto anocheció vi que salía por la puerta zaguera la anciana que recibió á ustedes cuando por primera vez visitaron esta

casa. Seguía y la vi entrar en una tienda de ultramarinos en la calle de Marylebone. Allí estuvo más de media hora, y cuando salió llevaba en la mano un paquetito que parecía contener provisiones. Volví á seguirla, y observándola con mucho cuidado noté en ella un no sé qué en el modo de andar que me llamó la atención. Cuando bajábamos por Welbeck Street pasó á mi lado el agente que hacía la guardia. Al llegar á la puerta de entrada, y en el momento en que, habiendo acertado la distancia, tendía yo la mano para tocar en el hombro á la anciana á fin de que se detuviese, se volvió hacia mí y con la rapidez del rayo me arrojó á la cara el contenido de un frasquito, que debía ser una fuertísima solución de amoníaco. El efecto fué instantáneo, pues caí hacia atrás sin poder respirar ni proferir una palabra.

Antes de que pudiera levantarme me rodeó la cintura con el brazo y me entró en casa, procediendo en seguida á ponerme las esposas y amordazarme. Quedé tan paralizada con el efecto del amoníaco que no pude moverme hasta que era ya demasiado tarde. Amordazada y sujetas las manos con las esposas me trajo á este laboratorio, donde me tendió en el suelo y me amarró los pies. Hecho esto se inclinó sobre mí y dijo con una sonrisa de diabólica crueldad:

—Sí, miss Beringer, es usted muy lista, la mujer más lista de todo Londres, con una sola excepción. Se ha interesado usted por mí y voy á satisfacer su curiosidad.

Me dejó sola y volvió á los pocos momentos arrastrando tras sí un objeto pesado. ¡Horror de los horrores! ¡Era el cadáver de una mujer!

Yo no acertaba á creer lo que estaba viendo; me parecía una pesadilla.

Tendió el cadáver en el suelo y se puso á vestirlo con ropas suyas. Después de hacer esto y de colocar el cadáver en la posición de una persona que ha caído hacia atrás y ha muerto de repente, se acercó nuevamente á mi.

—Hace dos años, comenzó diciendo pausadamente, inclinando la cabeza hasta el nivel de la mía, hace dos años existía en Nápoles una mujer que en todo se parecía á mí. Sus facciones eran iguales, idénticas á las mías, y tenía la misma esta-

tura, la misma figura, las mismas formas. Era una aldeana, cuyo parecido á mí era tan grande que las autoridades napolitanas la apresaron dos veces creyendo que era yo. Por su-



ME ARROJÓ Á LA CARA EL CONTENIDO DE UN FRASQUITO

puesto, se deshizo pronto el error y la mujer recobró la libertad. Murió al poco tiempo, y aunque la enterraron fué el suyo un entierro aparente. Yo la había observado y comprendí que en un apuro, en una situación comprometida, podría serme

útil. Ofrecí á su marido una cantidad muy respetable para que me permitiera retener el cadáver, y lo hice conducir á mi casa, no importa cómo ni de qué manera. El marido recibió la cantidad ofrecida; pero á fin de que algún día, andando el tiempo, no se le fuese la lengua, fué despachado poco después al otro mundo por uno de mis aliados.

Conservé el cadáver en una temperatura de muchos grados bajo cero, y cuando vine á Inglaterra lo traje conmigo en el yate. Desde entonces lo he tenido en un calabozo helado subterráneo debajo del laboratorio interior. De este modo ha conservado inalterables todas las facciones, y así las conservaría siempre.

Ha llegado la hora en que necesito hacer uso de mi semejante para ponerme en salvo. El tribunal más severo, el más implacable, se detiene ante la muerte. Mis enemigos, mis perseguidores, creerán que he muerto y podré fácilmente escapar. Es esta mujer tan igual, tan parecida á mí, que será imposible descubrir que no soy yo hasta que se efectúe la autopsia. Para entonces estaré yo lejos de aquí, porque mis perseguidores se retirarán en cuanto se esparza la noticia de que me he suicidado. Pienso dejar una jeringuilla hipodérmica y un frasco de veneno cerca del cadáver, para que de esta manera quede todo completo; es mi último triunfo.

Y ahora, miss Beringer, añadió con una carcajada sarcástica que aun parece resonar en mis oídos, voy á recompensarla á usted por la parte que ha tomado en mi persecución. A fin de asegurar su silencio para siempre, pienso encerrarla en el calabozo helado de donde acabo de sacar este cadáver. Amordazada y bien amarrada ese tormento no durará mucho, pues no tardará en sobrevenir la muerte. Sepa usted que no volverá á ver la luz del día ni á tener trato con el mundo. Sepa usted también que hizo mal, muy mal, en poner su inteligencia enfrente de la mía, que es mucho más grande. Vamos.

Me levantó como si hubiera sido una criatura y me trajo al laboratorio interior, una de cuyas baldosas vi que estaba levantada. La mordaza no me dejaba hablar, y las correas que me sujetaban impedían que me moviera; así que no pude oponer resistencia ninguna.

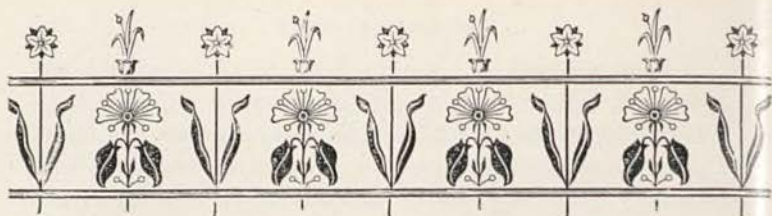
Madame me metió por el boquete y lo cubrió en seguida con la baldosa. Quince horas he permanecido en el calabozo helado, y lo que he sufrido durante ese tiempo es imposible describirlo. Por fin me pareció oír pasos en el laboratorio, hice un último esfuerzo y conseguí echar la mordaza de la boca. Entonces pude gritar con toda la fuerza que me quedaba, y gracias á Dios me oyeron ustedes á tiempo.

La relación de miss Beringer nos impresionó tanto que no hallamos manera de responder; quedamos completamente pasmados.

Un solo pensamiento absorbía nuestra imaginación. Madame Koluchy (la fingida anciana) estuvo á nuestro alcance, en nuestras mismas manos, y una vez más se había burlado de nosotros, eludiéndonos como quiso.

L. J. Meade y Roberto Eustace.





De caza

I

SEGÚN rezaba su cédula de vecindad, D. Serapio Castrillo y Valdés era de profesión abogado; pero no hagan ustedes caso de ese papel, que para todo hace falta y para nada sirve. Si en sus mocedades estudió Serapio la carrera de leyes, jamás hizo uso de ella, habiéndose dedicado toda su vida á la caza, por la que sentía verdadera pasión. Resulta, pues, que si alguna profesión tenía el Sr. Castrillo era ésta, la de cazador.

Contaba á la sazón cuarenta y cinco años; alto y esbelto, de buenas facciones, moreno, con negra y poblada barba, más bien parecía modelado para figurar en los salones que para correr montes y breñas, pero su carácter se amoldaba mejor á este género de vida. Jamás ocupó un puesto en su ciudad natal, donde residía, ni se afilió nunca á partido político alguno, ni figuró su nombre en empresas ó sociedades de ninguna clase.

La hacienda que de sus padres heredara era buena, y á ella se unió con el tiempo la de su mujer, mayor aún; porque Serapio, avezado á esperar y perseguir toda clase de piezas de caza, supo ingeniárselas para conquistar á los veintiséis años á una joven de diez y siete, huérfana y rica, bella y virtuosa. Para ello se valió de la escopeta, su inseparable compañera, y así pudo decir con verdad que de un tiro mató dos pájaros.

Luisa Hernández de Caravia creyó que la caza sería un pretexto para buscar novia, y no dudaba que aquel apuesto galán, una vez encadenado al pie de los altares, echaría á rodar la mortífera arma para dedicarse por completo á hacerla feliz; pero estos sueños de la enamorada doncella fueron como la mayor parte de los que se forjan las jóvenes casaderas: humo que desapareció en seguida. Castrillo casado siguió haciendo la misma vida que Castrillo soltero, ó mejor dicho, aumentó en él la pasión por la caza, dedicando á ella ahora los ratos que antes empleaba en buscar mujer.

Ni el rango de padre, á que se elevó al año de contraer matrimonio, le disuadió un punto de su afición, y la monísima Adela crióse sin ver al autor de sus días más que de tarde en cuando, y aun entonces como una visión que pasaba ante sus juveniles ojos con rapidez eléctrica.

Años andando vino á parar á la casa Antoñito Ponce, sobrino lejano de Luisa, pues muertos sus padres nombráronle tutor y curador á Serapio, y como contaba un poco más edad que Adela, los dos primos vivieron como hermanos, queriéndose fraternalmente.

Al servicio de esta apreciable familia, y en calidad de doncella, hallábase Petra, una rubia muy zalamera que hablaba por los codos y había logrado enloquecer á sus señoritas hasta el punto de jurarla por la más fiel y leal de todas las sirvientes habidas y por haber. Si aquéllas acertaban en sus juicios lo irá viendo el curioso lector.

II

Son las ocho de la mañana, y Petrilla, limpia ya y arreglada de manera que daba gusto, se entretenía en desempolvar los muebles del amplio comedor. Como la hora no era propia de cánticos, ni tenía con quien charlar, ante el temor de que se le entorpeciese la lengua por falta de ejercicio, hablaba sola sin darse punto de reposo.

—Esta casa (decía mientras sacudía con los zorros una mecedora) me resulta una mina de las mejores, y es preciso explotarla convenientemente, como dice mi Toribio, porque en estos

tiempos no se encuentran gangas tan buenas... De una parte las señoritas, que como son á cual más tonta están conmigo que no saben lo que hacerse para contentarme... De otro lado D. Félix y D. Alfredo, rumbosos los dos... cuando una se hace la remolona y les pone obstáculos, lo cual sucede siempre que «necesitan» de mis desinteresados servicios... Los únicos que no han dado chispas hasta ahora son el señorito Serapio y el señorito Antonio: el primero porque sólo piensa en su escopeta y en sus perros, y el segundo porque no le he entrado por el ojo derecho... Lo malo es que vendrá pronto, según dicen, con la carrera concluída, y entonces será muy fácil que me obligue á levantar el vuelo; por eso me conviene aprovechar su ausencia para hacer mi agosto.

Si para muestra basta un botón, no es malejo el que nos presenta la «fiel» y «leal» doncella en cuyas pecadoras manos estaba la angelical Adelita. Porque en aquella casa, como en otras muchas, todos eran buenos, pero ninguno cumplía con sus obligaciones.

Del cabeza de familia ya se ha dicho y repetido que no le preocupaba otra cosa que la caza, importándole un comino lo que con esta su desmedida afición no se relacionara. Fuera de la hora de la cena, cuando á ella concurría, no se podía contar con él para nada en los pocos momentos que permanecía en casa, pues los dedicaba á limpiar la escopeta y á hacer los demás preparativos indispensables para la siguiente expedición.

Su esposa, que siempre fué aficionada á la lectura, en ésta buscó el consuelo necesario para soportar el desvío de su marido, y quién sabe si ella misma, lejos de atraer á Serapio haciéndole agradable la estancia en casa, le empujó, aunque inconscientemente, afuera, porque si él se despepitaba por apropiarse un bicho de pluma ó pelo, Luisa se desvivía por cazar una novela folletinesca y devorar de una sentada todas sus páginas.

Así Adelita, que en los primeros años estuvo al cuidado de la nodriza encargada de su lactancia, y más tarde al de una niñera, pasó luego unos cuantos en un colegio, y á su vuelta al hogar no tuvo otra compañera que Petrilla, la cual se propuso «completar» á su manera la educación de la niña.

Dos meses escasos llevaba ésta de aprendizaje con tan escl-

recida maestra, y aunque todavía le quedaban muchos resabios de lo aprendido en el colegio, notábase bastante diferencia entre la modesta y vergonzosa colegiala que se escandalizaba de todo y por nada se ponía encendida de rubor y la elegante y pizpireta señorita que correteaba alegremente por calles y plazas, seguida de no pocos moscones que la zumbaban al oído dulces requiebros.

III

La mañana aquélla en que tan á su sabor soliloquiaba salió Petrilla de casa poco después de las nueve, y luego de estar de palique con *su* Toribio el tiempo que le vino en gana, fué en busca de D. Alfredo, moscón número uno; guapo chico, pero afeminado, de atiplada voz y maneras mujeriles; un vividorcillo que se proponía explotar su figura, sacándola poco menos que á pública subasta entre las mujeres de posición desahogada.

Allá donde olía una buena dote se presentaba á solicitarla, y unas veces valiéndose de los porteros, otras de la servidumbre de la casa, difícil era que no llegase al objeto que perseguía con tenacidad de hábil y experto cazador. Si luego la pieza que consideraba suya y por tal la apuntaba volaba libremente sin lazo que la detuviera, ó caía en manos de otro más afortunado tirador, consolábase Alfredito con facilidad suma, culpando del fracaso á cualquiera menos á él: á la traición de este confidente, á las calumnias de aquel rival, á la sórdida avaricia de la madre de la muchacha, que vivía esclavizada por semejante poder tiránico... Con tales consuelos y su desmedida afición á aquel género de *sport* no hay que decir si perdería un minuto, cada vez que resultaba calabaceado, en ponerse en campaña para seguir y perseguir alguna otra pieza.

Hasta entonces todos los tiros le habían salido fallidos, á causa de la pólvora, ó de la escopeta, ó del tiempo, ó de lo que fuere. Los lazos tendidos ó bien quedaron intactos ó la aprisionada víctima pudo destrozarlos, huyendo de las garras del milano que la acechaba, y los reclamos de que con frecuencia se valía el astuto cazador le resultaron tan inútiles que ninguna cándida pieza respondió á ellos. Pero ahora se encontraba

en muy ventajosas condiciones: tenía de su parte, á fuerza de proyectiles en forma de monedas, á Petrilla, que engolosinada con las promesas que para el día del triunfo le hacía Alfredo sería capaz de los mayores y más heroicos esfuerzos á fin de allanarle todas las dificultades y ponerle á tiro. Contaba además con la inexperiencia de Adela y el abandono en que sus padres la dejaban, y únicamente le asaltaba el temor de que el primito Antonio viniera demasiado pronto y le obligase á levantar el campo. Por eso instaba á la infiel doncella á que buscase el medio de introducirle en la casa antes de la llegada de aquél, y Petra, que como se ha podido ver era de ancha conciencia y discurría con el diablo para urdir sus tramas, arreglóselas de modo que sirvió á aquél á las mil maravillas.

En cuanto le vió aquella mañana le dijo:

—Señorito Alfredo, ¿sabe usted solfa?

¿Solfa? le preguntó sorprendido el gomoso.

—Sí, señor, solfa, música á lo que sea.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque si la sabe usted creo que podría conseguir que entrase usted en casa.

—¿De veras? ¿Y cómo será ello?

—¿Pero sabe usted ó no sabe solfa?

—La sé, mujer, la sé, y también toco el piano.

—Pues entonces armaré un lío con el profesor de la señorita, que es más viejo que mi abuela, y así podrá usted sustituirle.

¡Qué contento se puso Alfredo al oír esta felicísima ocurrencia de su aliada! Para demostrarla en cuánto apreciaba sus buenos deseos por servirle le entregó en el acto diez pesetas, prometiéndola para más tarde, según fueran ensanchándose los horizontes de su dicha, un chorro de oro continuo, con el cual pudiera la doncella de labor trocarse en una dama de rumbo.

Con tales alicientes, que despertaban los codiciosos ensueños de la muchacha, armó ésta en un dos por tres la zancadilla al anciano profesor, y sin que los padres de Adela se percatasen de nada ni ella comprendiese el juego de Petra, no pasaron cuatro días cuando Alfredo penetraba en la plaza sin estorbos de ningún género.

A Adelita le pareció la broma muy divertida. Halló muy cómodo el poder platicar durante una hora diaria con aquel simpático joven en vez de oír las graves explicaciones del viejo maestro, y aun llegó á diputar á Alfredo como hombre de valer nada común, en vista del ingenio demostrado en aquella ocasión, y á Petra por el prototipo de la fidelidad, al proporcionarla con sus esfuerzos tal inocentísimo placer.

IV

Ya sabemos por Petra, según confesó en su monólogo, que había otro rumboso individuo, D. Félix, y es preciso que el lector sepa que se trata de un empedernido solterón, galanteador de oficio y aficionado á cazar en terreno vedado. Corrían voces de que su escopeta era digna compañera de la carabina de Ambrosio, pero quien á él le oyese tomaríale por un tenorio de los más temibles.

Este tal husmeó el aislamiento en que Luisa vivía; tanteó á la doncella para ver de qué pie cojeaba, y esta pécora, con su maquiavélico instinto, comprendió el partido que en su provecho podía sacar de aquel ente.

Por eso una mañana, en el momento que Petra le servía el desayuno, entregó á su señora una carta «que acababa de traer un mozo». Abrióla Luisa pensando que se trataría de una de tantas peticiones como recibía continuamente, pero á las pocas líneas comprendió por el cauce que iba aquella solicitud, y sin enterarse de más rompió el papel en menudos fragmentos y los arrojó por el balcón.

Hallábase pensando en que aquel atrevimiento lo autorizaba en parte el proceder de su marido, cuando se presentó éste en el comedor en traje de caza y con todos los arreos necesarios.

—Vaya, Luisa, hasta la noche, díjole por todo saludo.

—¿Te vas ya? repuso ella con fina ironía. ¡Qué raro!

—No veo la rareza, mujer.

—Como desde ayer no has salido...

—Y hoy también espero regresar para la noche.

—Yo creí que lo mismo cazabas á oscuras.

—Todavía no se ha inventado ese medio.

—Y es una lástima, porque apenas tenéis tiempo durante el día para divertirlos.

—No creas, más de una vez he pensado en ello.

—¿Sabes, Serapio, que parece mentira que seas tú aquel caballero galante que adivinaba todos mis deseos y me juraba amor eterno?

—¡Ta, ta, ta!

—¡Si resulta que tu compañera inseparable es la escopeta y los perros tus hijos predilectos!

—Y á propósito de perros, Luisa, ten mucho cuidado con *Canelo*, porque me parece que va á rabiar.

—A eso le gano, pues hace tiempo que rabio yo al ver tu proceder conmigo.

—Cualquiera diría al oírte que ando por ahí á picos pardos.

—A picos ya sé que andas; lo que ignoro es el color que tienen, aunque me parece que pasan de castaño oscuro.

—Te has olvidado, Luisa, de que aprobabas y ensalzabas mis aficiones cinegéticas cuando andabas á caza de novio.

—¡Serapio! eres atroz.

—Vaya, vaya, abur, dice al fin dirigiéndose á la puerta.

—¿Ni siquiera te detiene hoy la venida de Antonio? le pregunta Luisa tentando el último esfuerzo.

—¿Por un sobrino voy á privarme de mi diversión favorita? Ya estáis tú y Adela para recibirle como se merece.

—Eso es: las mujeres esclavas, los hombres libres.

—¿Os coarto yo la libertad? ¿Os pido cuentas de lo que hacéis?

—¿Y piensas que nos honras con proceder semejante?

—¿Y te figuras que para sermonearme así vas á tenerme todo el día en casa?... Vaya, vaya, Luisa, hasta la vuelta, y no te descuides con el perro.

Dicho esto se fué Serapio tan tranquilo, dejando á su mujer como en ocasiones parecidas á aquélla la había dejado: malhumorada y pesarosa de haber unido su suerte á un hombre tan frío y despegado.

Excogitando los medios más adecuados para atraerle al buen camino se hallaba cuando de improviso se presentó en el come-

dor Félix, exhalando fragantes perfumes por todos lados y con aire de conquistador satisfecho.

—¡Gracias, señora, gracias por su extremada bondad! exclama en tono trágico, postrándose á los pies de Luisa, que no sabe á qué atribuir semejante actitud.

—¿Quién es usted? le pregunta.

—El ser más venturoso del orbe, contesta Félix con grande exageración, desde que se ha dignado usted tenderle su mano generosa.

Al oírle Luisa expresarse así creyó que se trataba de alguno á quien hubiese favorecido por medio de sus relaciones é influencias, y como él seguía en la misma postura que tomó al entrar, le indicó amablemente que se levantara.

—No recuerdo, díjole en seguida, qué servicio he podido hacer á usted; pero desde luego le aseguro que no merecerá la pena de que por ello me demuestre usted su agradecimiento.

—¡Ah, señora! exclamó el galán entonces. Yo me atreví á pedir á usted en mi carta que al leerla se asomase á ese balcón, norte de mis esperanzas...

—¿Cómo! le interrumpe Luisa indignada. ¿Es usted el autor de la carta que me han entregado hace poco?

—El mismo, señora: Félix de Pradoverde, que viene á postrarse á sus plantas en señal de rendido acatamiento, replica aquél volviéndose á arrodillar.

Ante su lenguaje y actitudes, Luisa cree habérselas con un loco, y así se lo da á entender; pero Félix, con dramática entonación y ridículas maneras, le suelta un discurso amatorio que de seguro le había servido ya en otras cincuenta situaciones parecidas á aquélla.

Lo malo fué que sin poder notar el efecto de su oración sintió voces en el pasillo, y todo el fuego de que parecía estar rebozando tornóse de repente en el frío glacial del miedo más supino. Corría de un lado para otro sin saber dónde meterse, sordo á las indicaciones de Luisa, que le incitaba á marcharse, y por último, fijándose en un voluminoso armario adosado á la pared, se metió dentro en el instante que aparecía en la puerta Antonio en traje de camino.

V

Efusivo y cariñoso como siempre venía el joven, ya doctorado; pero Luisa no estaba para fiestas, temiendo que se descubriera el contrabando del armario y le atribuyesen á ella culpas que no había cometido. Conoció Antonio que algún desasosiego atormentaba á su tía; mas como sabía de siempre que el modo de ser de Serapio la servía de continua mortificación á esta causa atribuyó aquel malestar, y con pretexto de arreglarse un poco se retiró luego del comedor.

Respiró entonces Luisa con desahogo, y en el momento entreabrió Félix la puerta del armario, preguntando con voz temblorosa si podía salir sin peligro.

—Márchese usted inmediatamente, contestóle Luisa muy enfadada, mostrándole al mismo tiempo la puerta.

—No trato de otra cosa, señora, créamelo usted, dijo Félix abandonando su escondite, porque en este armario se está bastante mal y si dura un poco más el encierro me asfixio.

Cuando al fin logró Luisa que aquél atravesara la puerta se creyó libre de todo cuidado; pero le duró poco la satisfacción, pues en seguida volvió Félix azorado y tembloroso, diciendo que nada le faltó para dar de bruces con Serapio y su sobrino, que venían hacia el comedor. La rapidez con que el terrible conquistador se volvió á meter en el armario y la impresión que aquella serie de acontecimientos causaron en Luisa impidieronla por el momento oponerse á la nueva encerrona, y cuando quiso tomar la determinación propia del caso vióse cohibida por la presencia de su marido que llegaba acompañado de Antonio.

—¿Qué ocurre? ¿Cómo vuelves tan pronto? pregúntale alarmada á Serapio.

—Por esta condenada escopeta, respondió el cazador dejándola, partida en dos, sobre la mesa. ¡Es más falsa!... Figuraos que iba yo muy tranquilo por el centro de la calle, á fin de evitar el saludo de algún tiesto ó cosa parecida, cuando oigo un *jeeeph!* prolongado y siento que se me echa encima un coche... Pego un salto, se me cae la escopeta...

—¿Y estaba cargada? pregunta Antonio con ansiedad.

—¡Ya lo creo!

—Para haber causado una desgracia... dice Luisa.

—Pues mira, responde Serapio con mucha calma, sólo han resultado heridos el cochero, el lacayo, un mozo de café que por allí pasaba y una señora sobre la cual ha caído la bandeja con todo el servicio.

—¡Qué atrocidad! exclama Luisa santiguándose, mientras Antonio mira á su tío con ojos poco benévolos.

—Gracias á que tengo otra, prosigue Serapio muy fresco, dirigiéndose al armario; si no me fastidiaba.

Al ver Luisa la dirección de su marido se siente morir, y en el momento que éste abre el mueble y aparece Félix medio desmayado lanza un grito y cae en una butaca presa de un síncope.

Serapio no se dió cuenta de esto. Asombrado de ver un hombre en el armario, y dando dos pasos atrás, exclamó:

—¿Qué es esto? ¿Un hombre aquí?

—¡Perdón! decía entretanto Félix, arrodillándose delante de Serapio y cruzando las manos.

Antonio, en el ínterin, con el ceño fruncido, habíase dirigido á cuidar de su tía, que no daba señales de volver en sí.

Pasado el primer momento de estupor Serapio cogió del armario la escopeta que buscaba, y dirigiéndose á Félix le preguntó con voz de trueno quién era.

—El maestro... de música... de la niña, responde el tenorio tartamudeando.

—¿Y le da usted lecciones desde el armario? Me parece que el músico voy á resultar yo, solfeándole á usted las costillas.

En aquel instante nota el desmayo de Luisa y se dirige á ella, mientras Antonio avisa á su prima y á Petra para que la conduzcan á la cama. Félix se aprovecha de la ocasión para retirarse sigilosamente, y al cruzar la puerta tropieza con Alfredito, que tan almibarado como siempre llega en aquel oportuno instante.

Al verle Antonio frunció de nuevo el ceño; fijóse en Petra, que perdió el color, y en Adela, que se puso encendida, y sin decir palabra acompañó á las dos jóvenes á transportar á su tía al lecho.

VI

Serapio no había soltado la escopeta de la mano, y como si aquella arma fuese un talismán que tuviera la virtud de hacerle olvidarse de todo, ni volvió á acordarse de Félix, ni se preocupó por lo que á su mujer pudiera ocurrirle, ni le hizo caso á Alfredito, que chupando el puño del bastón esperaba á que le dirigiese la palabra. Al cabo de un rato vió el pseudomúsico que esperaba en balde, pues Serapio se disponía á limpiar la escopeta, y entonces se resolvió á romper el fuego.

—¿Tengo el honor de hablar con D. Serapio Castrillo? preguntóle con excesiva dulzura.

—Sí, señor, le respondió el cazador muy grave. Y usted, ¿quién es?

—Alfredo Bemol, contesta el gomoso inclinándose, autor de la zarzuela *El suero Roux*, que vengo á enseñar el piano á su hija de usted.

—¿Otro músico? exclama Serapio. ¿Cuántos profesores necesita mi hija?

—¿Quién es el otro?

—¡Usted!

—¿Y el uno?

—El que ha aparecido en ese armario como por arte de magia.

Alfredito, que al ver á Antonio sintió vagos temores de que algo poco agradable para él se avecinaba, empezó á dudar de su cómplice Petra, á quien suponía enterada de la llegada de aquél y, sin embargo, no se lo había participado. Estas dudas tomaron más cuerpo al oír á Serapio hablar del otro músico, pues creía que se trataba de algún rival al que Petra serviría como á él ó quizá con mayor empeño. De todo esto dedujo que su pleito estaba perdido si no tomaba una determinación rápida y eficaz. Antes, pues, de abandonar el campo necesitaba jugar la última carta; pero desconfiando ya de su aliada propúsose servirse á sí mismo, sin intermediarios de ningún género. Al efecto dirigió de nuevo la palabra á Serapio, diciéndole:

—¿Sabe usted, caballero, si podrá darle lección á la señorita Adela?

—Yo no entro ni salgo en esos particulares, repuso el hombre sin dejar un punto su ocupación. Allá ella.

—Por si acaso volveré luego.

—Como usted quiera.

—Adiós, señor mío; beso á usted la mano.

—Vaya usted con Dios.

Serapio prosiguió impertérrito en su tarea de limpiar el arma, y entretenido en esta labor le encontró poco después Antonio.

—Ya ha vuelto en sí la tía, le dijo.

—Pues en cuanto limpie la escopeta me voy, repuso aquél.

Quedósele su sobrino mirando cual si no comprendiera tanta mentecatez en un hombre que en varias ocasiones demostró clara y perspicaz inteligencia; mas como aquella pasión por la caza, funesta como todas las pasiones que por completo se apoderan del individuo, le tenía sorbido el seso, no sabía si indignarse con él ó compadecerle.

Antonio se diferenciaba mucho de aquella familia, aunque en su seno fué criado, y como aspiraba á estrechar más los lazos de parentesco que con ellos le ligaban, quería arrancarles de aquel modo de ser tan contrario á sus sentimientos. Volvía ya, como se ha indicado, hecho un doctor en leyes, y no viéndose precisado á abandonar de nuevo la casa, proponíase desde luego empezar sus trabajos de extirpación de malas costumbres. Con este fin permanecía junto á su tío, sin saber por dónde dar principio á su tarea, cuando Serapio saltó con esta pregunta:

—¿Por qué no me acompañas tú, Antonio?

—¿Ir yo de caza? repuso el joven respirando por la herida. Primero me colgaba de un árbol.

—¡Qué barbaridad! Bien se conoce que no tienes en cuenta que la caza es de origen real.

—¡Vaya una razón! De origen divino es el demonio, y sin embargo...

—Además, los cazadores tenemos en el cielo á nuestro patrón.

—Ya lo sé, San Huberto; mas si por la caza lo abandonan ustedes todo, mujer, hijos, hogar, será difícil que el santo les proteja.

—¿A que me resultas tú la segunda edición de mi mujer, corregida y aumentada?

—Mire usted, tío, el bien puede convertirse en mal si se le lleva por caminos tortuosos.

—Y como para cazar no se puede ir por la carretera...

—¿No es lo natural que, sin perjuicio de esa diversión, consagre usted algunos ratos á las delicias del hogar?

—¡Qué hogar ni qué fogón! Entre tu tía y tú me habéis hecho un hogar en la boca del estómago.

—¿Y se casó usted para eso?

—¿Para qué? ¿Para tostarme y consumirme en ese fuego con que me quemáis la sangre?

—No, señor; para andar toda la vida de caza.

—Hombre, no; mas tampoco para estar siempre metido entre faldas.

—¿Y quién le pide á usted tal cosa?

—Tu tía y tú, que sois un par de fatuos.

Antonio tuvo en la punta de la lengua una respuesta algo fuertecita; pero no queriendo faltar al respeto á su tío ni enconar más la cuestión retiróse prudentemente, dispuesto á llevar el asunto por otro camino.

VII

Serapio quedóse entregado á su labor, murmurando de las ocurrencias de su sobrino.

—¡Al cabo y al fin poeta! decía. El ente más insufrible del Universo... ¡El amor de la familia!... ¡Los encantos del hogar!... ¡Las dulzuras de la paternidad!... Todo se vuelve idilios y novelas... Una casita muy mona en la aldea, y en la casita un matrimonio joven, pues de los viejos no hay que hablar, con un niño rubio y sonrosado... porque los niños de los poetas son todos sonrosados y rubios... El marido á un lado de la cama y la mujer al otro, y ambos con la boca abierta contemplando al nene... Esa es la vida para los poetas del calibre de mi sobrino... Ni siquiera se acuerdan de que hay lavanderas encargadas de traer y llevar pañales...

Hasta aquí llegaba en sus filosóficas reflexiones Serapio, las cuales se vieron interrumpidas por Alfredito, que volvía resuelto á dar el paso decisivo.

—Caballero... ¿Se ha repuesto ya su señora? dijo al entrar.

—Sí, señor, contestó Serapio. Ya se le pasó el susto.

—Lo celebro.

—¿Le gusta á usted la escopeta?

—Parece buena.

—Le pregunto á usted si es aficionado á la caza.

—¡Oh! mucho, sí, señor.

—Es una diversión muy honesta.

—¡Honestísima!

—Y con todo hay hombres que la atacan.

—Es que no conocen los encantos que encierra eso de correr detrás de una buena pieza, respondió el gomoso mirando á Adela, que llegaba en aquel momento.

Entretanto Serapio, que había concluido su faena, tuvo la ocurrencia de apuntar á Alfredo con la escopeta, y asustado el pollo se ocultó debajo de la mesa gritando:

—¡Eh! ¡Don Serapio! ¡No gaste usted bromas con las armas de fuego!

Serapio soltó una estrepitosa carcajada, y dejando la escopeta en un rincón retiróse de allí diciendo:

—¡Vaya un cazador de pega!

Alfredo, que andaba ya bastante escamado, creyó que Serapio le había conocido, y en un tris estuvo que no tomase el portante dejando plantada á Adela; pero la fama de la riqueza de ésta le detuvo, y aunque con un escozor mayúsculo se decidió á jugar el todo por el todo. En vista de los obstáculos que se presentaban, y temiendo no poder hablar á solas con la niña, había escrito en aquel rato una carta incendiaria; según su creencia, copia tal vez de otras ciento que con el mismo fin llevaba disparadas sin resultado positivo hasta entonces; mas en el momento que trataba de entregársela á Adela presentóse Antonio, y no halló otro recurso que esconderla en un libro.

Como el joven venía á llamar á su prima de parte de su mamá quedaron solos los dos rivales, y allí fueron las congojas y trasudores de Alfredo, que en su interior maldecía la hora en que se le ocurrió hacer la corte á Adela; pues cuanto más atrevido y osado era con las damas, resultaba encogido y pacato con los varones. Sin embargo, haciendo de necesidad virtud se atrevió

á preguntar á su antagonista si se suspendía la lección de música, y éste, que buscaba el medio de espantar aquella mosca, contestóle que eso era de cajón, pues no estaba la Magdalena para tafetanes. Con estas despachaderas no tuvo Bemol otro remedio que marcharse, y con forzada cortesía se despidió de Antonio.

VIII

No se le cocía á éste el pan, como suele decirse, interin no se enterase del contenido de aquella carta que tan poca gracia le hizo al verla, y creyéndose por un lado con ciertos derechos á intervenir en los asuntos de la que juzgaba como su prometida, y por otro llevado de su afán de evitar que en la familia cayese un borrón que mancillase su buen nombre, extrajo el sobre del libro y del sobre la carta, quedando estupefacto al leerla.

—Se conoce que este músico, se decía luego, mientras dejaba la carta en su sitio, es de los entusiastas de Bach; porque si el célebre maestro era aficionado á las fugas, mi rival no le va en zaga... ¿No se atreve á proponer á Adela que huya con él?... Me parece que á este Bemol le voy á soltar yo un par de sostenidos.

Y de seguro que si Alfredito asoma por allí entonces se lleva algo que no le hubiera hecho mucha gracia. Pero en lugar del galán vino la dama, que en cuanto pudo separarse de su madre corrió en busca de la carta.

Al encontrarse con su primo quedó asombrada, sin saber qué hacerse, y si él no la dirige la palabra, probablemente se hubiera vuelto sin despegar los labios.

—¿Qué traes, Adela? le preguntó Antonio cariñosamente.

—Nada... Venía... por si estaba... el maestro.

—Se ha ido con la música á otra parte.

—¿Lo has... despedido?

—No, hija mía, aunque no me han faltado ganas, porque veo que ese títere te ha hecho olvidar que tú y yo somos prometidos.

—¿Sabes?...

—Sé que en mi ausencia has dado oídos á ese zascandil, que

ignoras quién sea; pero sé también que no es tuya toda la culpa.

—¡Claro! respondió ella ingenuamente.

—Por eso estoy dispuesto, no sólo á perdonarte, sino á hacer por ti lo que no han hecho quienes estaban en esa obligación. Esto no quiere decir, Adela, que trate yo de ser tu marido á la fuerza. No soy tan necio como para buscar la infelicidad de ambos. Pero en pago de esta franqueza mía te pido por favor que me digas la verdad de lo referente á ese joven. Sólo con que recuerdes los días venturosos que aquí hemos pasado creo que accederás á mi petición. ¿Estás dispuesta á ello?

Conmovida Adela contestó afirmativamente, y sin esfuerzo ninguno logró Antonio enterarse de cuanto creyó necesario en el asunto. El daño no era tan grave como él se temió ni la herida tan honda que fuese difícil su cicatrización. La causa eficiente del mal era Petra, como ya se había figurado el joven, y en lo que atañía á las relaciones de su prima y Alfredo, con nobleza y naturalidad le expuso aquélla que más bien las tomó como cosa de juego, y en prueba de ello ni existía correspondencia epistolar entre ambos ni pasaba de una semana el tiempo que el galán entraba en la casa.

Antonio quedó persuadido de la verdad que encerraban las declaraciones de Adela, y no obstante se cuidó bien de darse por enterado de aquella fulminante carta que en el libro estaba. Quería saber qué efecto le causaba su lectura, no dudando que aquél le demostraría, mejor que todas las palabras, el verdadero estado del ánimo de la muchacha.

Retiróse, pues, con pretexto de ver á su tía, y allá se quedó Adela libre para enterarse de lo que Alfredito la escribía.

¡Y qué coraje la dió semejante epístola! ¿A quién se le ocurría proponerla un disparate como aquél? ¿En qué cabeza cabía que ella fuese á abandonar á sus padres así, sin venir á cuento, sólo porque á *él* le convenía sabe Dios para qué fines? No le faltaba razón á Antonio cuando le llamaba títere y zascandil... Pero en parte era de ella la culpa, que tomó aquello como juego y admitió las galanterías de un desconocido y se entregó en manos de la doncella... ¡Estaba tan aburrida!... ¡Su padre siempre de caza!... ¡Su madre leyendo siempre!... Y el galán espe-

raba respuesta pronta y decisiva... No le faltaban ganas de dársela como convenía; mas creyó mejor consultar el caso con su primo, y en busca de él se dirigía cuando éste volvió al comedor.

IX

Al punto puso la carta en manos de Antonio, rogándole que la leyese, lo que hizo el joven como si no estuviese enterado de su contenido.

—Comprendo que no te haya hecho gracia, díjole luego.

—Si pudiera obligarle á tragarse esa insolencia te aseguro que lo haría con gusto, respondió Adela.

—¿De modo que tratas de darle una lección al maestro?

—Ese es mi deseo.

—Se procurará que lo consigas. Por de pronto acabo de celebrar una entrevista con la doncella, y puesto que todos andan aquí de caza yo también me he convertido en cazador. Tu flamante maestro y el otro del armario disparan, al parecer, con perdigones de plata. Yo he disparado con perdigones de oro; veremos quién tiene mejor puntería. Ahora, Adela, retírate, que viene tu padre y quiero ver si le arranco esa funesta manía de no parar en casa un momento. Y cuida de no hablar nada con Petra, pues me fio poco de ella.

Retiróse la joven por una puerta y por otra entró Serapio, que cogiendo la escopeta dijo:

—Hasta luego, Antonio.

—¿A dónde va usted, tío? preguntóle haciéndose de nuevas.

—¿A dónde he de ir? A cazar.

—¿Sabe usted que yo también he entrado en ganas de imitarle?

—¡Cuánto me alegro! Lo peor es que te falta escopeta.

—No la necesito. Cazaré á lazo... ó con liga.

—¡Tú no estás bueno!

—Disfruto de cabal salud á Dios gracias.

—¿Y cómo te estás así, sin prepararte?

—Porque la caza ha de venir sin necesidad de correr tras de ella.

Serapio miró á su sobrino como dudando de su razón; pero éste, lejos de darse por entendido, añadió:

—Vamos á elegir los puntos de espera, tío.

—Mira, Antonio, repuso Serapio malhumorado ya, si no te explicas más claro me voy yo solo.

Entonces el sobrino, con mucho misterio y hablándole al oído, le dijo:

—La caza está hoy aquí.

—¿Has tenido soplo de que intentan robarnos? preguntó Serapio, también muy bajito y en el colmo de la sorpresa.

—Si, tío; sé que tratan de llevarse lo mejor de la casa, y conviene estar prevenidos.

—¿Andará en el lío aquel del armario?

—Aquel y otro músico de la misma escuela.

—¿Y qué vamos á hacer?

—Por de pronto conviene que se oculte usted en ese cuarto, le dijo Antonio señalándole uno, y luego yo le avisaré á usted lo que convenga.

Serapio, obediente como un recluta y sin pasársele por las mientes la razón verdadera de aquel encierro, entró en él armado de su escopeta, mientras Antonio corría á cuidar de Petra y á hacerla cumplir sus órdenes convenientemente para que no le desbaratase el plan.

X

La señal que Alfredito esperaba de Adela era la colocación de una jaula en el balcón del comedor, y la joven la puso, quedando después en espera de la visita. No tardó el pájaro en acudir al reclamo, y creyéndose ya victorioso trató de arrastrar consigo á Adela sin pérdida de momento. Pero allí esperaba el más terrible desencanto al conquistador, pues la muchacha, que rebosaba indignación, afeóle su inicuo proceder, diciéndole al fin que si había puesto la jaula en el balcón, según él la pedía, sólo fué para tener el gusto de manifestarle que desde aquel momento quedaban rotas para siempre las relaciones que pudo haber entre ambos.

Al oírla el suavísimo Bemol se subió de tono, y confiado en

que nadie podía allí oponerse á sus designios trató de arrastrar por la fuerza á la que de grado no quería ir; pero Adela, alocada por su primo, huyó al cuarto en que estaba su padre, y al perseguirla Alfredo cayó en las garras de éste.

Poco después entraba en el comedor Félix, tan aromático como siempre y dispuesto á probar de nuevo fortuna.

—Veremos, se decía, si el segundo disparo es más certero... Por el telégrafo de Petra he sabido que tío y sobrino se han ido de caza, y he querido imitarles yo también.

Cuando al cabo de un rato salió Luisa y le increpó por aquella nueva visita, Félix, que no reparaba en medios... ni en fines, juró y perjuró que si volvía era no más que por arrancarle la venda que la cegaba hasta el punto de no ver las infidelidades de su marido.

—Véngase usted conmigo, señora, añadió con mucha frescura, y pronto se convencerá de la clase de caza á que su esposo se dedica.

Luisa, que estaba en autos del plan organizado por Antonio, quedóse mirando á Félix un momento, y dando luego media vuelta para retirarse le dijo:

—El oficio de cazador de honras tiene sus quiebras, caballero, y si para lograr sus propósitos dispara el cazador calumnias se expone á que el tiro le salga por la culata y resulte cazado en vez de cazador.

Quedóse Félix al oír tales sentencias convertido en un don Tancredo; pero aquella inmovilidad no le libró de la acometida de Serapio, que saliendo de su escondite hecho una fiera puso al terrible conquistador más blando que una breva madura.

Antonio, por su parte, hizo entender á Alfredito, con argumentos contundentes, que en asuntos de aquella índole conviene andar con pies de plomo y no empeñarse en levantar el vuelo.

Unidos luego los dos, y llevando en medio á su coligada Petra, fueron expulsados de la casa con todos los honores debidos á los importantes papeles que habían desempeñado, ofreciéndoles un castigo más severo si otra vez se atrevían á reincidir.

XI

Solos ya los individuos de la familia, empezó Serapio por reconocer su pecado, y después de agradecer á Antonio, como era justo, lo que por el bien de todos había hecho, prometió solemnemente á Luisa total reforma en sus costumbres.

—En prueba de ello, añadió, hoy mismo licencio á los perros y regalo las escopetas.

—Pues yo, dijo Luisa, voy á arrojar al fuego todos los libros que me absorbían el tiempo.

Entretanto Adela y Antonio hablaban bajo, muy bajo, en un extremo del comedor, y aunque sus palabras no llegaban á los oídos de aquéllos no dejaron de comprender, lo mismo Luisa que Serapio, cuál era el tema de su conversación.

Por primera vez quizá desde que se casaron, Castrillo y su mujer pusieron de acuerdo antes de dar el paso que ambos deseaban, y de pronto Serapio, encarándose con su sobrino, le dijo:

—Oye, Antonio, te la mereces como ninguno; pero si has de casarte con ella, ha de ser con una obligación.

—¿Cuál es ella? preguntó alegremente Antonio.

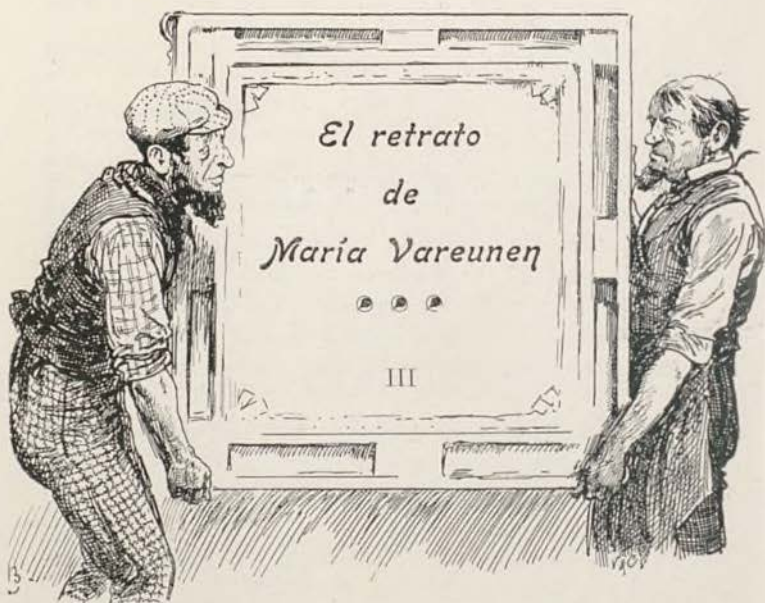
—Que no has de salir de caza.

—¿Para qué, repuso el joven sonriendo y mirando cariñosamente á Adela, si he cazado ya la felicidad?

Enrique de Olea.



Un millonario del Cabo.



Sin Charles Vandrift, así como la mayor parte de las personas nacidas en el Cabo, no puede hacer vida sedentaria. Le es imposible estar quieto, necesita estar en movimiento siempre; no se halla contento si no anda de aquí para allá, de la Ceca á la Meca, con entera libertad. Seis semanas de permanencia en Londres es un colmo para él, que siente en seguida la necesidad de marchar por una temporada, bien á Escocia, á Hamburgo, á Monte Carlo ó á Biarritz, á cualquier sitio, con tal de cambiar de aires y de escena.

—No quiero ser como las lapas, suele decir, que están siempre pegadas á un mismo sitio.

Así sucedió que á principios del otoño nos hallábamos en

Brighton, cómodamente instalados en el hotel Metropolitano. Eramos los de siempre: sir Charles y Amalia, Isabel y yo.

El primer domingo después de nuestra llegada salimos á dar un paseo Carlos y yo por el camino real, á fin de respirar aquel aire tan delicioso y admirar los encantos del mar. Nuestras dos esposas, ataviadas con trajes y sombreros de última moda, habían ido á la iglesia. Sir Charles, rendido por una semana de trabajo incesante, se había levantado muy tarde, mientras que yo, por mi parte, estaba sufriendo horriblemente con un fuerte dolor de cabeza, que atribuía á la pesada atmósfera del salón de billares durante la noche anterior, combinado tal vez con el efecto de una nueva marca de agua gaseosa á la cual no estaba acostumbrado, y que empleé para diluir el vasito de *whisky* que tomo invariablemente todas las noches para conciliar el sueño.

Habíamos convenido en salir al encuentro de nuestras esposas cuando regresaran del templo, aunque dejándolas tiempo suficiente para lucir sus trapos, y nos sentamos un rato á descansar en un banco, cuando llegó un muchacho vendedor de periódicos.

—¿*El Observador*? le preguntó Carlos.

—No hay, contestó el chico. ¿Quiere usted *Arbitrario*? ¿*Rosa*?

Pero mi cuñado no es aficionado á leer *El Arbitrario*, y en cuanto á *La Rosa* la considera poco conveniente para leída en público; así que meneó la cabeza negativamente y añadió:

—Si ves á alguno que tenga *El Observador* dile que lo traiga inmediatamente.

Al oír esto un caballero desconocido sacó del bolsillo un ejemplar y dijo con la mayor cortesía:

—¿Me permite usted que le ofrezca uno? Creo que compré el último que quedaba. Se ha vendido bien hoy porque trae importantes noticias del Transvaal.

Carlos levantó la cabeza y lo aceptó con cierto desdén; así que, para borrar la mala impresión que esto podía causar en una persona tan fina y tan galante, entablé conversación con el caballero desconocido.

Era de mediana estatura, de edad bastante avanzada, muy atildado en sus modales y de esmerada educación. Gastaba len-

tes de oro: tenía los ojos pequeños, pero muy expresivos, y la voz melodiosa.

Después de un rato de charla comenzó á hablar de personas distinguidas que á la sazón se hallaban en Brighton, y muy pronto me convenci de que estaba muy bien relacionado con las mejores familias. Hablamos de Niza, de Florencia y del Cairo.

Resultó que el caballero aquel se trataba íntimamente con



¿ME PERMITE USTED QUE LE OFREZCA UN «OBSERVADOR»?

amigos nuestros, y coincidiendo nuestros círculos de amistades, me extrañó verdaderamente que no nos hubiéramos encontrado antes.

—Y á sir Charles Vandrift, dijo por fin, el famoso archimillonario, ¿le conoce usted? Me aseguran que está aquí ahora y que se hospeda en el hotel Metropolitano.

—Este es sir Charles Vandrift, contesté indicando á mi cuñado y dándole cierto tono, y yo soy su hermano político místico Seymour Wentworth.

- ¡Ah! tengo mucho gusto en conocerle, observó el caballero

con un aire cómico de caracol que vuelve á entrarse en su concha.

Llegué á pensar que tal vez iba á fingirse amigo íntimo de sir Charles, ó bien que había tenido intención de decir algo muy poco halagüeño para mi señor cuñado, y me alegré de haberlo podido evitar.

En esto Carlos dejó á un lado el periódico y tomó parte en la conversación. Por el tono de su voz comprendí al momento que las noticias del Transvaal eran favorables para sus operaciones en el Cloetodorp Golcondas. Su modo de ser había variado completamente; estuvo amable y cortés con el caballero, y tanto él como yo quedamos convencidos de que se trataba con toda la gente gorda. Además era amigo íntimo de personas á quienes Amalia tenía grande interés en conocer para que acudiesen á sus reuniones. El joven Fiel, novelista en boga; sir Richard Montrosa, el célebre explorador del Artico, y otros muchos. En cuanto á los pintores, los trataba á todos como hermanos. Comía frecuentemente con los académicos y almorzaba todas las semanas con los miembros de todos los Institutos.

Esto de las reuniones da mucho que pensar á Amalia, la cual se afana por que las suyas no sean de carácter exclusivamente financiero y político, sino que quiere que en ellas haya de todo: hombres de Estado, millonarios conocidos, literatos, artistas, cómicos, etc.

Nuestro nuevo amigo estuvo muy comunicativo.

—Sabe mantener en la sociedad la posición que le corresponde, Sey, díjome Carlos después, y no tiene miedo de hablar como otras personas cuya situación en los altos círculos suele ser falsa.

Antes de despedirnos cambiamos las tarjetas, y entonces vimos que el caballero con quien acabábamos de hacer amistades se llamaba Eduardo Polperro.

—¿Ejerce usted aquí? pregunté por curiosidad.

—No, nada de eso, contestó. Soy doctor en leyes, me intereso por el arte y hago compras para el Museo Nacional.

—¿Qué suerte! Ni pintado para las reuniones de Amalia, murmuró á mi oído Carlos, el cual añadió con la mayor amabilidad:

—He hecho traer desde Londres mi coche-jardinera, y mañana pensamos hacer una excursión á Lewes. Si quiere usted acompañarnos, mi esposa y yo tendremos en ello mucho gusto.

—Es usted muy amable, contestó el doctor. Muchas gracias; acepto la invitación con verdadero placer.

—Saldremos del Metropolitano á las 10,30, continuó Carlos.

—Allí me tendrán ustedes.

Y con un saludo cariñoso se retiró.

Poco después nos dirigimos á la explanada, donde nos esperaban ya Amalia é Isabel. En el paseo, el doctor Polperro se cruzó con nosotros más de una vez, hasta que Carlos le detuvo para presentarlo á su esposa. Iba el doctor acompañado de dos señoras lujosamente ataviadas, y Amalia quedó encantada de la cortesía del afable desconocido.

—A primera vista, dijo con entusiasmo, se comprende que es persona de educación esmeradísima y de familia distinguida. Le invitaré para mi reunión del miércoles en quince.

A las 10,30 de la mañana siguiente salimos á nuestra expedición. Se ha llegado á decir que en toda la provincia de Sussex no hay un par de troncos iguales á los nuestros. Carlos guía perfectamente, y sobre todo (preciso es reconocerlo) vigila mucho, lo cual no deja de ser una satisfacción para los que vamos en el coche. Encuentra mi hermano político que el manejo de cuatro caballos le ocupa la atención lo bastante para no dejarle tomar parte en la conversación general y procura no distraerse.

Lady Belleisle de Beacon ocupaba el asiento á su lado luciendo su lindo color, y hay que advertir que es un color permanente aplicado todas las mañanas por sus doncellas. Al doctor Polperro le colocamos detrás de Carlos, entre Amalia y yo. Fué hablando todo el tiempo de museos y de galerías de pintura, lo cual aburre soberanamente á Amalia; pero ella cree que, como esposa de sir Charles, tiene obligación de demostrar de cuando en cuando cierto interés por las Bellas Artes, así que escuchó con la mayor paciencia posible. Nobleza obliga, y las paredes de nuestro castillo de Sheldon, en la provincia de Rosshire, están cuajadas de cuadros de todas clases y de todos tamaños, de maestros antiguos y de artistas modernos.

A pesar de su *lata* artística, el doctor Polperro resultó en el trato íntimo una persona agradabilísima. Supo amenizar la conversación con multitud de anécdotas, y nos dijo con exactitud quiénes eran los pintores célebres que se habían casado con sus cocineras y quiénes los que habían contraído matrimonio con sus modelos, probando que estaba bien enterado de las vidas de todos ellos y luciendo al mismo tiempo su facilidad de expresión.

Entre otras cosas dijo de una manera incidental que había adquirido un Rembrandt legítimo, indudablemente legítimo, auténtico, que durante muchos años había pertenecido á una familia holandesa, la cual desconocía su valor. Dábase como cierto que aquel cuadro fué la obra maestra de Rembrandt, y había permanecido oculto medio siglo á los ojos del mundo. Era el retrato de una señora llamada María Vareunen de Haarlem, y él se lo había comprado á sus descendientes en el pueblo de Gonda, en Holanda.

Advertí que Carlos prestaba atención á lo que el doctor decía, aunque procurando disimularlo.

Sucedía que aquella María Vareunen era ascendiente colateral, aunque lejana, de los Vandrift, parentesco que databa desde antes de la emigración al Cabo en el año 1780, y la familia sabía muy bien que el retrato existía, aunque no pudieron nunca averiguar su paradero.

Con frecuencia había yo oído á Isabel hablar del famoso cuadro, y si hubiese sido posible adquirirlo por un precio razonable, sería muy grato que los chicos (y aquí debo advertir que sir Charles tiene dos hijos estudiando en Eton) conservaran el retrato de una ascendiente suya pintado por Rembrandt.

Después de esto el doctor habló mucho de su hallazgo. Primeramente intentó vender el cuadro al Museo Nacional; pero los directores, aunque lo admiraban y admitieron desde luego la legitimidad de la obra, le dijeron, con harto sentimiento, que los fondos de que disponían aquel año no les permitían ofrecer una cantidad digna de tan notable trabajo.

South Kensington también estaba muy pobre, pero en aquellos momentos el doctor se hallaba en tratos con el Louvre y con el museo de Berlín. No obstante, era una verdadera lástima

que una obra de tantísimo mérito, una vez traída á Inglaterra, volviera á desaparecer. Algún protector de las Bellas Artes, amante de su patria, debía comprarla para su casa ó para exhibirla en el Museo.

Mientras tanto Carlos callaba, pero ya le estaba yo viendo pensativo y algo preocupado. En una ocasión (y por cierto que fué cerca de un recodo difícil, mientras el guía tocaba la corneta para avisar la llegada del coche) volvió la cabeza para lanzar á Amalia una mirada significativa, como advirtiéndola que no dijese nada que pudiera comprometerlos, mirada que inmediatamente produjo el efecto de hacerla callar.

Carlos no suele volver la cabeza mientras está guiando; así que, cuando vi que se había distraído hasta tal punto, me convencí de que tenía muchísimos deseos de obtener el cuadro de Rembrandt.

Al llegar á Lewes nos detuvimos en la puerta del hotel; dejamos allí el coche y los caballos, y Carlos encargó un almuerzo espléndido, digno de príncipes. Mientras se hacía hora de almorzar paseamos en parejas por la población y fuimos á ver el antiguo castillo. Yo acompañé á lady Belleisle, á quien encontré amable y divertida.

Antes de comenzar el paseo, Carlos me llamó aparte y me dijo con mucho sigilo:

—Ten mucho cuidado, Sey. Hemos conocido á ese Polperro por pura casualidad, y para timarle á uno no hay cosa mejor que lo de los cuadros antiguos. Si el Rembrandt es legítimo, creo que debo adquirirlo; si verdaderamente es el retrato de María Varennen debo comprarlo, aunque no sea más que por los chicos; pero me han engañado dos veces seguidas y no quisiera que llegase la tercera. Hay que vivir prevenidos.

—Dices muy bien, contesté; no queremos más videntes ni más pastores.

—Si ese tipo es un embaucador, y á pesar de todo cuanto asegura de la Galería Nacional, etc., etc., no tenemos pruebas de que no lo sea, la historia que refiere es de las más tentadoras que podía idear para encajarnos el cuadro. Siendo como soy tan conocido en Europa, cosa fácil le habrá sido el averiguar mi paradero. Por lo pronto, ya confesó que sabía que estaba-

mos en Brighton. ¡Quién nos asegura que no se sentó en aquel banco con el solo objeto de hacerse el encontradizo!

—Verdad es que él fué el primero en mencionar el nombre de sir Charles Vandrift, y que en cuanto supo quién era yo entabló conversaci6n.

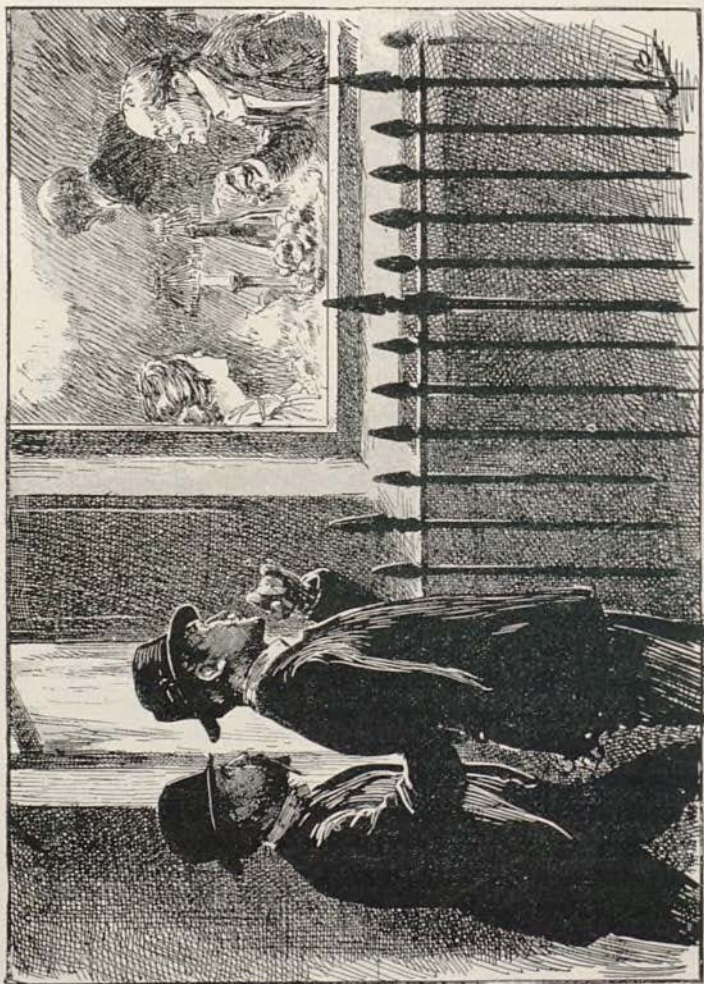
—Justo. Es muy posible que haya averiguado que existe el retrato de María Vareunen pintado por Rembrandt. Mi abuela solía decir que se conservaba en el pueblecito de Gonda, y recordarás tal vez que con frecuencia he hablado yo de esa obra de arte. ¿Te parece á ti natural que el doctor hablara inocentemente de su hallazgo á Amalia? Si se quiere un Rembrandt, tengo entendido que todos los días los fabrican en Birmingham. Todo lo cual significa que debemos estar muy alerta.

—Tienes muchísima razón. Pierde cuidado, que yo vigilo mucho al doctor.

Regresamos por distinto camino que el de la mañana y la excursi6n fué deliciosa. El magnífico almuerzo y el excelente champagne habían ensanchado el ánimo del doctor Polperro, el cual estuvo muy locuaz. Jamás he conversado con un hombre que conociera mayor número de anécdotas cómicas y divertidas. Había viajado por todas partes y conocía á todo el mundo. Aceptó la invitaci6n de Amalia para el miércoles en quince y prometió presentarla gran número de notabilidades literarias y artísticas.

Pero aquella noche salimos Carlos y yo á dar una vuelta á eso de las siete y media, antes de comer (comemos generalmente á las ocho) y comenzamos á ver claro. La noche era deliciosa; nos dirigimos por el camino real y pasamos por un hotelito nuevo, elegante, con un balcón grande en el entresuelo. Allí, en traje de etiqueta, rodeado de luces y sentado ante una mesa preparada con sumo gusto, se hallaba nuestro doctor Polperro, cara á cara con una señora joven, graciosa y bonita. El doctor tenía á su alcance una botella de champagne descorchada, y en el momento en que nos acercábamos servíase con abundancia en el plato de postre uvas de moscatel. El hombre rebosaba alegría y buen humor. Era evidente que él y la señora se entretenían con alguna historia cómica, pues él hablaba y luego prorrumpían los dos en alegres carcajadas. Di un paso

atrás y Carlos hizo lo mismo, como si los dos hubiéramos pensado una misma cosa.



ALLÍ ESTABA EL BUEN DOCTOR POLPERRO

—¡El coronel Goma! murmuré en voz baja.

—¡Madame Picardet! contestó Carlos.

No se parecían en nada al reverendo Peploe ni á su esposa mistress Brabazón, pero absolutamente en nada, y eso mismo

precisamente me hacía á mí estar más seguro de que eran ellos. No puedo decir que la nariz del doctor se parecía á la del vidente, pero había aprendido á no fiarme de las apariencias, y si verdaderamente era aquel el famoso embaucador y aquella era también su esposa, teníamos que andar con sumo cuidado. Por lo menos ahora estábamos prevenidos, y suponiendo que tuviera la osadía de tratar de engañarnos por tercera vez, caería de seguro; ya sabríamos arreglarnos para conseguirlo. A todo trance era necesario dar los pasos convenientes para que no se nos fuera de entre las manos.

—Se escurre de entre las manos lo mismo que una anguila, había dicho el comisario de Niza, y había que evitarlo.

—¿Sabes lo que te digo, Sey? murmuró mi hermano político hablando pausadamente, pues que en esta ocasión tenemos que prestarnos á que nos engañe. De nosotros ha de salir el desecho de comprarle el cuadro, pero teniendo cuidado de sujetarle con condiciones rigurosas. Le exigiremos que nos garantice la legitimidad de la firma, pero al mismo tiempo nos haremos los tontos. Tragaremos todas cuantas mentiras invente, le pagaré nominalmente con un cheque el precio que me pida y le haremos detener en cuanto quede cerrado el trato, después de poseer todas las pruebas de su culpabilidad. Por supuesto, procurará desaparecer de repente, como hizo en Niza y en París; pero esta vez haremos que la policía esté en acecho, y lo tendremos preparado todo de antemano. Evitaremos la precipitación, pero no andaremos perezosos. En cuanto acepte el dinero y guarde el cheque en la cartera le echaremos el guante y no le perdaremos de vista hasta que la policía le haya encerrado en la cárcel. Este es mi plan de campaña. Mientras tanto hagámonos los tontos y mostremos mucha confianza en todo cuanto nos diga.

Al día siguiente visitamos al doctor Polperro en su hotel. Nos recibió con suma amabilidad y nos presentó á su señora. Por supuesto, fingimos no reconocer en ella á la astuta Mme. Picardet ni á la inocente Brabazón. Cuando sir Charles manifestó algún interés por la supuesta obra de Rembrandt daba gusto oír hablar al doctor acerca de las Bellas Artes. ¡Qué bien enterado estaba el grandísimo bribón! Se puso muy contento, y en seguida

comprendimos que nos consideraba como probables compradores. Nos dijo que inmediatamente iría á Londres y traería el cuadro para que lo viéramos, y en efecto, cuando al otro día Carlos y yo tomamos nuestros asientos en el coche de primera para asistir á la reunión anual de la Compañía de Golcondas, allí estaba el famoso doctor reclinado como si todo el carruaje fuera suyo. Mi cuñado me lanzó una mirada muy expresiva.

—Lo hace bien, ¿no te parece, Sey? dijo. Se conoce que mis cinco mil libras le dan lo suficiente para ello, ó tal vez descontará el gasto de la cantidad que piensa sacarme por el falso Rembrandt.

En cuanto llegamos á Londres comenzamos á dar los pasos necesarios. En casa de Maravillie comprometimos los servicios de un *detective* particular para que vigilara los movimientos del doctor, el cual, según después supimos, recogió el cuadro en la casa de cierto comerciante dedicado exclusivamente á la compra y venta de cuadros antiguos. El mismo *detective* nos dijo también que el comerciante había estado complicado más de una vez en negocios algo sucios que habían manchado bastante su reputación, cosa que no me extrañó, pues si he de decir la verdad sé por experiencia que así los tratantes en cuadros como los tratantes en caballos suelen ser... como Dios los ha hecho. Tienen una manera especial de embaucarle á uno antes que se dé cuenta de lo que sucede.

Sea como sea, averiguamos que Polperro recogió el Rembrandt en casa del comerciante y que desde allí lo llevó consigo á Brighton.

A fin de no obrar precipitadamente y desbaratar así nuestros planes y proyectos, invitamos al doctor á que trajera el cuadro al Metropolitano y lo dejase allí hasta que conociéramos la opinión de un perito de Londres.

Llego éste y dijo que, en efecto, no era un Rembrandt ni mucho menos, sino una imitación hecha con acierto. Es más: con documentos irrefutables nos probó que el verdadero retrato de María Vareunen había sido traído á Inglaterra hacía años, y que lo había comprado el inteligente y conocido perito sir J. H. Tomlinson por la cantidad de ocho mil libras esterli-

nas. Por consiguiente, el cuadro del doctor Polperro era, ó bien una copia pintada por el mismo Rembrandt, ó una obra de algún discípulo del gran maestro, ó, lo que era más probable, una



Á SU JUICIO NO ERA UN
REMBRANDT NI MUCHO MENOS

falsificación reciente. De manera que ya teníamos pruebas para acusar al fingido doctor de querer sacar dinero por medio de engaños. Sin embargo, á fin de cerciorarnos más, con objeto de tener seguridad completa, insistimos diciendo que tal vez el cua-

dro legítimo, el verdadero Rembrandt, podía quizás haber caído en manos del insaciable coleccionista sir J. H. Tomlinson, en cuyo caso aquélla sería una copia, pero encontró salida para todo. Tuvo la osadía de rechazar los documentos, cuya evidencia era incontestable, y aseguró que un holandés astuto y necesitado de dinero había engañado á sir J. H. Tomlinson, uno de los hombres más listos y más inteligentes de Inglaterra. En resumen, juraba y declaraba que el auténtico retrato de María Vareunen era el que él nos ofrecía.

—Como nos ha engañado ya dos veces seguidas, observó Carlos, cree que puede hacer con nosotros lo que le plazca: pero lo que es ahora, se equivoca de medio á medio.

Conque fingimos creer todo cuanto nos dijo y aceptamos sus palabras, pasando en seguida á arreglar la cuestión del precio, que sólo se debatió por cubrir las apariencias. Sir J. H. Tomlinson había pagado ocho mil libras por su legítimo Rembrandt, y el doctor pedía diez mil por el suyo, siendo falsificado. Verdaderamente no había motivos para disputar y regatear, puesto que Carlos sólo pensaba dar un cheque nominal, hacer arrestar á Polperro y recobrar el dinero; no obstante, nos pareció mejor fingir alguna resistencia á fin de no infundir sospechas, y acabamos por hacerle rebajar el precio á nueve mil. En cambio nosotros le exigimos una escritura que garantizase la autenticidad del cuadro, declarando también que era el verdadero retrato de María Vareunen y que él lo había comprado directamente y con la mayor honradez á los descendientes de dicha señora en el pueblo de Gonda (Holanda).

Arreglamos perfectamente nuestro plan, preparándolo de antemano; un policía estuvo esperando en nuestras habitaciones del hotel, y quedamos en que el doctor Polperro vendría á determinada hora para firmar la garantía y recibir el dinero. Se extendió la escritura en papel sellado y con todas las formalidades que el caso exigía, y á la hora convenida llegó el doctor (el cuadro nos lo había entregado antes). Sir Charles extendió el cheque y lo firmó; en seguida se lo entregó al doctor Polperro, el cual se lo guardó en la cartera. Mientras tanto yo me había colocado en la puerta, y dos individuos de la ronda secreta guardaban los balcones. Temíamos que el hombre, una

vez asegurado el cheque, se arreglaría de algún modo para evadirse de repente, como lo había hecho en Niza y en París; así es que en cuanto vi que se guardaba la cartera me acerqué á él con una sonrisa de triunfo. En el bolsillo llevaba yo las esposas; se las puse en un abrir y cerrar de ojos, y al mismo tiempo entró el alguacil.

—Esta vez, dije, nos toca reir á nosotros. Ya sabemos quién es usted, señor doctor Polperro. Es usted el coronel Goma, *alias* Antonio Herrera, *alias* el reverendo Ricardo Peploe de Brabazón.

Quedó atontado, asombrado, pasmado por completo; jamás he visto hombre ninguno en tal situación. Carlos creyó que, como no tenía ni podía tener sospecha alguna de lo que pensábamos hacer nosotros, nuestra imprevista y súbita acción le había dejado mudo de sorpresa; pero no fué así. Después de mirar á uno y otro lado, como si no acertara á darse cuenta de lo que ocurría, exclamó:

—Estos dos señores deben estar locos. ¿Qué significan esas tonterías del coronel Goma y de Antonio Herrera?

Se acercó el alguacil, y poniéndole una mano en el hombro le dijo:

—No tardará usted en saberlo. Tengo orden de detener á usted, á Eduardo Polperro, *alias* el reverendo Ricardo Peploe, acusado de haber obtenido dinero por medio de engaños de sir Charles Vandrift, caballero de la Cruz, miembro del Parlamento y senador del Reino, según ha declarado dicho señor.

El doctor se irguió, y dirigiéndose al alguacil repuso en tono ofendido:

—Mire usted, todo esto es un error. Nunca en mi vida he usado yo ningún alias. ¿Cómo sabe usted que ese individuo es sir Charles Vandrift? Tal vez sea él quien pretende pasar por lo que no es, aunque por mi parte creo firmemente que son dos locos escapados de algún manicomio.

—Eso lo veremos mañana, contestó el alguacil cogiéndole por el cuello. Por lo pronto tiene usted que venir conmigo al cuarto de prevención, donde estos caballeros se ratificarán en la acusación contra usted.

En medio de grandes protestas de inocencia, y casi arras-

trando, fué llevado á la prevención. Carlos y yo firmamos la hoja de acusación, y el coronel Goma quedó bien encerradito hasta el día siguiente, en que sería puesto á disposición del Juzgado.



EL ALGUACIL LE PUSO LA MANO EN EL HOMBRO

A pesar de hallarse encerrado no estábamos todavía muy seguros de que no conseguiría burlarse de nosotros escurriéndose de nuestras manos. Por cierto que protestó de una manera violentísima contra el trato que dábamos á «un caballero de su posición»; pero Carlos aseguró una y otra vez á los agentes de

la autoridad que ya sabía él lo que hacía. Les dijo que era un embaucador que vivía engañando á todos, que se escurría como una anguila y que de ninguna manera le dejaran libre hasta que prestara declaración ante el juez.

Aquella noche en el hotel supimos con sorpresa que efectivamente existía un doctor Polperro, crítico de Bellas Artes, persona muy distinguida, cuyo nombre había adoptado el tunante embaucador para engañarnos.

A la mañana siguiente, cuando llegamos á la prevención, el inspector nos recibió con cara de pocos amigos.

—Caballeros, dijo con mucha seriedad, me parece que han cometido ustedes una falta muy grave. Se han comprometido ustedes, y lo peor es que nos han comprometido también á nosotros. Hemos tomado informes de este caballero y resulta ser cierto todo cuanto ha declarado. Es, en efecto, el doctor Polperro, crítico muy conocido de Bellas Artes y coleccionista de cuadros para el Museo Nacional. Fué anteriormente director de la galería de South Kensington y es C. B. (caballero de la orden del Baño) y L. L. D. (doctor en leyes), persona respetable y muy distinguida. Ha sido una equivocación tan fatal como lamentable. Mucho temo que acuse á ustedes de detención ilegal, acusación que á nosotros nos comprometería seriamente.

Carlos quedó como atolondrado al oír esto.

—Supongo que no le habrán puesto en libertad haciendo caso de tales supercherías, exclamó luego. No le habrán dejado escapar de entre las manos, ¿no es así?

—¿Escapar? repuso el inspector. Pierda usted cuidado, que no piensa en eso. En este momento está ahí en el salón llenándolos á ustedes de improperios, y nosotros estamos aquí para protegerles en caso necesario. En vista de la acusación de usted le hemos tenido encerrado toda la noche, y el hombre está que trina.

—Siempre que no le hayan dejado ustedes escapar... ¿Dónde está? Quisiera verle.

Entramos en el salón y allí vimos al doctor hablando con toda confianza con el juez. Como que después resultó que era íntimo amigo suyo. Estaba agitado y violento. Carlos se acercó á ellos inmediatamente y Polperro le dirigió una mirada á través de los lentes, como si quisiera comérselo.

—La única explicación, dijo, que encuentro admisible acerca de la inexplicable conducta de este caballero es que está loco rematado. Y su secretario no lo está menos. Espontáneamente trabó conversación conmigo en un banco del camino real; después me invitó á una excursión á Lewes; se ofreció voluntariamente á comprarme un cuadro de mucho valor, y luego, cuando el trato está hecho y firmado, da orden para que se me detenga sin motivo ninguno, bajo una acusación tan necia como ridícula. Ahora me toca á mí, y queda acusado de detención ilegal.

Poco á poco fuimos comprendiendo que, en efecto, nos habíamos equivocado. El doctor era la persona que él aseguraba ser y la que había sido toda la vida. Supimos que el cuadro era el retrato de María Vareunen y el legítimo Rembrandt. Era cierto que un holandés necesitado de dinero había engañado á sir J. H. Tomlinson. El cuadro que éste compró era también Rembrandt, pero no el verdadero, el auténtico retrato de María. El perito á quien consultamos era un hombre ignorante, que entendía de pintura muy poco. Otras personas bien informadas nos dijeron que el cuadro valía á lo sumo cinco ó seis mil libras, y Carlos había pagado nueve mil.

Al saber esto, mi cuñado quiso anular el contrato; pero, como es de suponer, el doctor no lo consintió. El documento era tan obligatorio para uno como para otro, y nada tenía que ver en el asunto lo que pasó por la imaginación de Carlos cuando firmó el contrato. Polperro sólo consintió en retirar su acusación por detención ilegal con la condición de que mi cuñado haría insertar en *The Times* una explicación de su conducta y pagaría la cantidad de quinientas libras esterlinas por daños y perjuicios, á lo cual no tuvo más remedio que ceder.

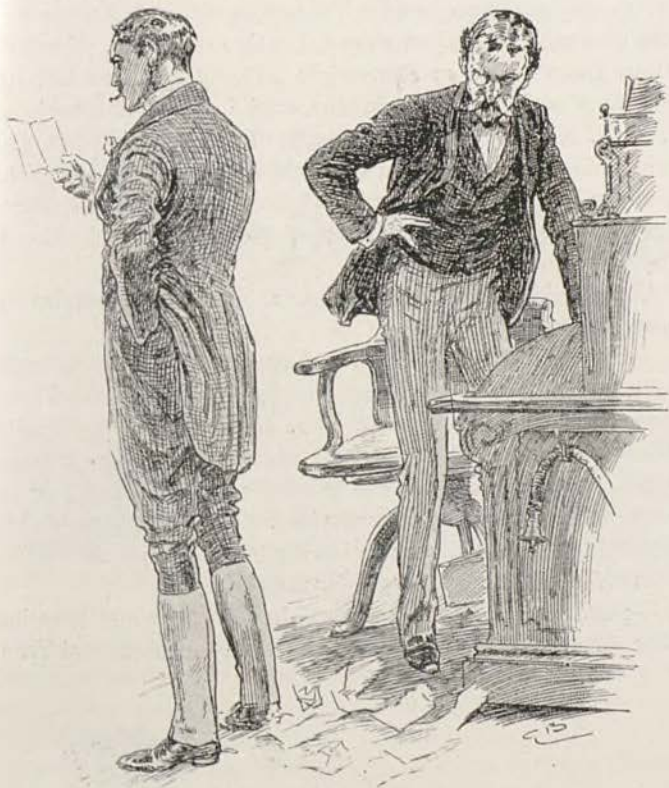
Y este fué el fin de nuestro bien ideado plan para coger al famoso vidente. Mejor dicho, no fué el fin; ¿qué más hubiéramos querido nosotros!

Sucedió que poco á poco los periodistas fueron enterándose de todo lo ocurrido. El doctor Polperro, que era persona bien conocida y apreciada entre artistas y literatos, citó al que había declarado que su cuadro no era legítimo, hizo pública su ignorancia y le castigó por declaración injustificada.

Después de esto comenzaron los periódicos á tirar de la manta.

El Mundo nos descubrió en un artículo sarcástico, y *La Verdad*, que siempre trató con mucha dureza á los millonarios del Cabo, se lució con unos versitos titulados *Las Bellas Artes en Kimberley*.

Es de creer que todo esto llegó á oídos del coronel Goma,



MI HERMANO POLÍTICO RECIBIÓ UNA CARTA

pues unos quince días más tarde mi hermano político recibió una carta escrita en papel perfumado, la cual decía así:

¡Qué inocencia tan pura! ¡Qué criatura tan angelical! Me entusiasma tanta candidez. ¿Conque Carlitos creyó muy de veras que había cogido al invencible coronel? ¡Pobrecito! ¡Y después que lo tenía todo tan bien preparado! ¿Quién de los dos

somos Simón el simple? ¡Cuánto nos hemos reído Blanco Brezo y yo al enterarnos de sus bonitos proyectos! Y á propósito: no creo que les vendría mal el tomar á Blanco Brezo á su servicio, para que les enseñara el arte de *detectives* de afición. Nos llena de envidia su encantadora candidez. Parece mentira que hayan creído que una persona de mi talento se rebajaría á meterse en una cosa tan gastada como eso del antiguo maestro. ¡Y todavía dicen que vivimos en pleno siglo XIX! ¡Qué disparate! ¡Oh *Sancta Simplicitas!* ¡Cuándo me tocará á mí una inocencia tan infantil? ¡Cuándo, cuándo será aquel día? Pero no importa, querido amigo, alguna vez nos volveremos á ver. Suyo como siempre, con el mayor respeto y profundo agradecimiento, su servidor que s. m. b., Antonio Herrera, *alias* el reverendo Ricardo Peploe de Brabazón».

Carlos dejó la carta sobre la mesa, lanzando un suspiro que parecía partirle el corazón.

—Sey, hijo mío, murmuró, no hay fortuna que pueda resistirlo, ni aun la mía. Estas continuas sangrías comienzan á asustarme. Preveo el fin que me espera. Acabaré en un santo asilo. Entre lo que me tima el coronel cuando es de veras y lo que gasto cuando no lo es... Ese hombre empieza á producir un efecto terrible en mi sistema nervioso. Voy á dejar por completo esta vida tan agitada, para retirarme de este mundo corrompido á un sitio solitario oculto entre montes.

—¡Ay, Carlos! exclamé, cuando hablas así es que necesitas muy de veras cambiar de aire y de clima. Probemos el Tirol.

Grant Allen.





Hojas del diario del Doctor Moreno



La banda de motas negras.

UCHAS veces en mi vida he tenido ocasión de saber hasta dónde llegan la vileza y la crueldad que encierra el corazón humano, pero ninguna más horrible ni que me haya impresionado más que la que ahora voy á referir.

Cierta mañana, á principios del mes de abril de 1893, vino mi criado á despertarme más temprano que de costumbre, diciendo que una señorita que acababa de llegar deseaba verme con urgencia.

—En seguida voy, contesté.

Y vistiéndome apresuradamente entré pocos minutos después en el gabinete de consulta.

Sentada junto al balcón vi á una joven vestida de luto riguroso y cubierta la cara con un velo negro. Al oír mis pasos se levantó y acercóse tímidamente, preguntando con voz dulce y temblorosa:

—¿Tengo el gusto de hablar con el Sr. D. Arturo Moreno?

—Servidor de usted.

—Ante todo he de decirle que soy sobrina de Florentina Sánchez, á cuya familia creo que conoce usted mucho. No sé si alguna vez la habrá oído usted hablar de mí; soy hija de una hermana de doña Florentina, y mi madre murió hace ocho años.

—Sí, en más de una ocasión me ha hablado de usted su tía. Si mal no recuerdo, creo que viven ustedes en Villalba.

—Justo; precisamente vengo de allí ahora. Salí esta mañana en el tren de las cinco y treinta, y deseo consultar con usted, D. Arturo, porque sufro horribilmente de los nervios. Ignoro si, como me dice mi tía, mi padecimiento se debe sólo al des-arreglo del sistema nervioso, ó si es, como yo temo, que la verdadera causa de mi mal es el miedo que poco á poco me va consumiendo la vida. Algunas veces creo que estoy perdiendo el juicio y que todos mis temores no son sino síntomas de que al fin ha de llegar ese horrible caso.

Comprendí que había llegado, sin duda, una nueva ocasión de las muchas en que me había tocado ser paño de lágrimas, y compadecido de la angustiosa situación de la joven la dije:

—Vaya, siéntese usted y cuénteme todo lo que le pasa. Apre-
cio mucho á toda la familia de doña Florentina, y tendré un ver-
dadero placer en servir á usted en todo cuanto pueda.

—¡Ay, D. Arturo! exclamó la infeliz vivamente emocionada, se lo agradeceré con toda mi alma. El Señor se lo recompensará á usted, pues sólo El sabe cuánto he sufrido y estoy sufriendo.

Mientras esto decía levantóse el velo de la cara, y quedé at-
errado al contemplar su semblante desencajado y pálido y la in-
finita tristeza de aquel rostro juvenil.

—A fin de que pueda usted hacerse cargo de mi horrible
situación, prosiguió diciendo, necesito contarle algo de la his-
toria de mi vida. Me llamo Luisa San Esteban y vivo, como
usted sabe ya, con mi padrastro D. Cástor Marcos de la Cruz
en su antigua posesión de Villalba.

La familia de mi padrastro fué en otros tiempos una de las
más ricas de España, pero se arruinó poco á poco con las malas
costumbres y la disipación de los cuatro últimos, ruina que
completó el padre de D. Cástor jugando sin ninguna clase de
miramientos lo poco que restaba de la fortuna. Su hijo, viendo
que forzosamente necesitaba adoptar un modo de vivir, estudió

para médico, y con su aplicación y talento, que es mayor que el de la generalidad de los hombres, hizo una carrera brillante. Terminada ésta marchó á Cuba, donde ejerció y adquirió muchísima fama y cuanta clientela quiso. Allí conoció á mi madre, viuda del general San Esteban, gobernador militar que fué de la Habana, y se casó con ella cuando Margarita y yo teníamos tres años. Mi madre tenía 5.000 duros de renta, cantidad que dejó íntegra á mi padrastro, con la condición de que al casarnos nos entregara cierta suma á cada una. El marido de mi madre es de carácter muy violento, y tuvo que salir de Cuba porque maltrató tan cruelmente á un criado, con motivo de un robo cometido en su casa, que el infeliz murió á los pocos días. Mi padrastro estuvo muy expuesto á sufrir algunos años de presidio.

Vinimos á Madrid y poco después falleció mi pobre madre. Entonces D. Cástor abandonó la clientela que aquí tenía y nos llevó á vivir á su antigua posesión llamada Villa Sosa, en Villalba. El dinero que dejó mi madre era muy bastante para atender á todos nuestros gastos, y no parecía haber obstáculo alguno para nuestra tranquilidad; pero entonces comenzóse á notar un cambio profundo en el modo de ser de mi padrastro. En vez de entablar amistades y visitar á los vecinos, quienes al principio se alegraron de tener entre ellos al único descendiente que quedaba de la antigua familia, se volvió taciturno é irascible; apenas salía de casa, y si alguna vez lo hacía jamás regresaba sin haber tenido algún altercado con el primero que tropezara con él.

Parece que casi todos los varones de la familia han tenido el genio muy violento, y es de suponer que la larga estancia en Cuba empeoró el de mi padrastro, que raya verdaderamente en locura. Ha tenido en Villalba riñas vergonzosas, habiendo llegado ya el caso de que las gentes huyan cuando D. Cástor se aproxima, tal es el miedo que infunde. Además hay que tener presente que sus fuerzas son lo que suele llamarse hereúleas, y que casi no es responsable de sus acciones cuando le acomete un ataque de furia.

No tiene amigos ni se trata con nadie, absolutamente con nadie, excepción hecha de los gitanos que con frecuencia pasan

por allí. A éstos, no solamente les permite acampar en nuestros terrenos, sino que se muestra hospitalario con ellos y algunas veces les acompaña cuando se van y permanece en su compañía una ó dos semanas.

Nuestra vida fué un continuo martirio. Margarita y yo no nos atrevíamos á salir de casa y temíamos horriblemente al doctor. Ninguna criada quiso servirnos; así que, durante una temporada larga, tuvimos nosotras que hacer las labores domésticas. Mi hermana sólo tenía veintidós años cuando murió, pero representaba casi treinta.

—¿Y de qué murió su hermana? interrumpí.

—Fué un misterio, D. Arturo. Ya se figurará usted que llevando una vida tan aislada como la que acabo de describir apenas teníamos amigos ni conocíamos á nadie. Sin embargo, el doctor consentía á veces en que pasáramos unos días en casa de nuestra tía. Hace dos años, poco antes de su muerte, Margarita vino en efecto á Madrid, y aquí conoció á un coronel que pidió su mano. Mi padrastro no puso inconveniente ninguno para la boda, pero quince días antes del señalado para celebrarla ocurrió el tristísimo accidente que me privó para siempre de la única compañera de mi vida. Voy á explicar á usted lo que ocurrió antes y en el momento de su muerte.

Ya he dicho que la casa en que vivimos es muy antigua, tanto que una parte de ella está en ruinas, por lo cual ocupamos sólo un ala. Las alcobas están todas juntas y en el piso bajo. La más cercana á la parte vieja del edificio es la de mi padrastro, la segunda fué la de mi hermana y la tercera la mía. No tienen comunicación entre sí, pero las tres dan al mismo pasillo. Aquella noche fatal, el doctor se había retirado muy temprano, pero sabíamos que no estaba acostado, porque el olor de los cigarros fuertes que fumaba molestaba á Margarita. Cuando nosotras nos retirábamos vino ella á mi alcoba y pasamos un rato charlando acerca de su próximo enlace. A eso de las once se levantó para ir á acostarse, pero se detuvo al llegar á la puerta diciendo:

—¿Has oído, Luisa, alguna vez un silbido en medio de la noche?

—Nunca, contesté. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque hace unas noches me despierta á eso de las tres de la mañana un silbido no muy fuerte, pero sí muy penetrante. Ya sabes que tengo el sueño muy ligero, así que me asusto bastante. No puedo calcular de dónde procede el silbido, y por eso te he preguntado si lo has oído alguna vez.

—No, no he oído nada. Probablemente será cosa de esos asquerosos gitanos que suelen acampar en nuestros terrenos.

—Tal vez, añadió; aunque si el silbido viene de fuera, no sé cómo no lo has oído tú también.

—Pero yo tengo el sueño más pesado que tú. Ya sabes que cuesta trabajo el despertarme.

—De todos modos, no es cosa de importancia, contestó.

Un momento después se retiró y vi que cerraba con llave la puerta de su alcoba, como de costumbre.

Aquella noche no pude conciliar el sueño, parecía como si presagiara una horrible desgracia. Hacía un tiempo borrascoso. El huracán soplabá ferozmente y la lluvia azotaba con furia los cristales de las ventanas. De repente, y sobre el fragor de la tempestad, dejóse oír un espantoso grito de mujer, en el que reconocí la voz de mi querida hermana. Salté de la cama, y poniéndome á escape una falda salí al pasillo para dirigirme á la alcoba de Margarita. Cuando abrí la puerta oí un silbido, exactamente igual al que ella me había indicado, que fué seguido inmediatamente del ruido que suele producir una puerta de hierro al cerrarse.

Cuando me acerqué á la alcoba de Margarita vi que ella estaba abriendo por dentro, y quedé aterrorizada sin atreverme á dar un paso, esperando con el corazón oprimido á ver lo que salía por aquella puerta. Un instante más tarde, instante que á mí me pareció un siglo, se presentó mi hermana. Tenía el rostro lívido, las manos tendidas hacia adelante como demandando auxilio y se tambaleaba como una persona ebria. Corrí hacia ella para sostenerla con mis brazos, pero en el mismo momento quedó como desmayada y cayó al suelo. Indudablemente debía sufrir dolores angustiosos, porque todos sus miembros se retorcían horriblemente. Al principio creí que no me había reconocido, pero al inclinarme sobre ella exclamó con una voz que jamás olvidaré:

—¡Luisa, Dios mío! ¡La banda... ha sido la banda de motas!

Quiso decir más y señalaba desesperadamente hacia la alcoba del doctor, pero la acometieron nuevas convulsiones y no pudo concluir.

Marché á llamar á mi padrastro y vi que salía de su alcoba ya. Cuando se acercó á Margarita, ésta había perdido el conocimiento. El doctor, no sólo la dió estimulantes y la atendió con el mayor cuidado posible, sino que hizo venir al médico de la localidad, pero todo fué inútil. Mi hermana murió poco después sin haber recobrado el sentido. Tal fué el terrible fin de la pobre Margarita.

—¿Y á qué atribuyó su muerte el médico que la asistió?

—No supo explicarla, y por último dijo que probablemente había muerto de un ataque al corazón.

—¿Y no la hicieron la autopsia?

—Sí, y la reconocieron también para ver si había sido envenenada; pero todo fué en vano. El certificado decía que había fallecido á consecuencia de «causas desconocidas».

—¿Y qué opina usted?

—Yo creo, doctor, que murió de miedo, de un terror nervioso, aunque ignoro qué fué lo que la asustó ni puedo tampoco imaginármelo.

—¿Serían acaso los gitanos de quienes habló usted antes?

—Me parece imposible, porque las dos solíamos cerrar siempre las persianas, además de las ventanas, y nadie hubiera podido entrar desde fuera.

—¿Y se registró la alcoba donde su hermana dormía?

—Desde un extremo al otro. El médico mandó á casa al inspector de policía para que averiguase si se había cometido algún crimen, pero no se descubrió ni el menor indicio de esto.

—¿Y qué cree usted que quiso decir con las extrañas palabras de «la banda, la banda de motas»?

—A veces creo que las pronunció en el delirio, y que por tanto no tienen significación ninguna; otras veces se me figura que podrían referirse á los pañuelos moteados que los gitanos suelen llevar en la cabeza.

—¿Estaba vestida su hermana cuando la vió usted?

—No. Debíó levantarse de la cama para encender la luz,

pues en una mano tenía una caja de cerillas y en la otra una cerilla medio gastada.

—¿Tiene usted algo más que decirme?

—Desde entonces he sufrido algunos ataques de nervios, pero ataques muy fuertes. La muerte de mi desgraciada hermana me impresionó tanto que no creo que recobraré nunca la salud. Mi padrastro no me permitía que consultara con ningún médico ni yo sentía tampoco grandes deseos de consultar, porque todo parecíame ya indiferente, hasta que hará unos dos meses llegó de fuera un antiguo amigo de la familia y me ha hecho el honor de pedir mi mano. Don Cástor no ha puesto inconveniente ninguno para la boda, y, Dios mediante, nos casaremos á principios del verano. Hace dos días se dió principio á ejecutar algunas reparaciones en casa, y los obreros han abierto un boquete en la pared de mi cuarto, lo cual me ha obligado á pasar á la alcoba que ocupó Margarita y á dormir en su cama. Figúrese usted, D. Arturo, qué rato llevaría yo anoche cuando, poco antes de que me rindiera el sueño, oí de súbito el silbido que fué como el anuncio de la muerte de mi hermana. Me levanté, encendí apresuradamente la luz, registré la alcoba, pero no vi nada que llamara la atención, nada absolutamente. Estaba hartO nerviosa para volver á acostarme, así que me vestí en seguida, y en cuanto amaneció salí de casa resuelta á venir á ver á usted, para que me diga francamente si mis temores son fundados ó cree usted que mis sufrimientos se deben única y exclusivamente al desarreglo de mi sistema nervioso.

—No hay duda, contesté, que sus nervios se han debilitado mucho con el disgusto de la muerte de su hermana, aunque no me atreveré á decir que esa únicamente sea la causa del estado en que usted se encuentra. Creo que el médico de la localidad hizo muy mal en no esclarecer los motivos del fallecimiento de Margarita. ¿Está usted segura de haber oído anoche un silbido?

—Segurísima.

—Bueno, pues empezaré por darla un tónico y un calmante para los nervios, y si no tiene usted inconveniente iré esta tarde á Villalba, á ver si logramos aclarar lo del silbido.

—Se lo agradeceré á usted con toda mi alma, doctor; pero conviene que de su viaje no se entere mi padrastro, porque no

le gusta que vaya nadie á casa. Como hoy vendrá él á Madrid, según dijo, y no volverá á Villalba hasta la noche, nunca mejor ocasión que ésta.

—Pues espéreme usted esta tarde. Mientras tanto tranquilícese usted, pues la prometo hacer todo lo posible para poner en claro las cosas.

Tan agradecida quedó la desdichada joven, que sin acertar á proferir una frase rompió á llorar como una niña, hasta que al cabo de unos minutos se despidió diciendo:

—Siento ya un gran alivio, doctor, y estoy segura de que me ayudará usted. El Señor se lo recompensará.

Al quedarme solo me hallaba convencido de que algún terrible misterio se ocultaba en casa de la joven que acababa de visitarme. ¿Cómo explicar la muerte casi repentina de su hermana? De ninguna manera opinaba yo que había sido natural, y sin embargo, según había manifestado Luisa, sola estaba Margarita cuando ocurrió. No obstante, compaginando lo de los silbidos nocturnos con el ruido que Luisa había oído al salir de su alcoba, no pude desechar la idea de que se trataba de un crimen que por falta de pruebas se había ocultado á los ojos del mundo, y resolví á todo trance aclarar el misterio, á fin de que no se repitiese cuando menos se esperara.

En todas estas cosas estaba yo pensando cuando oí sonar el timbre, y poco después penetraba en mi gabinete un hombre de aspecto vulgarísimo y repulsivo. Era alto y grueso, tenía la cara ancha y arrugada y la tez morena y amarillenta. Sus ojos hundidos parecían retratar todas las bajas pasiones de su alma, mientras que su enorme nariz aguileña y su horrible dentadura le daban todo el aire de un ave de rapaña.

—¿Es usted D. Arturo Moreno? preguntó con voz ronca.

—Lo soy, contesté seriamente, pero no tengo el gusto de saber con quién hablo.

—Soy Cástor Marcos de la Cruz, de Villalba. Sé que mi hijastra ha estado aquí y vengo á decirle que no le haga usted caso. Es una chiquilla histérica y muchas veces no sabe lo que dice. No tiene padecimiento ninguno. ¿De qué se ha quejado?

—Dispénseme usted, pero no me creo obligado á contestar á su pregunta.

—¿No? exclamó poniéndose furioso. Pues le advierto que no intente usted visitarla, porque no lo toleraré. Para curarla me basto yo, y no quiero ver á ningún médico en mi casa.

—Su hijastra me ha consultado, repliqué, y comprendo que sufre muchísimo. Su padecimiento no es fingido, como usted quiere insinuar. Por consiguiente, hasta que la vea completamente restablecida no la abandonaré; ese es mi deber de médico.

—Lo veremos. Por lo pronto no tengo más que decir.

Y sin más dió media vuelta y salió.

Mis sospechas se confirmaron. Me sentía seguro de que un hombre como aquél sería capaz de todo, y por tanto resolví firmemente hacer los posibles para averiguar el misterio que rodeaba á la pobre joven.

Juzgando que tal vez podría necesitar algún auxilio, si nuevamente llegaba á encontrarme con el tipo que acababa de salir de mi casa, fui á ver á un antiguo amigo, abogado, y después de referirle el extraño caso que me llevaba á Villalba aquella tarde, le pregunté si estaba dispuesto á acompañarme.

—Con muchísimo gusto, Arturo, respondió; ya sabes que no hay cosa que me agrade más que acompañarte á cualquiera de tus visitas.

Pocas horas después nos hallábamos los dos en el pueblecito de Villalba. Nos apeamos en la estación, alquilamos un mal coche y nos dirigimos á Villa Sosa, que distaba cinco leguas de allí. Hacía un tiempo delicioso, y á pesar de mis tristes pensamientos me parecía sentirme más animado en cuanto al resultado de mi viaje.

En el camino, Eduardo y yo (Eduardo era el nombre del amigo que me acompañaba) examinamos el asunto desde sus diversos puntos de vista, y ambos convinimos en que se trataba indudablemente de un crimen misterioso.

De repente apareció por entre el ramaje de un bosquecillo un edificio viejo y maltrecho. No queriendo llegar en el coche hasta la misma puerta, mandé al cochero que hiciera alto, y apeándonos, marchamos á pie. Apenas habíamos andado unos veinte metros vimos que salía á nuestro encuentro la joven, cuyo semblante expresaba bien á las claras la satisfacción que le causaba nuestra visita.

—¡Ay, D. Arturo! exclamó cuando nos encontramos, ¡cuánto le agradezco que haya usted venido! Mi padrastro no ha vuelto aún, así que no se enterará de su visita.

—He tenido ya el gusto de conocer á D. Cástor, dije.

Y referí lo que había sucedido aquella mañana.

La pobre joven se tornó lívida al escucharme, hasta sus labios mudaron de color.

—¡Ay, Dios mío! repuso; se conoce que me siguió los pasos.

—Así parece, contesté.

—Vive siempre tan alerta que nunca sé cuándo estoy libre de su persecución, añadió. ¿Qué hará cuando vuelva? No me atrevo á pensarlo.

—No se apure usted; ya tendrá buen cuidado de mirar lo que hace, porque le dije que, á pesar de sus amenazas, vendría á visitar á usted.

Al acercarnos á la casa vi que era un edificio antiquísimo y casi en ruinas, compuesto de tres cuerpos, de los cuales el más alto era el del centro. En un ala estaban rotos todos los cristales de las ventanas, y éstas cerradas con tablones. El tejado se hallaba en estado malísimo y tenía rotas muchas tejas. En suma, la casa parecía más bien las ruinas de un castillo viejo que una vivienda moderna. Sin embargo, el ala derecha estaba mejor cuidada, y las cortinas de los balcones, con el aire de limpieza que ofrecían á los ojos, indicaban que aquella era la parte ocupada por la familia.

—Ese es mi cuarto, D. Arturo, dijo la joven señalando hacia la pared desconchada; el de en medio fué el de Margarita, y el más cercano á la parte antigua de la casa es el que ocupa el doctor; pero estas noches duermo yo en el del centro.

—Supongo que será mientras duren las reparaciones, observé. Y á propósito, ¿sabe usted que aquí no me parece que había necesidad de hacer reparación ninguna?

—Tiene usted razón, y no comprendo por qué mi padrastro ha mandado hacerlas, si no fué para obligarme á pasar al cuarto de mi hermana.

—¿Y podría alguien entrar por esas ventanas? pregunté.

—No lo créo, doctor; pero si tiene usted la bondad de esperar un momento, lo probaremos.

Entró apresuradamente en la casa, y un instante después se asomó á la ventana de su cuarto; cerró las persianas, y me convencí de que nadie podría abrirlas desde fuera sin armar suficiente estrépito para despertar á todos.

Entramos en seguida y expuse mis deseos de ver las tres alcobas de que me había hablado la joven. Abrió primeramente la puerta de la del centro, donde había muerto su hermana, y vi que era una habitación pequeña y de techo bajo. En un rincón había una cómoda de nogal, una cama en otro y un lavabo cerca de la ventana. Estas tres cosas, con dos sillas de rejilla y una alfombra, componían todo el mobiliario. Las paredes, hasta la altura de poco más de un metro, estaban forradas de roble, ya casi apolillado.

Allí pasamos un buen rato charlando acerca de lo que ocurrió la noche en que murió la desventurada Margarita, cuando de repente, al fijarme en una y otra cosa, me llamó la atención un cordón de campanilla, cuyo extremo llegaba hasta la misma almohada de la cama.

—¿A dónde va á parar el otro extremo de ese cordón? pregunté.

—Al cuarto de la muchacha, respondió la joven extrañada de mi pregunta; pero nunca usamos la campanilla.

—¿Y ha estado ahí siempre?

—No, mi padrastro la mandó colocar poco antes de la muerte de la pobre Margarita. Dijo que era necesaria, por si se nos ocurría alguna cosa durante la noche.

Me acerqué, tiré del cordón y vi que la campanilla no tocaba.

—Pues no toca, exclamé.

—¿Es posible? dijo la joven acercándose también.

—El cordón está sujeto á la pared por medio de un gancho cerca del ventilador. Parece que nunca ha servido para campanilla.

—Pues nunca me había fijado en eso. Como no lo usábamos...

—Verdaderamente es cosa singular, proseguí. Lo mismo que ese ventilador. Parece mentira que nadie haya podido mandar colocarlo ahí, en comunicación con otra alcoba, cuando por el mismo coste y el mismo trabajo podía haberse abierto donde comunicara con el aire exterior.

—Ese ventilador fué abierto al tiempo de colocar la campanilla, más bien dicho, el cordón.

—Su padraastro tiene caprichos muy raros, señorita, respondí.

De allí pasamos á la alcoba del doctor. Era más espaciosa que la de su hija, pero estaba amueblada con la misma sencillez. Una cama grande de hierro, un estante lleno de libros, un lavabo, una butaca, una mesa redonda y una gran arca de metal eran los únicos muebles de la habitación, en la que también lo observé todo minuciosamente.

—¿Qué hay dentro de esta arca? pregunté.

—Los papeles de mi padraastro, respondió Luisa.

—Pues cualquiera diría que hay gato encerrado. Aquí hay un plato con leche.

—Lo habrá dejado para el gato. Todas las mañanas, antes de salir de su alcoba, toma un vaso de leche y siempre suele dejar algo para el animalito.

Eran tan tristes, tan aterradores los pensamientos que cruzaban por mi imaginación, que no acertaba á decir nada.

Salimos de la alcoba, y mientras mi amigo hablaba con la joven yo estaba sumido en la más profunda meditación. Si lo que había llegado á sospechar fuese cierto, ¿cómo no se le había ocurrido á nadie más que á mí aquella explicación de las cosas?

Ya no era posible dudar; sí, se trataba de un crimen. Estaba seguro de que mi amigo y yo íbamos á descubrir una de las más negras y viles acciones que puede concebir la perversidad humana, la maldad de los hombres. Sin embargo, nada quise anticipar hasta que tuviese seguridad completa.

Por fin levanté la cabeza y dije:

—Señorita, es indispensable que siga usted al pie de la letra mis instrucciones.

—Estoy dispuesta á hacer cuanto usted me mande, D. Arturo, repuso la joven.

—La cosa es muy seria, añadí; hasta su vida puede depender de que usted me obedezca. He resuelto, cueste lo que cueste, averiguar la causa de la muerte de su hermana y lo que tan intranquila y atemorizada la tiene á usted. En primer lugar, mi amigo Eduardo y yo pasaremos la noche en su cuarto. ¿Pudiera usted arreglarse hasta mañana en el otro?

—Sí, por cierto, contestó Luisa con cierta sorpresa.

—Pues bien; esta noche se retirará usted á su cuarto antes que su padrastro regrese, con la disculpa de que no se encuentra bien. Cuando sepa usted que también él se ha retirado y que ya está durmiendo pondrá en la ventana una luz, la cual servirá de señal para nosotros, que estaremos afuera esperando á fin de entrar en el cuarto de usted. Hecho esto, se retirará silenciosamente á la otra alcoba con todo cuanto necesite para la noche. Lo demás corre de mi cuenta.

—¿Y lo que piensa usted hacer no quiere decírmelo?

—Ya se lo he dicho. Quiero averiguar el misterio que hay aquí encerrado.

—¿De modo que usted sospecha?...

—Sí, tengo mis sospechas; no lo puedo negar.

—Entonces, ¡por favor se lo pido! dígame usted cuál fué la causa de la muerte de mi desventurada hermana.

—No puedo decir nada hasta que haya obtenido más pruebas.

—Por lo menos me dirá usted si murió, como yo creo, á consecuencia de un susto.

—Se me figura que hubo otra causa más grave. Y ahora, permita usted que nos vayamos; pues si su padrastro llegara y nos encontrase aquí, habríamos perdido el tiempo. No olvide usted mis instrucciones y esté completamente tranquila, que pronto lo hemos de averiguar todo.

Volvimos al pueblo y alquilamos dos habitaciones en la fonda, desde las cuales dominábamos un gran trecho de carretera. Quería yo asegurarme de si el doctor regresaba á su casa aquella noche.

Al anochecer vimos que, en efecto, pasaba por allí en su coche, en el que se destacaba su enorme figura al lado del cochero. Sin duda éste debió hacer algo que no fuera del agrado de su amo, pues oímos la voz ronca y áspera de D. Cástor y vimos que le amenazaba furioso con los puños cerrados.

—No me extraña, Arturo, dijo mi amigo, que la gente huya de ese hombre. ¡Qué cara tan repulsiva tiene!

—¿Sabes, Eduardo, contesté, que casi tengo miedo de llevarte á Villa Sosa esta noche?

—¿Por qué?

—Porque estoy seguro de que existe un peligro muy grave.

—No importa. Adonde tú vayas allí iré yo. Tal vez pueda ayudarte en algo.

—Sí, tu presencia puede serme muy conveniente. Creo que entre los dos hemos de aclararlo todo.

—¿Pero has comprendido ya cuál es el peligro á que te refieres?

—No, no puedo afirmarlo, aunque juraría que existe. El ventilador, el cordón de la simulada campanilla y el ruido de metal que oyó la joven al salir de su cuarto en la noche de la muerte de su hermana me demuestran que tengo razón. En fin, ya veremos, ya veremos.

Cenamos, y á las nueve emprendimos la caminata hacia Villa Sosa. Cuando llegamos al pie de la casa no se veía luz ninguna y tuvimos que esperar un rato. Por fin, cuando sonaban las once en el reloj de la iglesia, apareció una vela en la ventana del centro.

—Esa es la señal, Eduardo, dije á mi amigo. Vámonos ya.

No hallamos dificultad para entrar en la posesión del doctor, pues por todos lados había huecos entre las zarzas que la rodeaban. Penetrando por uno de ellos nos vimos en el mal cuidado jardín y llegamos en seguida á la puerta de la casa, la cual hallábase entornada, según las instrucciones que había dado á la joven.

Nos dirigimos á la ventana y lo primero que hice fué cerrar las persianas con mucho cuidado. Luego, dejando la vela sobre la mesa, examiné minuciosamente la habitación. Convencido de que todo se hallaba tal y como lo habíamos dejado por la tarde, me acerqué á Eduardo y le dije al oído:

—¡Por Dios, no te duermas! Permanece alerta y procura tener listo el revólver por lo que pudiera ocurrir.

Mi amigo no se atrevió á contestarme, pero inclinó la cabeza para darme á entender que me había comprendido.

—Yo me sentaré en el borde de la cama, añadí, y tú ahí, en esa silla.

En seguida apagué la luz y quedamos á oscuras. El bastón que había traído conmigo, junto con el revólver y una caja de cerillas, los coloqué á mi lado... y esperamos.

No olvidaré nunca aquella terrible noche. No se oía ni el más leve rumor; pero sin embargo, sabía yo que muy cerca de mí se hallaba mi amigo aguardando, como yo, los acontecimientos, en el estado de excitación que es de suponer. Las persianas impedían que penetrase por las ventanas el menor rayo de luz, así que la oscuridad que nos rodeaba era impenetrable. A lo lejos dejábase oír la campana del reloj de la iglesia que daba los cuartos y las horas. ¡Cuán largas me parecían éstas! Las doce, la una, las dos, las tres... y de repente apareció un rayo de luz, por el ventanillo que comunicaba con el cuarto contiguo. Desapareció en el acto, y entonces notamos un fuerte olor á aceite; era que el doctor había encendido una linterna sorda. Luego oí que se movía en su cuarto de un lado para otro y volvió á reinar un silencio absoluto.

Por espacio de media hora permanecí escuchando atentamente. Apenas sabía yo mismo qué era lo que pensaba oír, cuando llegó á mis oídos un ruido suave, parecido al susurro de un gato. Entonces vi confirmadas mis sospechas.

Salté de la cama, encendí una cerilla y cogiendo el bastón comencé á dar golpes en el cordón de la simulada campanilla, y tuve el tiempo preciso para ver enroscada en él una enorme culebra, que fué á salir por el ventilador, por el cual sin duda había venido. En el mismo momento sentí un silbido suave, pero prolongado y penetrante. Quedé tan horrorizado mirando al ventilador que no me sentía con fuerzas para moverme, cuando interrumpió el silencio el grito más terrible que he escuchado en mi vida, y que fué aumentando hasta llegar á convertirse en un tremendo alarido de dolor, de temor y de rabia, mezclado todo con la mayor angustia. Quedé pasmado y como si la sangre se hubiese helado en mis venas. En cuanto á Eduardo, apretándome fuertemente la muñeca, aterrorizado y mientras iban apagándose los ecos de aquel espantoso grito, tuvo alientos para preguntarme:

—¿Qué es eso?

—Ese grito, contesté, significa que todo ha terminado. Tal vez es preferible que así sea. Coge el revólver y vámonos al cuarto del doctor.

Encendí la bujía, salimos, llamé dos veces á la puerta, y

viendo que no respondía nadie, pasamos adelante. El cuadro que se ofreció á nuestra vista no podía ser más repulsivo ni más impresionable. Sobre la mesa había una linterna sorda, cuyos rayos iban á quebrarse en el arca de hierro, que estaba abierta. Sentado á la mesa hallábase el doctor, vistiendo una bata gris y con los pies metidos en unas babuchas. Sobre las rodillas tenía un látigo, cuyo extremo formaba una especie de lazo, y rodeaba su frente una banda amarillenta con motas negras. Cuando entramos tenía los ojos fijos en el techo y ni siquiera se movió.

—¡La banda, murmuró Eduardo á mi oído, la banda de motas negras!

—Tienes razón, dije.

Y acercándonos más vimos salir de entre el pelo del doctor la aplastada cabeza y el abultado cuello de una asquerosa culebra.

—Es una víbora de pantano, añadí, de las más venenosas que se conocen. Habrá muerto á los seis segundos de haber sido picado. ¡Cuán cierto es que la maldad es arma de dos filos y que el hombre perverso suele verse cogido en sus propias redes! Encerremos ese bicho en su sitio antes de que mate á otra persona, y después avisaremos al Juzgado y llevaremos á la joven á casa de su tía.

Cogí el látigo que se hallaba sobre las rodillas del cadáver del doctor, y echando el lazo al cuello de la víbora la encerré en el arca de donde había salido, cuya puerta cerré con el mayor cuidado. Hecho esto fuimos en busca de la pobre joven, á quien encontré en tal estado de excitación nerviosa que llegué á temer por su vida. Sin embargo, comprendiendo que era necesario sacarla de allí cuanto antes, la acompañé á casa de su tía en cuanto llegó el Juzgado y se encargó del asunto.

Y gracias á los solícitos cuidados de aquella buena señora tuve la satisfacción de ver restablecida por completo á Luisa á los tres meses de la trágica muerte de D. Cástor Marcos, en el que se cumplió aquello de que el que á hierro mata á hierro muere.





La pluma de oro.



I

HAY algo de extravagante, de excéntrico si se quiere, en lo que voy á relatarte, lector querido.

Empezaré por decirte que si este mi trabajo no es de oro, á una pluma de ese rico y codiciado metal se debe; y si te sonríes tomándome por mentecato y murmurando que muchos escriben con pluma de oro y les resulta de ganso, te advierto que te pasas de listo, y ya sabes que es tan malo, si no peor, pasarse como no llegar.

Aquel año había salido yo de la Academia, henchida mi mente de ilusiones y mi corazón rebosando ambiciosos proyectos. Atráfame la gloria con irresistible fuerza y soñaba con eclipsar la de cuantos héroes «en el mundo han sido». Tan natural y sencillo me parecía conseguir que las cien trompetas de la fama pregonasen mi nombre, y los buriles más reputados esculpiesen mi imagen en mármoles y bronces, que cuantas veces me miraba al espejo creía ver mi cabeza orlada del laurel de la victoria, no sólo como guerrero conquistador de reinos é imperios, sino como poeta, como músico, como artista, en fin, que en lides más pacíficas ha sabido triunfar de cuantos con él luchaban. Porque no era mi única pasión la milicia ni me preciaba no más que de ser artillero. Sentía también verdadera

vocación por las letras y las artes, y á ejemplo de otros muchos que supieron hermanar el amor á la espada con el amor á la pluma, inclinábame con tan fogoso entusiasmo á Marte como á Apolo, y tal gozo sentía al conversar con las musas como al disponer una batería y ensordecer al mundo con las continuas descargas de los cañones.

No faltará quien al leer esto me tache de jactancioso y de inmodesto me tilde; mas como me he propuesto hacer una especie de confesión general ante mis lectores, paréceme que las declaraciones que voy escribiendo mejor revelan sencillez é ingenuidad que vanidad y orgullo. De todas maneras me someto desde luego al juicio que de mí formen, pues no en balde elijo yo mismo el tribunal sentenciador desde el instante que me presento en público á contar una buena parte de mi vida.

II

El cuerpo de artillería proponíase celebrar como nunca la festividad de su Patrona, honrándola por cuantos medios le fuese posible. En mi regimiento se trazó un extenso y variado programa, en el que había funciones religiosas y profanas, resaltando en éstas un certamen literario-musical, con abundantes y valiosos premios.

Mi coronel, hombre tan entusiasta por la artillería que á su hija única la llamó Bárbara, regaló en nombre de ésta una magnífica pluma de oro para el mejor canto á la santa Patrona, y desde el primer momento me asaltó la idea de acudir á aquel palenque y romper una lanza para ver si conseguía merecer tal premio.

Incitábanme á elló varias causas. Me parecía encantador el tema propuesto, y no dudaba que podía sacarse mucho partido de la vida y milagros de la santa. Por otra parte, aunque no existía punto de comparación entre el feroz Dióscoro y mi coronel, entre sus respectivas hijas encontrábanse algunas semejanzas, pues ambas llevaban el mismo nombre, eran únicas, de singular belleza y talento cultivado, y si la mártir de Nicomedia negóse á contraer matrimonio, la hija de mi coronel no parecía seguir distinto camino.

Cuantos oficiales solteros había en el regimiento, y no éramos pocos á la sazón, andábamos por ella, como suele decirse, de coronilla, y si con todos se mostraba afable y cariñosa, ninguno pudo vanagloriarse de haber sabido despertar en el corazón de la joven el sentimiento del amor. Parecía insensible á sus encantos, porque no sólo los artilleros, y aun los militares en general, bebíamos por ella los vientos inútilmente; lo propio les sucedía á los paisanos, y algunos eran los que á todas horas suspiraban por la «bella artillerita», como la llamaban. He ahí otra causa poderosísima que me inducía á luchar en aquel combate del ingenio; pues tratándose de un premio del coronel, dado á nombre de su hija, y corriendo ciertas versiones de que la pluma de oro habíase construido con una alhaja cedida por ella, presentábasenos á sus admiradores hermosa ocasión de demostrarla, siquiera fuese de un modo indirecto, lo que en otras mil variadas formas se lo habíamos manifestado.

Tampoco estaba de más el contentar con aquel paso al jefe sin acudir á bajas y serviles adulaciones, que al fin y al cabo tratábase de un hombre á quien no había de disgustar que se tomase en consideración su idea de cantar las excelencias de la santa Patrona del cuerpo á que pertenecíamos.

Se ve, pues, que eran bastantes y muy poderosos los motivos que me impulsaban á acudir al torneo, y con la antelación debida púseme con ardor al trabajo.

III

Mi imaginación, exaltada de suyo, y mucho más en aquellas circunstancias, se desbordó como un torrente aumentado por lluvias invernales, y después de relatar, en ampulosos versos, los tiempos y las costumbres de la época aquella, describí el palacio de Dióscoro, la singular hermosura de su hija, la torre que la servía de morada, terminando por pintar, con los colores más fuertes, el suplicio á que fué condenada la joven virgen.

Entre el inmenso fárrago de composiciones, más ó menos poéticas, que al concurso se presentaron, el Jurado calificador, benévolo en extremo conmigo, eligió mi obra para concederle el ansiado premio, llenándome, como es consiguiente, de satis-

facción y también de esperanza, porque me parecía un paso gigantesco, dado hacia el corazón de Bárbara, el de la conquista de la pluma de oro entregada á su nombre.

Sólo por el hecho de haberla logrado correspondíame la designación de la reina de la fiesta, y no hay que decir si tal circunstancia sería desaprovechada por mí para encumbrar á mi ídolo y colocarle en el trono. Elegí á la «bella artillerita», y desde aquel momento me dediqué á ensayarme en la lectura de mi obra, con el fin de darla á conocer el día de la festividad.

Llegó el 4 de diciembre, como pocos, espléndido, hermosísimo día de otoño, y luciendo mi uniforme de gala tuve la inmensa ventura de que, apoyada en mi brazo y entre vítores de la selecta concurrencia que llenaba el teatro principal, subiese al trono la hermosa Bárbara, rodeada de su escogida corte.

Yo no sé cómo leí mis versos ni si éstos merecían los honores de que fueron constantemente objeto; lo que puedo decir es que interrumpieron mi lectura frecuentes y atronadores aplausos; que unas veces reinaba en la sala sepulcral silencio, cual si mis oyentes no osaran respirar siquiera para no perder una sílaba de aquellas descripciones de tiempos y lugares tan remotos, y otras estallaban en sollozos ante la pintura de los tormentos sufridos por la heroica cristiana, no faltando entre aquellos lamentos duras recriminaciones á sus verdugos.

Resultó un triunfo, sí, un triunfo ruidoso, espontáneo, general, plebiscitario, si se me permite la frase; algo así como la apoteosis de mi talento. Pero lo que me engrió más, lo que inundó mi alma de gozo y ensanchó mi corazón, fué el ver que Bárbara, la «bella artillerita», la sin par reina de la fiesta, reflejaba en su hermosísimo semblante la emoción más pura, la satisfacción más grande, el contento mayor que puede sentirse, y ora conmovida hasta derramar dulces lágrimas, bien anhelante y ávida de escuchar mi relato, no cesaba un punto de mirarme, como si tratara de darme aliento para proseguir en mi tarea; y he de confesar que la luz de aquellos ojos negros, rasgados, brillantes, me animaba y enloquecía, prestándome, puede decirse así, una nueva vida mil veces más vigorosa, un espíritu infinitamente más superior que el que hasta entonces había sostenido mi cuerpo. Después, cuando llegó el momento de acudir

á los pies del trono á recibir de manos de aquella angelical criatura el premio ganado en tan reñida lid, no sé lo que por mí pasó, pero bien puedo afirmar que en tan supremo instante me sentía capaz de los mayores heroísmos para hacerme merecedor de que *ella* me coronase.

IV

Ocupábame de tiempo atrás en un estudio de balística del que me prometía no poca gloria, y cuando logré verlo terminado y puesto en limpio ocurrióseme firmarlo con la pluma de oro, que desde el día en que la recibí descansaba muellemente en un rico estuche de terciopelo encarnado.

Eran las altas horas de la noche, y sacándolo del cajón en que lo guardaba, lo coloqué abierto sobre mi mesa de escritorio, quedándome contemplando la valiosa joya que encerraba. Al cabo de un rato me pareció que poco á poco se iba transformando la pluma en un elegante marco, dentro del cual se destacaba el retrato de la «bella artillerita», tan hermosa como la vi el día del certamen. Mirábanme aquellos ojazos brillantes y expresivos con tal fijeza que me sentía fascinado, presa de un sueño hipnótico, y entonces llegó á mis oídos una vocecita de tan extraño timbre, de sonido tan particular, que no sé en verdad cómo clasificarla. Si de ciertas voces decimos que son argentinas, bien puede aquélla llamarse aurelina, pues no sonaba á plata, sino á oro. Yo le oí pronunciar claro y distinto mi apellido, lo que me causó tal asombro que no acertaba siquiera á responder al llamamiento.

—No te asustes, hombre, añadió la incógnita voz con cierto tonillo de burla, que eso es impropio de un valiente artillero.

—¿Pero quién diablos eres? exclamé yo entonces amoscado.

—La pluma de oro, querido, la pluma de oro, respondieron.

Si grande fué mi sorpresa cuando oí llamarme de tan misteriosa manera, no fué menos la que me causó semejante noticia, la cual parecía por otro lado cierta, pues ya he indicado que el sonido de la voz era aurelino. ¿Pero hablaban los metales? ¿Habían resurgido los tiempos fabulosos en que los seres inanimados y aun las plantas y los vegetales discurrían como las personas? ¿Habría en aquello algo de encantamiento?

Estas y otras muchas consideraciones propias del caso se me ocurrieron, y como si la pluma tuviese además el don de adivinar los pensamientos, suspendió los míos con estas palabras:

—Déjate de cavilaciones que á nada conducen; toma las cosas como son, sin pararte á averiguar el por qué de su ser, y escucha mi historia, que en parte de fijo ha de interesarte.

Entonces volvió á suceder otra rareza mayor aún que las anteriores. La voz aquella, sin dejar su timbre sonoro, fué tomando más cuerpo, cual si saliera de un lugar más próximo, y como hacía ya buen rato que no percibía la pluma y sí la imagen de Bárbara encerrada en riquísimo marco de oro, jurara que de aquella preciosa boca brotaban las palabras que con tal claridad llegaban á mis oídos. ¿Iría á enterarme de su historia? ¿Existiría alguna conexión entre la hija de mi coronel y el premio otorgado por éste? Había en todo aquello mucho de misterioso para que no se despertase mi curiosidad, y sin decidirme aún á desplegar mis labios para dirigirme á mi desconocido interpe-lante dispúseme á oír lo que relatar me quisiera.

V

—No te hablaré, prosiguió diciendo, del lugar de mi nacimiento, sino del de mi yacimiento, que fué California, de donde al extraerme aseguraron que desde su descubrimiento hasta entonces había sido la producción de oro por valor de ocho mil quinientos noventa y siete millones, seiscientos setenta y ocho mil reales. Convertido más tarde en barra, con otras muchas compañeras de mi misma especie, navegué en dirección á Londres, en cuyo Banco descansamos largo tiempo.

Si fuera á contarte paso á paso todas las peripecias de mi vida, y en particular las que puedo llamar de mi niñez, resultaría interminable mi relato. Dejaré, pues, á un lado cuanto me sucedió mientras fui un pedazo de oro, un lingote de eso que los hombres llamáis vil metal, sin duda por lo que en general os envilecéis para lograrlo.

En la Casa de la Moneda de Madrid, á donde vine á parar en aquel estado, convirtieron la barra en muchas y muy relucientes monedas de á cinco duros, y como ignoro la suerte que les

habrá cabido á mis hermanas, hablaré sólo de lo que me ha sucedido á mí.

Una cárcel estrecha, oscura, toda de hierro, fué mi primera morada, y encerrada allí con otras monedas del mismo metal, pero de cuño y valor diferentes, pasé mucho tiempo. De cuando en cuando sacábannos para extendernos sobre una mesa, yo no sé si con objeto de que nos diera el aire, pues al poco rato volvían á guardarme bajo llaves y candados, unas veces en unión de mis antiguas compañeras, otras con desconocidas que duraban más ó menos tiempo en la prisión. Yo me desesperaba al verme privada de libertad, sin poder rodar por el mundo como mis demás congéneres, y sentía tal envidia de aquellas que no volvían al calabozo, que cada vez me ponía más amarilla.

Cierta noche muy tarde, ó mejor dicho una madrugada, sentimos cerca de nuestra oscura vivienda golpes sordos y repetidos. Sobrecogidas de espanto ante aquellos insólitos ruidos no sabíamos á qué podrían obedecer, cuando de pronto se abre la puerta de la cárcel y unas manos extrañas nos arrebatan violentamente en medio del mayor silencio. En el mismo instante presentóse en la habitación el amo de la casa; pero uno de nuestros libertadores le disparó un pistoletazo, dejándole tendido sobre la alfombra. En seguida echaron todos á correr, desapareciendo por las alcantarillas.

Ya te he dicho cuán grande afán sentía de abandonar la estrecha prisión en que vivía encerrada; mas te aseguro que, á tal costa, nunca lo hubiera querido conseguir. Pero así sois los hombres: nos convertís en objeto necesario para satisfacer vuestras pasiones y dar pábulo á los vicios en que vivís encenagados, y á trueque de haceros dueños de nosotras no vaciláis en cometer todo género de felonías, sin perjuicio de maldecirnos luego, cual si la culpa estuviera en nosotras y no en vosotros mismos, que tal valor nos dais y tan precisas nos hacéis. La causa de los males no está en el oro, amigo mío, sino en el envilecimiento y la corrupción del hombre.

Repartido el botín entre los que asaltaron la casa de mi primer amo, tocóme en suerte, con otras varias monedas, ir á parar á manos de uno á quien sus compañeros llamaban *Esponja*, por le mucho que bebía; el modelo más perfecto y acabado del mal-

hechor. Como su «honrada» profesión no le permitía descansar de noche, dormía mientras el sol brillaba, y á la hora en que los murciélagos dejan sus guaridas, salía *Esponja* de la suya dispuesto á desvalijar á todo bicho viviente. Después de visitar algunas tabernas y despachar en cada una varios vasos de vino dirigíase á cierta casa de juego muy concurrida, y en ella fué donde pronto le perdí de vista.

Una noche corrí de mano en mano por las de cuantos rodeaban la mesa, y en el breve espacio de tiempo que con cada uno de ellos permanecí ¡cuánta infamia y cuánta vergüenza hallé! ¡cuánta miseria y cuánto horror descubrí! Yo sentía temblar á aquellos desgraciados así cuando ganaban como cuando perdían, cual si todos estuvieran azogados, retratándose en sus semblantes las mil distintas emociones por que pasaban sus almas, que ora indicaban la idea del robo, de la falsificación y aun del asesinato por adquirir dinero con que saciar la hidrópica sed del juego, bien la no menos horrible del suicidio para huir de los tormentos que la pérdida de su fortuna les causaba.

Había allí padres de familia que en un momento destruyeron el porvenir de sus hijos, infieles empleados que sepultaron su honor entre el montón de oro ajeno que expusieron al azar de una carta. ¡Cuántos de aquéllos, honrados aún, pero dominados ya por el vicio, tendrían un funesto fin!

VI

El afortunado que cargó con el caudal de todos parecía, por su traje y maneras, un cumplido caballero. Durante la sesión, más que á las oscilaciones de su bolsa, prestó atención al alza y baja de la de un joven sentado enfrente de él, que acabó por perderlo todo y retirarse desesperado á un rincón. Allí fué á buscarle el ganancioso, y después de tratar de consolarle con dulces palabras propúsole un *negocio* que para los dos podía ser lucrativo. Tratábase de la sustracción de un documento, empresa fácil para el arruinado, que prestaba sus servicios en la casa donde aquél se guardaba, y á cambio de una cosa tan sencilla ofrecíale el ganancioso 15.000 duros y un pasaporte en toda regla para que pudiera salir de España sin ningún entorpecimiento.

El joven se resistió al principio á cooperar en semejante infamia; pero le dominaba el amor al oro, habíase arruinado en el juego y se le presentaba ocasión propicia de adquirir de pronto una fortuna. ¿Que los medios de conseguirla eran criminales? ¡Phs! ¡Son tantos los que de ellos se valen para escalar la cumbre de la riqueza y sin embargo son bienquistos en la sociedad!

El tentador se comprometía solemnemente, «bajo palabra de caballero», á no hacer uso del documento en el plazo de un mes, tiempo suficiente para que el otro pusiese tierra y mar por medio, y como el dueño del papel no había de echarlo de menos mientras no lo necesitase para su defensa, tranquila y pacíficamente podía el ladrón guarecerse en lugar seguro.

Tan bien supo pintarlo todo el uno y tales ansias de dinero sentía el otro que poco á poco fué cediendo el joven, hasta que concluyó por cerrar el trato. Al siguiente día, á la hora del crepúsculo vespertino, reuniéronse en la misma casa, y á cambio del documento extraído entregó el ganancioso la cantidad estipulada, de la cual formaba yo parte, y el pasaporte ofrecido.

Yo no sé qué clase de conciencia *usan* algunos, porque si aquellos dos hombres continuaban viviendo tranquilamente sin que el remordimiento les acibarase la existencia, te digo que eran más insensibles y duros que el cuarzo.

Ambos sabían que del acto criminal que acababan de cometer provendrían necesariamente muchas y muy graves consecuencias; pero ansioso el uno de acaparar la fortuna de que disfrutaba su legítimo dueño y codiciando el otro salir de la estrechez en que vivía, no vacilaron en lanzarse por aquella infame senda, preparando así el terreno para sepultar en la ruina á un hombre honrado, pues cuando el jugador ganancioso entablara contra él un pleito no podría hacer valer sus derechos. Ya ves si el negocio era limpio.

VII

Al otro día, con un fútil pretexto, despidióse el infiel servidor de la casa en que tan indignamente supo portarse, y cuatro días después de su inicu acción llegábamos á Bayona.

Allí se le ocurrió á mi nuevo poseedor, mientras esperaba el

buque en que trasladarse á América, coger dos monedas y convertirlas en gemelos. Una de ellas fui yo, y en breve un platero nos dejó en estado de servir para el uso á que trataban de destinarnos.

En esta nueva forma viajé con rumbo á Nueva York, presenciando durante la travesía cómo el producto del robo iba quedándose en diferentes manos, á tal extremo que al punto de saltar á tierra sólo unas pocas alhajas le quedaban, y éstas llevaron el mismo camino, pasando yo con mi compañero á poder de un cubano de color que tuvo el mal gusto de convertirme en alfiler de corbata.

Dos meses más tarde hallábame en la manigua y ocho días después moría el negro de un balazo. A mí me recogió un soldado, el cual, creyéndome objeto de poco valor, vendióme á un sargento, y de uno en otro llegué á pertenecer á un teniente de infantería que regresaba á la Península herido y propuesto para una cruz pensionada.

Aquel bravo militar, que procedía de la clase de tropa, no contaba en la Corte con valedores que le amparasen, y pronto se vió obligado á empeñar cuanto de valor poseía. Yo fui una de las primeras alhajas de que se deshizo. Cierta noche me llevó á un lujoso establecimiento, que en nada se parecía á los que de esta clase había yo oído describir. El dueño no era un viejo sucio y harapiento, de nariz encorvada y ojos hundidos, gorro mugriento y gabán raído. Joven, guapo y elegante, rodeado de una porción de dependientes tan distinguidos, afables y simpáticos como él, semejábase á uno de tantos honrados comerciantes como hay por el mundo. Se conoce que no es preciso llegar á viejo y llamarse D. Judas para ser usurero y negociar con la miseria y el vicio. Basta con tener el corazón duro para no conmoverse ante las lágrimas de los infelices que se ven necesitados de recurrir á su bolsa.

Sacó de allí el oficial unos pocos *pesos*, dejándome, como quien dice, en rehencs, y aunque tuve para mí que no volvería á verle más, con gran asombro mío me recogió al cabo de mes y medio, y colocándose en un lindo estuche me condujo á casa de tu coronel. Allí supe que éste, enterado no sé por dónde del calvario del pobre oficial, había logrado que fuese atendido en

sus justas pretensiones, y agradecido mi dueño á favor tan señalado, quiso demostrárselo con aquel obsequio.

Bien sabes tú la poca ó ninguna afición que el padre de Bárbara siente por las alhajas; no te extrañará, pues, que al momento pasase de sus manos á las de su hija. Esta á la sazón jugaba á los novios con un galancete estudiante, que más frecuentaba los cafés y garitos que las aulas de la Universidad.

Es fácil que tú ignores que en el regimiento contáis con un habilísimo platero, uno de los mejores artifices en ese ramo, y á él acudió Bárbara para encargarle que con el alfiler hiciese dos hermosos anillos de alianza y grabase en su interior las palabras *amor eterno*. Uno de los anillos fué á parar á manos del novio, que en ademán solemne dijo al recibirlo:

—Yo te aseguro, Bárbara, que este anillo irá conmigo á la tumba.

VIII

No creo que yo le entendiese mal; opino, por el contrario, que el calaverilla aquel se equivocó al pronunciar la palabra *tumba*, pues indudablemente quiso decir *timba*, y me fundo para ello en que al punto de separarse de la muchacha empezó á soliloquiar de la siguiente manera:

—Me parece que D. Homobono ya me dará por este anillo siquiera cuatro duros. Con ese dinero, ¿quién sabe si recuperaré lo que perdí anoche? Se me ha puesto en la cabeza que hoy he de ganar mucho... Si supiera la «bella artillerita» el camino que lleva su regalo... ¡Bah! De aquí á mañana ya se me ocurrirá algún embrollo para engañarla. Y como las mujeres, cuando aman de veras, dan crédito á todo cuanto las dice el objeto de su amor, será muy capaz de obsequiarme con el otro anillo, y así este viejo avaro tendrá en su escondite dos alhajas más.

Terminó el monólogo cuando pisó el último peldaño de unas empinadas y estrechas escaleras. Había allí una desvencijada puerta, y con desenfado dió en ella el joven varios golpes, á los cuales respondió una voz muy parecida al ruido que produce la caña seca al romperse.

—Abra usted, Perfecta, que soy yo, dijo el galán.

Y la puerta se abrió, apareciendo allí una asquerosa vieja que á gritos parecía pedir una escoba para lanzarse por los aires en demanda del aquelarre. Se comprende que al ver semejantes tipos haya quien crea en brujas.

Delante de ella, y como quien conoce bien el camino, echó á andar mi dueño, y al final de un largo y oscuro pasillo abrió con segura mano una puerta que en la época de Carlos III había tenido cristales, pero que á la sazón ostentaba papeles engrudados que impedían el paso de la luz. Daba la puerta á una sala de regulares dimensiones, donde se veían multitud de objetos heterogéneos.

Casi oculto detrás de una enorme mesa, y sentado en un sillón de cuero, divisábase á un hombrecillo que lo mismo podía contar cincuenta años que ochenta, y aquél vi que usaba gorro y gafas azules. Ocupábase en escribir en un viejísimo cuaderno, y al sentir que abrían la puerta miró por encima de sus gafas y se levantó con ligereza de su asiento.

—¿Cómo está usted, D. Luis? gritó con chillona voz.

—Muy bien; ¿y usted, D. Homobono? contestó el joven con la amabilidad del que no tiene un céntimo y espera sacar algo de aquel á quien se dirige.

—Medianamente, D. Luis, medianamente, añadió el viejo; más que mis años y mis achaques, que no son pocos, como soy tan sensible á las desgracias ajenas, me matan los lamentos de algunos infelices que aquí vienen; así es que espero dejar esto muy pronto, porque conozco que no he nacido para ello... Pero siéntese usted, D. Luis, siéntese usted.

—No, gracias, tengo prisa, dijo éste rechazando la silla, ni limpia ni nueva, que le ofrecía D. Homobono.

—Aunque no sea más que un momento para descansar de la fatiga que causa tanta escalera como hay que subir.

—Sea como usted quiera, repuso Luis en tono de resignación, sentándose al mismo tiempo.

—Pues como le iba diciendo, continuó el viejo, este comercio es para esas personas que no tienen corazón, ó si lo tienen es tan duro que no les conduelen ni las lágrimas de la desamparada viuda ni las no menos tristes reflexiones del atribulado padre que carece de pan para sus hijos. Mas para mí, que soy

todo ternura y bondad, le digo á usted que no es esto; pues pierdo, no sólo mi salud, sino mis intereses, por cuanto doy mucho más de lo que debo en pago de los objetos que aquí me traen, en el momento que empiezan con lamentaciones.

—Tiene usted mucha razón, afirmó Luis con cómica gravedad; no es para todos este negocio.

—¿Y qué de bueno le trae á usted por aquí?

—Poca cosa; esta alhajita, contestó el galán sacándome del dedo y entregándome en las garras de D. Homobono.

Este me miró y remiró primeramente; luego me bañó una parte con no sé qué líquido, frotándome en seguida contra una piedra, y por fin me pesó.

—Poco vale, añadió al fin, porque es muy sencillo y el oro de baja ley.

—¡Si es un anillo que se abre y lleva dentro esta inscripción! dijo cogiéndome de nuevo y separando mis dos mitades.

—Pues eso que usted cree que le da más valor se le quita.

—No lo entiendo.

—Sí, señor; este es un anillo encargado por una persona para regalárselo á otra, por lo que sólo tiene valor para ellas.

—¿Pero no habrá muchos que con gusto lo comprarían para regalárselo á la novia, por ejemplo?

—No lo crea usted, amigo D. Luis.

—En fin, ¿cuánto me da usted por él?

—Haciéndole á usted un obsequio, porque le aprecio de veras, le daré... treinta reales.

—¿Treinta reales? ¡Eso no es nada! Ya me pagará usted siquiera cincuenta.

—¡Buen jornal sacaría yo si hiciera tal disparate!

—Pues partamos la diferencia.

—Si no puede ser.

—En ese caso me la llevo.

—No quiero que quede usted descontento de mí. Tome usted las diez pesetas, pero créame que pierdo en el trato más de medio duro.

Dióle en efecto los cuarenta reales, y con ellos marchóse en seguida D. Luis, dejándome á mí en poder del compasivo don Homobono.

IX

En cuanto desapareció el novio de Bárbara tomóme el viejo otra vez en sus manos, y después de darme infinitas vueltas murmuró:

—No he hecho un gran negocio, pero vaya por los muchos buenos que antes de ahora me ha proporcionado.

Dicho esto abrió una puerta que detrás de la mesa estaba y daba paso á otra casa. Allí había un cuarto forrado de hierro, que servía al viejo avaro de almacén y laboratorio. En éste desaparecían todas las huellas que pudieran dejar las alhajas procedentes de robos y en aquél guardaba las que no venían de procedencia mala ó dudosa. El cuarto aquel estaba lleno de secretos donde ocultaba el miserable cantidades enormes de monedas de oro y multitud de joyas de inestimable valor. La parte de delante de la habitación presentaba el aspecto de un modesto taller de platero, y allí D. Homobono, con apariencia muy diferente de la que en la otra casa presentaba, vendía alhajas á la multitud de parroquianos que una mal adquirida fama de honrado y económico le había granjeado.

Los ratos que le dejaban libres sus dos establecimientos dedicábalos á la adoración, puede decirse así, de sus riquezas, y allí, en aquella repugnante operación, era de ver al hombre. ¡Qué de gestos y contorsiones más ridículas! ¡Cuántos besos estampaba en los montones de oro! ¡Qué lágrimas de ternura derramaba ante ellos! ¡Cuán dulces epítetos prodigaba al oro! Llamábale su alma, su vida, su consuelo, el encanto de su existencia; cuantas frases, en fin, pueden demostrar el amor más entrañable y profundo.

Con ninguno de mis dueños sufrí lo que con éste, á pesar de que fueron contados los días que en su casa permanecí. Uno de ellos, el último, extrajo del misterioso cuarto, su templo, que así puede llamársele, una multitud de alhajas, entre las cuales me cupo la suerte de encontrarme, y en una caja nos condujo al salón de ventas. ¡Juzga tú cuál sería mi sorpresa al hallarme allí con la hermosa Bárbara, acompañada de una sirviente de edad!

Distinguíome al punto entre todas mis compañeras, y cogiéndome con sus mórbidas manos preguntó á D. Homobono cuánto valía.

—Para usted ocho duros, señorita, contestó el viejo con mucha galantería.

—¡Es carísimo! repuso ella.

—Pues crea usted que no gano nada con él.

—Un aro tan sencillo...

—No tanto como usted cree, y además, abriéndole así, tiene una inscripción; ¿la ve usted? *Amor eterno*.

—Le doy á usted por él cinco duros.

—Mire usted, señorita, en seis podía haberlo vendido ya, y quizá vengan luego por él; sin embargo, le haré á usted la gracia de dárselo en ese precio, aunque sea perdiendo.

—¿En los cien reales?

—Sí, señora... Ya le dije al que me lo vendió: «Mire usted, D. Luis, voy á perder en esto lo menos diez pesetas».

En unión de otras varias joyas volví entonces á poder de la «bella artillerita», que, como puedes suponer, quedó bien desengañada del amor de su novio.

X

Aquel mismo día se vió con él, y con la mayor naturalidad le dijo:

—¿Cuándo vas á traer el anillo?

—Ya te tengo dicho que hasta graduarme no quiero lucirlo.

—¿Y se puede saber de qué te vas á graduar?

—¡Toma! ¿Ahora sales con eso?

—Ahora, sí, porque me parece que el grado simplemente es poco; la borla de doctor en picardías y falsedades es lo que á usted le conviene.

—¿Qué dices, Bárbara?

—Que olvide usted ese nombre como yo he de olvidar el suyo.

Atónito el galán, le ofreció solemnemente presentarse el siguiente día con el anillo, y entonces Bárbara, despidiendo rayos por sus ojos, le habló así:

—Bien sabe usted que eso es imposible, y si acaso cuenta con la complicidad de D. Homobono, sepa usted que el anillo ya no le pertenece, pues se lo he comprado yo.

Y arrancándose con violencia el guante de la mano izquierda mostró á D. Luis juntos los dos anillos.

Sin decir una palabra más dió la desengañada joven media vuelta, dejando plantado al embustero calavera, y desde aquel momento se prometió á sí misma no dar oídos en adelante á ningún hombre. De aquí provino el desvío que todos cuantos á su alrededor habéis andado notabais en ella, pero no debes ignorar que el tiempo hace modificar las opiniones y es el mejor antidoto contra el veneno del desengaño.

Cuando su padre le habló de la fiesta de Santa Bárbara, manifestándole su deseo de contribuir con algún premio para el certamen, Bárbara se acordó de los dos anillos y pensó trocarlos en una artística pluma. Que el artífice de que antes te hablé cumplió á conciencia el encargo está á la vista, pues si la cantidad de oro que en mí llevo no es grande, el trabajo es tan perfecto y acabado, de mérito tan superior, que bien puedo vanagloriarme de que se me conceptúe como verdadera obra de arte. Muchos habéis sido los que os lanzasteis á mi conquista, pero la fortuna te ha sonreído á ti, y puedes estar seguro de que «la bella artillerita», al ponerme en tus manos el día de la fiesta, sintió una emoción de tal naturaleza que en ti consiste fomentarla hasta lograr el otro premio que ansías.

XI

He aquí el relato de la pluma, que enmudeció después de pronunciar aquellas palabras tan halagüeñas para mí. El eco de su simpática voz parecía retumbar en mi cuarto cual si repicasen á cierta distancia varias campanillas de oro, y mientras aquel sonido iba apagándose poco á poco desaparecía el retrato de Bárbara con el marco que lo encerraba, quedando sólo la pluma en el estuche abierto.

¿Fué todo ello un sueño, alguna alucinación? No lo sé; mas séase lo que fuere, causó en mi ánimo una impresión tan grande que empuñando la pluma de oro llené al momento un

montón de cuartillas con ardientes versos en que pintaba mi amorosa pasión. Aquella composición tan inspirada y vigorosa, escrita con tanta espontaneidad; aquella declaración tan franca de los sentimientos más íntimos de mi alma sería, á mi juicio, el mejor, el único procedimiento capaz de fomentar la emoción de que la pluma acababa de hablarme, y sin pensar en el cansancio la puse en limpio, enviándola á su destino en seguida.

A la tarde asistí al paseo que *ella* frecuentaba diariamente, y aunque todavía me duraba la excitación producida por tantas emociones, habíase apagado mucho el entusiasmo que me causaba la seguridad del triunfo, y tan pronto ardía en deseos de verla como temía su encuentro.

¿Había hecho bien en escribirla así, de golpe y porrazo y de una manera tan clara y manifiesta? ¿No hubiera sido mejor explorar primero el terreno, tantearlo, antes de dar un paso tan decisivo? Indudablemente cometí una ligereza imperdonable al fiarme de aquel sueño ó lo que fuese, y quién sabe si por haberme precipitado lo había echado todo á perder.

Cuanto más transcurría el tiempo más negro lo iba viendo todo, y unido el estado de mi ánimo á la ausencia de Bárbara, que contra su costumbre no acudía al paseo, hízoseme intolerable la estancia en él, por lo que me retiré á mi casa, lamentando amargamente mi desventura.

Allí me esperaba otro golpe que acabó de aturdirme. En la puerta de la calle, de charla con la hija del portero, hallábase un ordenanza del coronel. Sólo el verle me dió mala espina, y cuando me entregó una carta de su amo no dudé que en ella se encerraba la bomba explosiva que había de anonadarme. La cogí con la punta de los dedos, y lejos de precipitarme á abrirla para salir de una vez de dudas, con ella en la mano comencé á subir las escaleras muy despacio.

XII

La tal cartita me quemaba los dedos, y tan persuadido estaba yo de que su contenido era para mí un terrible varapalo, que sentí impulsos de dejarla intacta, encerrarme en mi cuarto y no salir de él mientras no lograrse el traslado á otro punto.

Porque una de dos: ó mi inoportuna composición había caído en manos del coronel, y bueno se pondría al leerla, ó le disgustó á la muchacha mi atrevimiento y se fué con el cuento á su padre. En cualquiera de los dos casos era segura mi desdicha, y si la pérdida de aquella ilusión querida causábame honda pena, el temor de haber disgustado á mi coronel poníame en un trance inexplicable de angustia y aflicción.

No lo digo por vanagloria, pero en difíciles y repetidas ocasiones he demostrado que no me arredraban los obstáculos ni me intimidaba el temor á la muerte, y no obstante mi valor bien probado, asustábame el pensar que fuese necesario presentarme ante mi enojado superior. Bueno y afable se mostraba siempre con todos nosotros, y aun puedo afirmar que sentía por mí cierta predilección; mas era tal el respeto con que en medio de nuestro cariño le mirábamos, que cualquier sacrificio hubiéramos hecho antes de causarle el menor disgusto. ¡Cuál no sería el mío al verme en aquella situación!

Y allí estaba la carta, convidándome á leerla; pero mis fuerzas no llegaban á tanto como á enterarme por mí mismo, sin ayuda de nadie, de mi sentencia de muerte. Sin duda quiso Dios sacarme de aquel atolladero enviando en mi auxilio á un compañero, que al enterarse de mis cuitas se apoderó de la carta, la abrió corriendo y al punto de leerla me cogió del brazo y empujándome violentamente hacia la puerta me dijo con voz de trueno:

—¡Anda, corre, vuela, que te cita el coronel en su casa á las siete y sólo faltan dos minutos!

Entonces ya no me detuve á pensar si aquel llamamiento sería para echarme un sermón por mi calaverada. Traté sólo de cumplir con mi deber acudiendo á la cita, y tomando la carta por una orden rajante eché á correr por calles y plazas, expuesto á que por loco me detuvieran.

En cuanto llegué me hicieron pasar al despacho, y á mi saludo, puramente militar, repuso el coronel alegremente:

—¡Adiós, ilustre vate!

¿Qué significaría aquéllo? ¿Trataría de añadir el sarcasmo á la burla? Todo me parecía posible, y cuadrándome como un recluta en la misma puerta de la habitación, dije:

—Mi coronel, si en algo he faltado á usía...

—¡Teniente Bermúdez! gritó él interrumpiéndome. ¿Ha leído usted mi carta?

Aquel fué otro disparo á quemarropa; porque, en efecto, la precipitación con que mi amigo me empujó para que acudiese á la cita impidióme leer la tal misiva, y sólo sabía de su contenido lo que aquél me dijo. Pero era preciso responder, y responder la verdad, y firme en mi puesto contesté que no la había leído.

—¿Cómo entonces acude usted á la cita que en ella le he dado? preguntóme el coronel dando muestras de asombro.

Me pareció que lo mejor sería, para evitar torcidas interpretaciones, confesárselo todo, y como mi excitación nerviosa había llegado á su apogeo, comencé al punto á hablar con ligereza suma, con vertiginosa rapidez, relatándole en breve tiempo, merced á aquella verbosidad, cuanto se relacionaba con el asunto. Con muestras de agrado oyó mi coronel lo que le contaba, sonriéndose no pocas veces, hasta que al fin me dijo:

—¿Y usted creyó que para amonestarle le escribía y le citaba en mi casa? Para eso le hubiese llamado al cuartel.

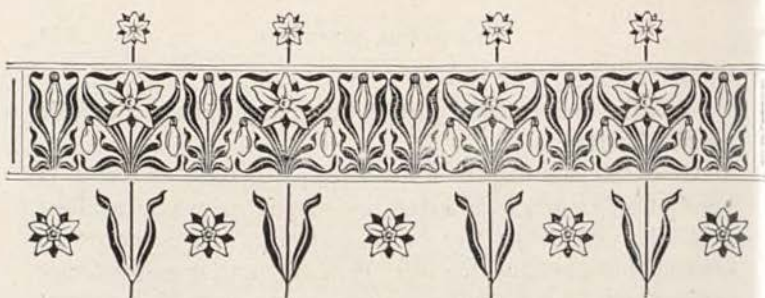
¡Oh qué alegría sentí entonces! ¡Con qué satisfacción respiró mi oprimido pecho!

Manifestóme en seguida que Bárbara, al leer mi incendiaria epístola, acudió á ponerla en su conocimiento, pidiéndole, como hija sumisa y obediente, su parecer, y como el buen señor me tenía á mí en el mejor concepto posible, desde luego autorizó nuestras relaciones amorosas y quiso él mismo encargarse de darme tan grata nueva.

Los que conocen al capitán Bermúdez saben que soy el feliz esposo de Bárbara y el padre de una abundante y lucida prole con que Dios ha bendecido tan venturosa unión.

La pluma de oro ocupa lugar preferente en nuestra sala, y á su alrededor se ven artísticos dibujos que representan la historia que aquella memorable noche me relató.

Eloy Requena.



El yelmo.



—Pero, tío, ¡si yo amo á mi prima!

—¡Quítate de ahí!

—¿No me la da usted?

—No me fastidies.

—¡Que me causará la muerte!

—¡Qué tonterías dices! Ya te consolarás con otra muchacha.

—¡Por Dios, tío!

Mi tío, que estaba de espaldas á mí, volvió de repente su rostro lívido y dió con el puño sobre el mostrador un fuerte golpe.

—¡Jamás! gritó, ¡jamás! ¿Me entiendes?

Al mirarle yo con ojos suplicantes y las manos enlazadas, continuó:

—¡Valiente marido harías tú, sin un céntimo y con ilusiones de mantener una casa! ¡Buena la haría yo entregándote á mi hija! Es inútil que insistas. Ya sabes que en diciendo yo que no nadie me hace decir lo contrario.

No añadí ni una palabra más. Conocía á mi tío, que era terco como nadie; me consolé lanzando un suspiro, y proseguí mi trabajo de limpiar una vieja y oxidada espada de doble puño.

Esta conversación tuvo lugar en la tienda de mi tío materno, comerciante muy conocido en antigüedades y objetos de arte, establecido en la calle del Prado, núm. 53. Su tienda, á la que había bautizado con el nombre de *La Cruz de Malta*, era un verdadero museo de curiosidades. De las paredes colgaban artículos de porcelana de Marsella y Rouen, corazas, sables y mosquetes antiguos y marcos de cuadro. Debajo de éstos había escritorios y cofres de todas clases é imágenes de santos, unos mancos, otros cojos y dilapidados en cuanto á su pintura. Aquí y allá, en estuches y vitrinas de cristal, herméticamente cerrados, había chucherías de infinita variedad: lacrimatorios, urnas, miniaturas, anillos, piedras preciosas, trozos de mármol, brazaletes y estatuitas de marfil, cuyo tinte amarillento, con los rayos del sol, parecía tomar momentáneamente una transparencia carnosa.

Desde tiempos inmemoriales aquella tienda había pertenecido á los Gutiérrez; fué transmitiéndose de padres á hijos, y mi tío, según decían los vecinos, debía poseer una respetable fortuna. Estimado de todo el mundo, era concejal del Municipio y había tomado muy en serio su oficio de anticuario. Bajito, grueso, terco y de carácter un tanto áspero, era en el fondo un hombre de sanas inclinaciones. Tal era mi tío Norberto, el único pariente varón que me quedaba, y el cual, en cuanto salí del colegio, me elevó á la dignidad de jefe y único dependiente de su tienda *La Cruz de Malta*.

Pero mi tío no sólo era comerciante en antigüedades y concejal del Ayuntamiento, era más que eso. Para mí sobre todo era el padre de mi prima Rosa, de quien yo estaba locamente enamorado.

Sin hacer el menor caso de los suspiros que exhalaba mi pecho mientras limpiaba el óxido de la larga espada, mi tío, con una lente en la mano, examinaba una porción de medallas que aquella misma mañana había comprado.

De repente sonaron las cinco, y levantando la cabeza exclamó:

—Al Ayuntamiento.

Cuando mi tío pronunciaba esta frase, que era como algo sagrado para él, de buena gana la hubiese saludado siempre

haciéndola una reverencia; pero aquella vez, después de reflexionar un momento, se dió unos golpecitos en la frente y añadió como quien se quita un peso de encima:

—No, no es hasta mañana. A donde tengo que ir (y ya se me olvidaba) es á la estación del Norte, á recoger el envío de que hace poco recibí aviso.

Y levantándose de la silla y dejando sobre el mostrador la lente gritó:

—¡Rosa! tráeme el bastón y el sombrero.

Y volviéndose hacia mí añadió en voz baja y hablando muy de prisa:

—En cuanto á ti, no olvides nuestra conversación. Si crees que me has de obligar á decir que sí ensáyalo, pero no creo que lo consigas. Mientras tanto, ni una palabra á Rosa ó ¡por San Bartolomé! que te arrojaré de mi casa.

En aquel momento apareció Rosa con el sombrero y el bastón de mi tío y se los entregó. Después de besarla en la frente me echó la última y la más *elocuente* de sus miradas y se marchó. Yo seguí limpiando la espada de doble empuñadura, hasta que se acercó Rosa muy callandito y preguntóme:

—¿Qué le pasa á mi padre? Parece que está enfadado contigo.

La miré. Tenía unos ojos tan negros, una mirada tan bondadosa, unos labios tan rojos y unos dientes tan blancos que acabó de enloquecerme y se lo conté todo: mi pasión cada vez más ardiente, la petición que le había hecho á su padre y la negativa que me había dado. Yo no lo podía remediar, y después de todo él tenía la culpa. Ya que no estaba allí determiné desafiar su cólera. Por otro lado, no hay como la gente tímida para demostrar valor en ciertas ocasiones.

No contestó mi prima. Bajó los ojos y sus mejillas enrojecieron como las cerezas de junio.

—¿Estas enfadada conmigo? la pregunté temblando. ¿Te has incomodado por eso?

Por única respuesta me tendió la mano.

Aquello me infundió alientos. Mi cabeza ardía, mi corazón palpitaba. Ya no pude callar, y estrechando febrilmente su mano grité:

—Rosa, te lo juro, yo seré tu esposo.

Y como ella me mirase moviendo tristemente la cabeza, añadió:
—¡Ah! sé muy bien que mi tío es terco, pero yo lo seré más y no pararé hasta obligarle á decir que sí.

—¿Y cómo? preguntó Rosa.

—¿Cómo? Yo me ingeniaré; yo he de vencer cuantas dificultades se presenten.

En aquel momento sonaron pasos en la calle é instintivamente nos separamos. Yo volví á la espada, y Rosa, á fin de reponerse un poco, comenzó con la punta del delantal á limpiar el polvo de una estatuilla que estaba encerrada en un estuche de terciopelo-encarnado. Entró mi tío. Sorprendido de encontrarnos á los dos allí se detuvo mirándonos alternativamente, mientras nosotros seguíamos nuestro trabajo sin levantar la cabeza.

—Toma esto, me dijo entregándome un paquete que traía en la mano. Una compra magnífica, como verás.

Casi maquinalmente desenvolví el paquete y saqué un yelmo de acero; pero no un yelmo ordinario, no, sino uno soberbio, monumental, con cuello y careta de extraña forma. La careta estaba levantada y traté de averiguar qué era lo que no la permitía bajarse.

—Eso no se baja, las charnelas están descompuestas, dijo mi tío; pero es una pieza soberbia, y cuando esté completamente limpia y retocada quedará muy bien. Ahí tienes tú labor para mañana.

—Está muy bien, tío, murmuré sin atreverme á levantar los ojos para mirarle.

Aquella noche, al entrar en mi cuarto, me fui sin detenerme á la cama. Estaba ansioso de quedarme á solas para entregarme á mis pensamientos. Suele decirse que la almohada es buena consejera, y yo tenía necesidad de buenos consejos en aquel trance; pero después de estar despierto más de una hora dándole vueltas al asunto me quedé dormido sin encontrar solución ninguna, y hasta el día siguiente no hice más que soñar las cosas más raras.

Vi á Rosa camino de la iglesia en traje de boda, con una gorra del siglo iv, de tres pies de altura, sobre la cabeza; pero estaba más bonita que nunca. Luego cambió de repente la escena. Había luna y á sus pálidos reflejos bailaban gran número de

yelmos y pedazos de porcelana antigua, mientras mi tío, vestido con armadura completa y con una enorme alabarda en la mano, dirigía el baile.

A la mañana siguiente ¡ah! á la mañana siguiente me encontré á la misma distancia de mis deseos. En vano, apretando los dientes, froté y refroté el descomunal yelmo que la noche anterior había traído mi tío. Lo limpié con fuerza, con rabia, como si me propusiera romperlo, pero nada se me ocurría.

Brillaba ya como un sol; mi tío estaba fumando su pipa y mirándome, pero yo seguía tan torpe, sin que se me ocurriera cosa ninguna. ¿Cómo le podría obligar á que me diera su hija?

A las tres de la tarde se fué Rosa al campo, de donde no debía volver hasta la noche. Al despedirse, y aprovechando un instante en que mi tío nos había dejado solos, sólo pudo hacerme una seña con la mano.

Que no estaba tranquilo mi tío se le veía en la cara; sin duda no había olvidado nuestra conversación del día anterior. Yo seguía frotando el yelmo.

—Ya brilla bastante, déjalo, dijo mi tío.

Lo dejé. La tormenta se cernía sobre mí, y lo mejor que podía hacer era dejarla pasar; pero de repente, y como respondiendo á un extraño capricho, cogió mi tío el enorme yelmo y se puso á examinarlo por todas partes.

—Una hermosa pieza de armadura indudablemente, murmuró, pero debió de pesarle mucho al que lo llevaba.

Y no pudiendo sin duda resistir la tentación se lo encajó en la cabeza y cerró el cuello alrededor del suyo.

Casi mudo de asombro me quedé al ver lo que hacía y lo feo que estaba. De repente sonó algo, como si hubiera saltado un resorte, y ¡crac! cayó la careta. Y he allí á mi tío con la cabeza metida en una jaula de hierro, gesticulando y maldiciendo como un energúmeno. Yo no pude contenerme. Al ver la facha de mi tío, irresistiblemente cómica, solté la carcajada. Entonces, montando en cólera, se acercó á mí amenazándome y gritando:

—¡Loco, las charnelas! ¡Las charnelas, loco!

Aunque no le veía la cara, comprendí que estaba colorado y sofocadísimo.

—¿Cuándo acabarás de reírte, idiota? gritó con más furia.

Pero el yelmo se movía tan ridículamente sobre sus hombros, salía su voz en unos tonos tan extraños, que cuanto más gritaba, gesticulaba y me amenazaba, más me reía yo.

En aquel momento sonó el reloj dando las cinco.

—¡La sesión del Ayuntamiento! exclamó mi tío con voz ahogada. ¡Pronto! Ayúdame á quitarme este endiablado yelmo y ya nos arreglaremos después.

Súbitamente se me ocurrió una cosa, una idea extraordinaria me vino á la cabeza, una locura; ¿pero quién está más loco que el que ama? Además no encontraba otro camino.

No respondí.

Mi tío, asustado, dió dos pasos atrás, y otra vez se movió el descomunal yelmo sobre sus hombros.

—No, contesté con firmeza: no ayudaré á usted á quitarse eso si no me otorga la mano de mi prima Rosa.

Desde las profundidades de la careta salió, no una exclamación de enfado, sino un verdadero rugido. ¡Buena la había hecho! ¡Todo lo había echado á rodar!

—Si no consiente usted, añadí, no sólo no le ayudaré á quitarse ese armatoste, sino que llamaré á todos los vecinos y luego iré á buscar el Ayuntamiento.

—¡Tú acabarás tus días en un patíbulo! gritó mi tío.

—¡La mano de Rosa! repetí. Usted me confesó que solamente á la fuerza diría que sí. Dígalo usted ahora mismo ó llamo á toda la vecindad.

Todavía estaba sonando el reloj. Mi tío levantó los brazos como para maldecirme.

—¡Decídase usted pronto! exclamé, que viene alguien.

—Bueno, pues sí, murmuró mi tío, pero date prisa.

—¿Palabra de honor? pregunté.

—Palabra de honor.

Cedieron la careta y el cuello y la cabeza de mi tío salió de su cárcel. Estaba rojo como una amapola. Y no pudo salir más á tiempo, pues justamente en aquel momento el boticario de la esquina (su colega en el Ayuntamiento) entró en la tienda preguntando:

—¿Viene usted? Si no empezarán sin nosotros.

—Voy, contestó mi tío.

Y sin mirarme siquiera cogió el bastón y el sombrero y salió con el boticario.

Yo me quedé en la tienda completamente desesperanzado. Seguramente mi tío no me perdonaría.

A la hora de comer ocupé mi puesto al lado de mi tío, á la derecha; comí poco y no hablé ni una palabra.

—A los postres será ella, pensaba yo, procurando esquivar las miradas de Rosa.

Como me presumía, terminados los postres encendió su pipa mi tío, levantó los ojos y exclamó:

—Rosa, ven acá. ¿Sabes lo que me pidió ayer tu primo?

Rosa temblaba como la hoja en el árbol y lo mismo hacía yo.

—Tu mano, añadió, nada menos que tu mano. ¿Tú le quieres?

Rosa bajó los ojos.

—Bien, bien, continuó mi tío; en ese caso no hay más que hablar. Ven acá tú.

Yo me acerqué diciendo:

—Aquí estoy, tío. Y añadí por lo bajo: Perdóneme usted.

El hombre soltó una carcajada, gritando:

—¡Cásate con ella, borrico! Puesto que la quieres y te quiere, te la doy.

—¡Ay, tío Norberto!

—¡Ay, querido papá!

Y Rosa y yo nos arrojamos en sus brazos.

—Bueno, bueno, dijo enjugándose las lágrimas. sed felices; eso es todo lo que os pido. Y añadió bajando también la voz y hablándome al oído: De todas maneras te la hubiera dado, pero que nadie se entere de lo del yelmo.

Doy mi palabra de que jamás lo he contado á nadie más que á Rosa, mi querida mujercita, y si alguna vez pasáis por la calle del Prado, núm. 53, en el puesto de honor de la tienda podréis ver el yelmo de mi tío, que nunca quisimos vender.

